

Y AL

CRUZAR

LA

ESQUINA

APARECISTE

TÚ

(Recopilación de historias)

BRENDA BURTON

Y AL CRUZAR LA ESQUINA APARECISTE TÚ

Brenda Burton

Obra registrada:
Todos los derechos reservados.

CAPITULO 1

—¿Has hablado con el señor Fisnker?

Hellen pasó una mano por la lista de tareas que tenía monitoreada en la tablet y asintió con la cabeza, corroborando que la tenía marcada como acción ejecutada.

—Sí.

La señora Derran asintió también sin girar la cabeza hacia ella mientras pasaba las hojas de la revista sin prestarla demasiada atención.

—¿Se sabe algo de las fotografías?

Hellen volvió a revisar las notas. El tema de las fotografías no lo tenía apuntado. Todo había comenzado la noche anterior, cuando habían tenido el nuevo número de la famosísima revista de moda y belleza dolls & body. Pese a que se había programado un artículo sobre el entorno de la mujer trabajadora y la moda más usada por ese tipo de mujer, las fotos no habían sido revisadas y lo que representaban no había sido lo que se había pretendido al escribir la columna y se había creado un revuelo por todo el edificio que administraba la empresa dueña del nombre de la revista.

Tenían que cambiarlas. Eso era lo único en lo que se había quedado después de haber echo una reunión urgente en la que la tensión se palpaba en el ambiente.

Emilia Derran la redactora jefe y miembro importante de accionistas de la revista había destrozado uno de los volúmenes de prueba que habían salido, haciendo alarde del motivo por el cual llevaba veinticinco años en su puesto en los que la revista había prosperado continuamente llegando a los millones de ventas al año.

La revista salía a la venta en quince días. Catorce si tenía en cuenta que ya era el día siguiente y para ese entonces tenían que cambiarse diez de las doscientas cuarenta y dos hojas que componían la revista. Tenían que estar a punto para una nueva maquetación e impresión y en los puntos de venta el día exacto que tenían previsto y que había sido anunciada y publicitada la fecha de

salida.

Nadie había protestado, ni siquiera ella que siempre se había mantenido al margen, aceptando órdenes y cumpliéndolas al instante. Hellen estaba acostumbrada a ser una sombra en la empresa, segura que era imprescindible de alguna manera, pero cuando Emilia Derran había dicho su nombre al seleccionarla como la encargada de solucionar el problema y tenerlo todo listo para entonces, se había atragantado con el café.

—¿Te ves capaz de realizarlo? —había preguntado la redactora jefe, con las manos sobre la mesa de cristal negro y mirándola, no, a lo que esa mujer hacía se le podía llamar, atravesándola con su mirada de hierro.

Hellen había tragado con dificultad, calmando la tos y sintiendo no sólo la mirada de Emilia, sino la de todos sus compañeros que la habían mirado como si de pronto hubiera dejado de ser una sombra y se había aparecido frente a ellos por arte de magia.

Se había sentido nerviosa, con el corazón latiendo con mucha fuerza, pero jamás se había sentido tan feliz, tan plena, incluso podía comprarlo con el momento del orgasmo. Había llegado su oportunidad, la oportunidad de demostrar lo que ella era capaz de hacer, dejar de ser simplemente una sombra servible, un actor secundario a convertirse en la protagonista.

—Sí —había respondido con firmeza.

La redactora jefe la había mirado de esa manera un poco más y después había sonreído.

—Me alegra saberlo —Apoyó la espalda en la silla y los miró a todos, levantando la cabeza con altivez—. Ha sido un trabajo lamentable —dijo en voz muy alta—, un trabajo decepcionante al nivel de lo que nuestros lectores esperan de nuestra revista —Emilia había asentido con la cabeza—. Lo quiero listo e impreso en mi mesa lo antes posible. La señorita Hellen Mabel estará al cargo de la nueva idea, de la redacción y la supervisión de las fotografías. Espero que esta vez hagáis un buen trabajo y podáis obedecer sus ordenes con diligencia.

Después se había levantado y la había ordenado seguirla, dándole indicaciones precisas de lo que quería, de lo que esperaba, resumiéndole lo que no debía poner en el artículo y también le pasó una lista de fotógrafos que

podían ayudarla.

—Lyonelle Dyson.

—¿Lyonelle Dyson?

—Si consigues convencer a ese hombre para que prepare las fotografías, el éxito estará asegurado.

Hellen apartó la tablet y miró a Emilia que pasaba el dedo por la superficie de la revista.

—¿Habla en serio?

Emilia la miró.

—Nunca he conseguido que ese hombre trabaje para dolls & body. Un desperdicio de talento. No creo que exista un fotógrafo mejor en el mercado hoy en día.

—Pero si no quiere trabajar...

—Sí, bueno, es una sugerencia —Emilia volvió a clavar la mirada en la revista e hizo una indicación al chófer que giró a la izquierda—. Tienes todos los datos de los fotógrafos que trabajan para nuestra revista. Puedes pedirles ayuda o puedes encargarte como tú veas del tema —El coche se detuvo frente a un restaurante de comida italiana y Emilia esperó a que el chófer saliera del vehículo y le abriera la puerta para salir con una elegancia envidiable, pero antes de cerrar de nuevo la puerta e indicarle a su chófer que la llevara a casa, se inclinó hacia ella—. En serio, señorita Mabel, acabo de confiarte la supervivencia de nuestro nombre y posición. No me importa como lo hagas, pero consigue un trabajo impecable para dentro de dos semanas.

Hellen asintió con la cabeza. Aún tenía la adrenalina en el cuerpo, las ganas de trabajar y superarse a sí misma, de escalar y trepar posiciones y tal vez llegar algún día a la posición que tenía la mujer que se alejaba y se perdía de vista en el interior del restaurante, pero sabía que no era sencillo. Jugaba contrarreloj, no tenía nada preparado, nunca se había encargado de un proyecto y encima estaba agotada.

El chófer se acomodó en su asiento y volvió a arrancar.

—¿A dónde la llevo?

Hellen revisó la agenda y miró los datos del primer fotógrafo que había en la lista. No le sonaba de nada, pero tampoco estaba muy familiarizada con ese

tema. Hizo una mueca y pensó rápidamente la manera que podría solucionar aquello. Tenía que pensar en una idea y eso lo necesitaba antes de empezar con las fotografías.

No era el momento de dormir. Cerró la agenda y miró al chófer

—¿Puede dejarme en el museo de arqueología?

—¿En el museo?

—Por favor.

—Por supuesto.

El hombre giró la cabeza y comenzó a conducir. Hellen recogió la revista que Emilia había dejado en el asiento y buscó las páginas con el artículo que debía cambiar.

Tan sólo quedaban catorce días.

CAPITULO 2

—El color está mal.

—¿No estás siendo muy exigente?

Anda se cruzó de brazos mientras suspiraba al ver como su mejor amigo mostraba el peor lado de su personalidad. En realidad la personalidad de Lyonelle no tenía ningún lado bueno. Ese hombre era excesivamente serio y desconfiado, aunque no podía negar la parte de culpa de las dos mujeres de su pasado, ya que ella sólo se habían acercado a él por su fama y dinero y cuando más enamorado había estado él, había descubierto sus verdaderas intenciones, destrozándolo. La primera vez había conseguido superarlo, posiblemente seguro que tan sólo había sido mala suerte de haber conocido a Marisa, pero cuando Noemí apareció en su vida, o mejor aún cuando desapareció de ésta, Lyonelle no había querido saber nada serio de ninguna mujer. Las tomaba, las usaba y las dejaba. Esa se había convertido en su filosofía y no tenía ningún problema en dejar bien claro lo que pretendía con cada una de las mujeres con las que se acostaba.

Aunque lo que realmente fastidiaba es que pese a su fama de cruel y despiadado mujeriego, no dejaba de tener una compañera con quien pasar la noche.

Claro que su aspecto podía tener mucho que ver con eso.

Anda no se consideraba un espécimen despreciable, pero si se comparaba con su mejor amigo, tal y como su hermana no se cansaba de repetirle, era normalito. Lyonelle tenía un cabello negro y unos ojos azul celeste que destacaban con su piel blanca. Era alto y musculoso a diferencia de él, aunque sí que le sacaba varios centímetros.

—¡No! El trabajo debe ser perfecto.

Arrancó las fotografías y las arrugó cruelmente en la mano, tirándolas al suelo.

Anda suspiró y miró de reojo a Sara quien parecía estar a punto de echarse a llorar.

Esa era otra de las reglas de oro de Lyonelle desde que Noemí había sido su compañera de trabajo. Jamás se mezclaban los sentimientos con el trabajo. Nunca. Y hasta ahora lo había llevado a raja tabla.

Sara le había pedido que la recomendara para trabajar con Lyonelle cuando le dejó caer que su amigo estaba buscando un ayudante. Anda se había negado, sabiendo lo que iba a suceder, pero él siempre había sido demasiado flojo con las mujeres y no fue capaz de negarse ante las insistencias y las miradas de su amiga y al final, después de dos semanas trabajando para él, posiblemente Sara, aparte de no haber conseguido un acercamiento ni sexual ni sentimental con el monstruo de Lyonelle, estaba completamente arrepentida.

—Solo es un fallo de color —insistió, recogiendo las fotografías y las alisó, mirándolas con ojo crítico.

—Están muy oscuras y mira el enfoque.

Anda le lanzó una comprensiva mirada a su amiga quien le miró suplicante y suspiró, arrugando las fotografías y las dejó sobre la mesa.

—No son perfectas, de acuerdo —aceptó tratando de apaciguar a su amigo y rescatar a Sara de las garras de Lyonelle—, pero con un poco de practica Sara las hará tal y como quieres y...

—No —le interrumpió Lyonelle caminando hacia la puerta del piso.

Anda lo siguió con la mirada, llevándose una mano a la frente y chasqueó la lengua, sin ganas de seguir allí cuando viniera lo siguiente que ya había visto una decena de veces los últimos años.

—Lyonelle...

—Estás despedida —dijo en voz muy alta, abriendo la puerta bruscamente y la dejó así, sin moverse de ella mientras Sara abría mucho los ojos, indignada y le lanzaba una mirada de auxilio a él.

—Lo siento —susurró Anda a su amiga, echándose hacia atrás cuando ella le fulminó con la mirada.

—Vete —ordenó Lyonelle sin cambiar el desagradable tono de voz—. No quiero volver a verte.

Sara agarró su chaqueta y su bolso y se acercó a Lyonelle, deteniéndose frente a él con una mirada furiosa y los ojos llorosos.

—No hace falta que me lo digas. Jamás trabajaría más tiempo para alguien

tan mezquino e insoportable.

—Largo.

—¡Que te den!

Anda suspiró y se frotó los ojos con fuerza, mirando cansado como Lyonelle cerraba la puerta a Sara en las narices, interrumpiendo su repertorio de insultos.

—¿Ya estás contento? —lo increpó cuando llegó a su altura y se sentó en el amplio sofá de cuero.

La casa estaba muy bien repartida. Lyonelle era un maniático del orden y del espacio. Le gustaban las casas amplias y había comprado un dúplex enorme, construyendo la vivienda en la primera planta y el área de trabajo en la segunda, llegando al trabajo con subir unas simples escaleras ovaladas que se encontraban al fondo del salón.

—No. He desperdiciado mi tiempo tratando de domesticar a la chica que me recomendaste.

Ahí venía el tono de reproche.

—¿Has pensado en los sentimientos de esa chica que te recomendé?

Lyonelle le lanzó una furibunda mirada.

—¿Sentimientos?

—Bueno, supongo que era muy difícil hasta para ti. Me pregunto si aún saber lo que eso significa.

—Déjate de gilipolces. Esa chica no servía.

—Como tampoco servían tus ayudantes anteriores.

—Son todos unos inútiles.

—Así que sólo tú eres bueno en el trabajo, ¿no?

—No es lo que estoy diciendo. Podrías trabajar conmigo. Tú eres bueno.

Anda se apartó de la pared y sacudió las manos con fingida expresión de espanto.

—No, gracias, por ahora prefiero continuar en la posición de amigo. No tengo muchas ganas de rebuscar en la parte animal que sacas en todos tus ayudantes y el instinto de asesinarte.

—Estás exagerando.

—Sabes que no.

Anda se movió hasta sentarse en el sofá de al lado, aceptando la copa que Lyonelle de ofreció.

—Sólo quiero a alguien que haga bien su trabajo.

—No, amigo, no buscas a alguien que haga bien su trabajo. Buscas a tu doble y eso no existe... a menos que te ofrezcas voluntario para el intento de clonación humana.

—Déjate de tonterías, Anda Ahora necesito un nuevo ayudante.

Anda bebió lentamente el licor y no se dio prisa en responder.

—No cuentes conmigo esta vez. No creo que exista ninguna victima en este lado del planeta que no haya oído hablar del jefe tirano que eres.

Lyonelle bufó y también bebió de su copa, sumergiéndose en alguno de sus largos momentos de reflexión en los que Anda no tenía ningún interés en descubrir de qué se trataban.

CAPITULO 3

La sonrisa de Hellen se congeló en los labios nada más escuchó a aquel hombre decir las primeras palabras.

Detestable.

Sí, esa era la palabra que mejor definía a ese hombre en ese momento. Y lo curioso era que había llegado hasta él desesperada y aunque se había quedado sin habla al verlo tras abrir la puerta, enfundado en un pijama de rayas negras y azules que le sentaba de maravilla y dejaba al descubierto los músculos de los brazos, e incapaz de apartar los ojos de aquella mirada que daba más miedo que la de Emilia Derran pero que prometían placeres que posiblemente no había experimentado nunca hasta el momento de estrecharse junto a esos fuertes brazos, la opinión de él había cambiad completamente.

O más bien que él hablara le había hecho regresar a la realidad de las extrañas fantasías que se le habían ocurrido al verlo.

—¿Se te ha perdido algo?

Nada hasta que lo había visto. Maldita sea, ¿de verdad una persona con esa mueca de mala leche iba a ser su única esperanza? Ya no sólo estaba posiblemente en juego su empleo, sino que había apostado su orgullo en ese proyecto. No podía fallar, se negaba a fallar.

—Buenos días, señor...

—Estoy ocupado y no quiero comprar nada. Vete.

Menudo tipazo...

—No vendo nada, señor...

—Tampoco me interesa cambiar de religión.

¿Es que ni siquiera pensaba dejarla terminar una frase?

—No me interesa la religión que tengas —soltó de mal humor, mordiéndose la lengua una vez hubo abierto la boca.

Al menos Lyonelle se detuvo un momento a mirarla, con los ojos entornados y una expresión aún más fiera que lo hacía condenadamente sexy. ¡Oh, vamos! Era un idiota. Hellen no debía olvidar eso, pero por ahora lo

necesitaba.

—Eso es genial —soltó finalmente con voz áspera, intentando cerrar la puerta.

Hellen lo detuvo alarmada. No creía que ese hombre fuera a abrir la puerta de nuevo ni aunque le tirara el timbre abajo. Posiblemente su suerte terminaría en una estación de policías si lo que tenía que hacer era convertirse en una acosadora, aunque estaba dispuesta a ello con tal de conseguir sus fotografías.

Con esfuerzo, con mucho esfuerzo, Hellen volvió a sonreír y sacó una tarjeta del bolsillo, mostrándosela, ya que ese maldito hombre no intentó cogerla, aunque sí bajó la mirada hasta ella.

—Trabajo en dolls & body y me gustaría contratarlo para una...

—No estoy interesado.

Hellen hizo un sonido extraño en la garganta y casi arrugó la tarjeta en la mano.

Le habían advertido, cuando sus ideas iban de mal en peor y el tiempo se echaba encima, que aquel hombre tenía un carácter bastante difícil de soportar, pero de escucharlo a comprobarlo había un abismo.

Y ese abismo prometía engullirla en cualquier momento.

—Si es por dinero...

Hellen retrocedió instintivamente cuando Lyonelle se detuvo y se giró bruscamente, dando un paso hacia ella con una mirada cargada de furia.

—Escúchame bien...

—Hellen...

—Hellen o como sea —la interrumpió él sin dejar que terminara de presentarse algo que podía haberse ahorrado si aquel maldito hombre hubiera cogido la tarjeta que aún mantenía en la mano—. No me interesa el dinero que puedan pagarme. Cuando no estoy interesado en algo, simplemente no hago ese trabajo.

Presuntuoso, arrogante e insoportable. Si no fuera tan necesario ese acuerdo en ese momento Hellen le hubiera incrustado la suela de su bota derecha entre esos bonitos ojos, justo en el medio de ellos.

—Ni siquiera te he dicho de qué trata el trabajo, ¿cómo sabes que no te interesa?

Lyonelle se cruzó de brazos y Hellen sostuvo sin vacilar su penetrante mirada, soportando con desagrado el análisis que los ojos de aquel hombre hicieron sobre su persona.

—No hay nada en dolls & body que pueda interesarme. Es una revista superficial y de poco gusto para mujeres soñadoras.

—Vendemos calidad —se puso ella a la defensiva.

—¿Y esos consejos en qué se basan? ¿En una ardua tarea de información o experiencia?

—¡Por supuesto que sí!

Lyonelle bufó.

—No estoy interesado. Búscate a otro.

Hellen apretó la tarjeta en la mano, con fuerza.

—Lo haría si pudiera —gritó, sin moverse—. Si he de decirlo creo que eres un imbécil que se creó tanto porque puede hacer una o dos buenas fotografías que ya no puede ni soportarse a sí mismo y por eso las paga con los demás —soltó con los dientes apretados. La expresión de Lyonelle no cambió, aunque sí enarcó una ceja—. Pero te necesito.

Hubo un gran silencio y luego, para mayor frustración de Hellen, él sonrió, una sonrisa cargada de maldad.

—Una condición.

—¿Cuál?

—Yo pondré el precio.

Hellen suspiró aliviada. ¿Había sido tan fácil después de todo?

—¿Y cuál es el precio? —Tendría que consultarlo con la jefa y... bueno, siempre se podría negociar en cualquier caso.

—Te quiero a ti como pago.

CAPITULO 4

Hellen se atragantó y entrecerró los ojos mientras se calmaba, tratando de sonreír con esfuerzo mientras deseaba tener a mano algo para golpear a ese hombre. No parecía ser del tipo gracioso, pero en ese momento no encontraba otra explicación a su ridículo comentario.

—¿Por qué no me dices de una vez lo que quieres? El proyecto... — Hellen hizo una pausa para tomar aire y mantener el control—, tiene que estar a la venta en ocho días. ¡Ocho! ¿Puedes imaginarte las pocas ganas de estar aquí jugando contigo?

Para ese entonces, Hellen ya había destrozado la tarjeta en su puño, pero ignoró el hecho de que era la rabia la que estaba ganando la batalla.

—Ya he dicho el precio.

Lyonelle no sonreía y el brillo en sus ojos hizo que Hellen tragara con dificultad a su pesar, preguntándose, por un instante cómo sería ese hombre en la cama.

Alarmada, apartó rápidamente esos pensamientos de la cabeza. Ella sólo vivía por el trabajo... sólo...

—Sé razonable.

—Me estás pidiendo que trabaje como un esclavo durante ocho días porque acudes a mí cuando ya has agotado todas las opciones más gratas antes de buscarme, ¿no es eso?

Hellen hizo una mueca pero asintió con la cabeza sin dudarlo.

—Es la verdad —soltó rencorosa—. Nunca se me hubiera ocurrido llamarlo si no fuera porque no tengo alternativa.

Lyonelle se encogió de hombros.

—Me parece bien, pero a cambio te quiero a ti.

Hellen parpadeó, comenzando a comprender las palabras de aquel hombre, o, al menos, de no verlas como una broma.

—Yo no estoy a la venta —dijo muy despacio, sin apartar la mirada del soberbio rostro del hombre.

Lyonelle hizo algo parecido al esbozo de una sonrisa.

—Todos tenemos un precio.

—Yo no.

—Es tu decisión —aseguró él sin apartar tampoco la mirada—. ¿Cómo de importante es ese trabajo para ti? Porque si quieres puedes rechazar mi oferta. Nadie te está obligando a aceptar.

Hellen apretó los labios y bufó, apartando al final la mirada y la clavó en las escaleras un momento, después lo miró, desafiante, furiosa, y una mezcla de curiosidad e interés que prefería no prestar mucha atención.

—¿Crees que con esas palabras puedes intimidarme?

—¿No lo hacen?

—No.

Lyonelle echó la cabeza hacia atrás y siguió mirándola, la miraba como si la desnudase con aquellos ojos.

—¿Eso significa que aceptas el trato?

Hellen apretó aún con más fuerza los labios.

—Puede que te arrepientas de ese trato —estúpido arrogante—. Es cierto que te necesito.

—¿Ves?

Hellen decidió ignorarlo.

—Y este trabajo es muy importante para mí.

Necesitaba que fuera un éxito.

—Todos tenemos un precio —continuó Lyonelle.

Hellen respiró con fuerza y levantó la mirada para sostenerle la de él, fría y arrogante. Si quería jugar ella estaba dispuesta a seguirle el juego y si pretendían quemarse con fuego, no sería ella la primera en hacerlo.

—Pero te arrepentirás de este trato.

Lyonelle volvió a sonreír.

—¿Arrepentirme? —Lyonelle bajó de nuevo la mirada de arriba abajo, analizándola y luego levantó la mirada hacia su rostro. Hellen hizo una mueca y arrugó la nariz.

—Me temo que sí.

—Estoy dispuesto a arriesgarme.

—Bien entonces.

Los dos se miraron desafiantes y Lyonelle señaló el interior de su piso.

—¿Hablamos de negocios?

CAPITULO 5

Hellen se paseó por el espacioso salón. Se había negado a sentarse y aunque al principio le había parecido divertida su actitud, ahora comenzaba a irritarle que no fuera capaz de estarse ni un segundo quieta. Le ponía dolor de cabeza y no le dejaba enfocarse en las fotografías.

—¿No puedes estarte quieta?

Hellen lo atravesó con la mirada.

Esa era otra. Desde que esa mujer había acertado su ofrecimiento, lo trataba como si él se hubiera convertido en un gusano del suelo, o al menos lo miraba como si fuera uno.

—¿Cómo has dicho?

—Quieta, quiero que te estés quieta.

Hellen se detuvo bruscamente y se dio la vuelta lentamente hasta quedar frente a él. Lyonelle la examinó sin reparos. Estaba tan acostumbrado a ese tipo de mujeres que ninguna de ellas era capaz de sorprenderle. Sí, era interesante, al menos lo era su cuerpo, pero de ahí a que hubiera algo más de interés en una mujer así...

—¿Y si digo que no me da la gana?

Lyonelle enarcó una ceja, algo que acompañó al movimiento de la mujer mientras se llevaba las manos a las caderas y continuaba mirándolo desafiante.

Al menos ésta sí tenía algo diferente.

Era irritante.

¿Comenzaba a arrepentirse de querer jugar un tiempo con ella?

Lyonelle suspiró y dejó las hojas del proyecto a un lado, sobre el sofá y se quitó lentamente las gafas, teniendo especial cuidado de no dejar nada encima de las fotografías ni la cámara que estaban a su lado y que había estado observando únicamente para hacer rabiar a Hellen, fingiendo desinterés por lo que ella estaba explicando.

—Me molestas y desconcentras.

—¿Quieres que me disculpe?

El tono helado de la mujer le hacía gracia. Acababa de aceptar una oferta de locos con tal de que él aceptara encargarse de las fotos del proyecto que ella dirigía y pese a que el precio significaba llegar a encontrarse en una situación bastante íntima, ella simplemente mostraba desagrado hacia él.

Tampoco era que él la quisiera precisamente. Le había propuesto que se acostaran únicamente para que ella lo dejara en paz. Tal vez había querido humillarla un poco, algo que normalmente hacía sin pensar. No odiaba a las mujeres, le gustaban, al menos le gustaba el rato de placer que podían pasar juntos, sin ataduras, ya que llegados a ese punto no confiaba en ninguna de esas criaturas. Eran mentirosas, engatusadoras y al final el único que había terminado sufriendo era él.

Estaba cansado y harto y hacía un tiempo que había decidido que el único interés que tendría con ellas sería carnal.

No iba a dejarse engañar otra vez.

—Me da igual si te disculpas o no. Simplemente deja de moverte como si fueras un perrito en vez de una mujer adulta.

La manera en la que las emociones se reflejaban en aquella mirada era refrescante. Por ahora por lo menos, pero Hellen no intentaba engañarlo. O lo hacía fatal, porque hasta ahora sólo había ido mostrando su desagrado por trabajar con él y le había dejado bien claro que pagaría el precio si ella llegaba a terminar el proyecto.

Si lo terminaba, no si era un éxito. O esa mujer tenía mucha confianza en ella o era una mujer de palabra.

Aunque eso último estaba por verse.

—¿Cómo sabré que pagarás una vez hayamos terminado?

Hellen respiró con fuerza y no cambió la postura.

—No lo sabrás —aceptó con un encogimiento de hombros—, pero no te quedará otro remedio que confiar en mí.

—¿Y si no estoy de acuerdo con eso?

—Pensaba que estabas de acuerdo.

—Eso lo decidiste tú sola.

Los ojos de Hellen se entrecerraron y apretó mucho los labios.

—¿Qué es lo que quieres?

—No sé... —Lyonelle se encogió de hombros y sonrió débilmente, algo que suponía no era una mueca muy agradable, sin apartar la mirada de la forma de los pechos de la mujer—. ¿No debería catar primero el producto antes de suponer que me interesa?

Hellen ni siquiera se movió. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en él. Lyonelle enarcó una ceja.

—¿Estás... de broma?

Lyonelle se levantó lentamente del sofá y se acercó a ella, sin prisa, sorprendiéndose que Hellen no se apartara de él cuando se detuvo frente a ella. Sus ojos ardían, sí, pero no de pasión precisamente; llameaban de rabia, de furia contenida que soportaba a duras penas.

Sin poder evitarlo, Lyonelle le agarró de la barbilla suavemente y le levantó la cabeza, inclinando su rostro hacia el de ella,

—Sí, es una broma —soltó con una sonrisa, a medio camino de sus labios.

Una vez más, la reacción de ella, le sorprendió. Hellen abrió mucho los ojos y apretó aún más los labios, apartando de mano de un manotazo y no retrocedió, sino que se mantuvo firme, soportando de mirada.

—Das asco —gruñó.

—Oh, tienes razón —rió él sin emoción, apartándose de ella—, pero te recuerdo que eres tú quien se está vendiendo por mi colaboración. ¿Es eso prostitución?

CAPITULO 6

Lyonelle no vio venir la mano de Hellen, pero sí la sintió cuando sus dedos golpearon su mejilla con fuerza.

—¡Eres un bastardo!

—¿No me digas?

Lyonelle sonrió con desgana, frotándose la cara con fuerza. La mujer estaba temblando de la rabia y él ya se imaginaba lo que vendría a continuación. Llevaba presenciando esa escena... ¿cuántas veces habían sido ya? Estaba tan acostumbrado a que le golpearan indignadas antes de irse que comenzaba a creer que cada vez dolía menos. Bueno, hasta ahora lo había considerado un precio justo por el placer que había recibido de ellas, pero esa mujer... ni siquiera habían pasado la noche juntos.

—Eres un desecho de hombre, ¿sabes lo que dicen de ti?

—¿Así que también te dedicas a cotillear por las esquinas? No te conozco pero a cada momento que pasa salen más aptitudes deplorables. Una hora más y posiblemente no puedas caer más bajo.

Hellen respiró con fuerza y dio un paso hacia delante, con la mano en alto, pero él fue más rápido y le agarró la muñeca con fuerza, impidiendo que ella pudiera volver a golpearlo justo en el momento que la puerta se abría y Anda lo llamaba a gritos antes de llegar al salón y quedarse tan inmóvil como ellos, contemplando la escena paralizado y posiblemente sorprendido; después carraspeó y le lanzó una fugaz mirada a ella antes de mirarlo a él.

—¿Interrumpo algo?

—No —aseguró Lyonelle con voz calmada.

Lyonelle vio como su amigo se fijaba en la mejilla que acaba de ser golpeada y supuso que ésta debía estar tan roja como las veces anteriores.

—Ya veo —continuó su amigo—. Creía que esta estancia la usabas generalmente para negocios, por eso me dejaste la llaves, ¿sabes?

Anda señaló las llaves y le dedicó una sonrisa de disculpa a Hellen que pareció salir de la sorpresa de verse en aquella situación y se soltó con

rudeza, apartándose de él.

—Es una situación de negocios —aclaró Lyonelle, ganándose una nueva mirada airada por parte de Hellen y la que no pasó desapercibida a Anda que le lanzó otra inquisitiva.

—¿Tu nueva empleada... tal vez?

Hellen bufó y le enseñó los dientes, algo que Anda enarcara aún más las cejas y fuera más insistente con su mirada.

Lyonelle suspiró.

—Quiere que le ayude con un proyecto para la revista dolls & body.

—¿Dolls & body?

—Sí.

Anda se echó a reír y volvió a pasar la mirada de él a la mujer con un cabeceo que parecía de comprensión.

—Ahora lo entiendo —continuó—. Tú no trabajarías para ese tipo de revista.

La mirada que Hellen le lanzó hizo que su amigo vacilara un momento.

—He aceptado —dijo Lyonelle, dejándose caer en el sofá y recogió las hojas que la mujer le había dado al entrar y comenzar a parlotear sobre lo sucedido, lo que se necesitaba, sobre sus ideas y lo peor de todo, sobre las fotos que había pensado que eran mejores... Había cosas que podía pasar y otras que no.

—¿Has aceptado?

Anda pareció atragantarse.

—Sí —repitió levantando la mirada de la hoja—. ¿Por qué?

—¿Es una broma?

—No —dijo él y sonrió haciendo que los dos se irguieran con recelo. La actitud de Anda era normal, ya que su amigo lo conocía desde hacía tiempo pero le agradó ver la alerta en esa mujer tan altanera. Al fin algo de control—. Acordamos un precio imposible de rechazar.

CAPITULO 7

—No voy a sacar esa mierda de fotografías. ¿En qué has estado pensando para tener esas absurdas ideas?

Lyonelle arrugó las hojas que ella había impreso aquella mañana y Hellen hizo un gran esfuerzo para no acercarse a él, de caminar el metro que los separaba para poner sus manos alrededor de su cuello y estrangularlo.

—¿No te gustan mis ideas? —dijo en un tono tan cargado de rabia que era difícil intentar sonar indiferente.

—Es basura. ¿Qué hiciste para conseguir el proyecto?

Las palabras de ese odioso hombre podían interpretarse como una ofensa pero Hellen simplemente ya sabía leer la burla en ellas sin escuchar la ofensa. Ese hombre, tal y como le había dejado caer Anda después de trabajar juntos durante cinco horas y ausentarse con la excusa de descansar un rato y dejarla sola con el monstruo de su amigo, era un solitario y amargado hombre que había perdido su corazón y la capacidad de enamorarse.

Hubiera sentido lastima sino lo hubiera odiado tanto.

—Me acosté con mi jefe —soltó con un humor tan negro que hizo que Lyonelle se girara para mirarla antes de tirar a la papelera el vaso con el resto del café que habían pedido en un starbucks.

—Cambiaremos de idea.

Hellen hizo una mueca y dejó que él se adelantara a cruzar la calle para tirar ella también el vaso y lo siguió, asesinando su espalda.

Ni siquiera le había preguntado si era verdad, aunque tampoco era como si a él debía de importarle. ¿No había aceptado acostarse con él si le ayudaba? No quería darle demasiadas vueltas al tema, ya que ya habían pasado veinticuatro horas desde que le había pedido ayuda a ese hombre y eso significaba que tan sólo quedaba una semana para la presentación... ¿debía acostarse con él antes o después de presentar el proyecto...? Hellen se detuvo en mitad de la carretera, entrecerrando aún más los ojos. ¿En qué estaba pensando?

—¿Qué estás haciendo? ¿Tan desesperada estás que pretendes suicidarte ahora?

—No es una mala idea —soltó ella, caminando más rápido al ver como parpadeaba la luz del semáforo y se detuvo en la acera, al lado de Lyonelle y lo miró con una mueca—, pero sería más tentador asesinarte a ti.

Él la miró divertido.

—Adelante —la animó—. Pero eso no te ayudará con el proyecto.

Hellen hizo otra mueca.

—Una ciudad tan grande y me niego a creer que seas el mejor fotógrafo de la zona.

—No me considero el mejor, pero gracias de todos modos.

Hellen farfulló algo más sin sentido y volvió a tardar unos segundos antes de seguirlo.

—¿A dónde vamos?

—A visitar a alguien.

Hellen abrió mucho los ojos, espabilando el sueño que tenía y se puso a su lado.

—¿A quién?

—A una vieja amiga.

—¿Qué tipo de amiga?

Lyonelle le lanzó una rápida mirada sin disminuir el paso que había marcado.

—Sólo hay un tipo de mujer que te presentaría a ti.

—¿No me digas? —gruñó ella de mal humor.

—El concepto del anterior trabajo estaba equivocado. Si tus únicas ideas vienen de la misma base cometerás el mismo error.

Hellen sacó rápidamente el cuaderno del bolso.

—No puedo salirme de la idea. El artículo se basa sobre la mujer trabajadora y la moda habitual de la misma.

—No lo discuto —dijo él girando un edificio marrón—, pero en tus ideas y en el artículo que no ha sido aceptado sólo habla de un tipo de mujer trabajadora. Tu revista abarca un círculo mucho más amplio de mujeres y sobre todo esa revista la compra un sector diferente de mujer a la que se hace

referencia.

—No te sigo.

Lyonelle se detuvo bruscamente y ella también lo hizo.

—No porque tú seas una feliz redactora sentada en su oficina, no significa que quienes compren y lean esa revista que tú has preparado, tengan ese mismo trabajo —dio un paso hacia ella y Hellen se irguió, levantando la cabeza y no se movió cuando Lyonelle inclinó su rostro hacia ella, tan cerca que podía sentir el excitante aliento de sus labios en su rostro—, ¿alguna vez habéis pensado en interesaros por llegar al público correcto?

Hellen bufó, aún sin moverse.

—¿Sabes cuántos años lleva a la venta esta revista? Si no lo estuviéramos haciendo bien ya nadie la compraría.

—Que haya artículos e información buena no significa que toda lo sea. Tú puedes decidir si aquello que tú pongas dentro sirva para algo o simplemente sean unas páginas más de relleno.

Hellen respiró con fuerza y no respondió, dejando que Lyonelle volviera a sonreír con esa arrogante sonrisa y se diera la vuelta, volviendo a caminar.

—¿Y qué me sugieres que haga?

—¿Alguna vez has oído hablar de trabajo de campo?

—¿Trabajo de campo?

Lyonelle no le respondió; siguió caminado hasta detenerse en uno de los portales del edificio y se apresuró a retener abierta la puerta cuando un chico salió del edificio sin prestarles atención.

Subieron en el mismo incómodo silencio hasta la quinta planta y allí Lyonelle salió del ascensor, sosteniéndole la puerta con una sonrisa que estaba lejos de ser agradable y Hellen caminó algo confusa hasta detenerse junto a él en una de las puertas del final. Cuando llamó, la voz tranquila de una mujer se escuchó al otro lado.

—¡Lyon!

Lyonelle saludó con una sonrisa sincera por una vez y Hellen le miró sorprendida, un segundo antes de acordarse de que ese hombre era el mismo demonio y giró la cabeza para mirar a la mujer que había abierto la puerta

Sin lugar a dudas no era el tipo de mujer que se le había pasado por la

cabeza cuando él había dicho lo de vieja amiga.

La mujer rondaría los sesenta y su aspecto era el de una mujer que pasa mucho tiempo en casa, con su bata de cuadros algo deshilada por un extremo y una ropa cómoda que habitualmente nadie quiere que alguien le descubra por casualidad, como para abrir deliberadamente la puerta.

—¿Y ella quién es?

Hellen se sobresaltó al descubrir que no era la única que le estaba haciendo un análisis a la mujer. Los ojos de un azul claro y repletos de arrugas a su alrededor, la miraban con interés, bajando un momento la mirada hacia sus manos.

—Maggy, déjame que te presente a Hellen. Estamos trabajando juntos.

La mujer apartó la mirada de ella.

—Trabajo, ¿eh?

—Sí, trabajo.

—Tú sólo apareces en mi puerta con dos tipos de mujeres. Con las que llevan anillos de pedida o las que llevan el título de asuntos de trabajo —la mujer suspiró—. Ya que ella no lleva anillo, suponía que debía ser de las del título.

¿Anillo de pedida? Hellen miró el rostro de Lyonelle, pero su expresión se había ensombrecido y su mirada endurecido. Maggy, en cambio, no se sintió amenazada, se limitó a quitarle importancia con un movimiento de manos y se apartó de la puerta.

—Entrad.

Hellen siguió a Lyonelle al interior de un pequeño piso, con una cargada decoración en recuerdos, fotografías, muebles antiguos, pero no aquellos que se encuentran en una tienda de antigüedades, sino aquellos adquiridos al principio de una vida y que nunca han sido renovados y hasta vio un pequeño camión rojo y amarillo de juguete a los pies de uno de los sofás.

—De acuerdo —volvió a hablar la mujer—. ¿Queréis tomar algo?

—Te lo agradezco, Maggy. Igual si no te importa nos demoramos un poco contigo.

—Cada vez tengo más curiosidad por saber de qué trata el trabajo. ¿Café?

—Por favor.

Esperaron a que Maggy volviera con varias tazas y las repartiera antes de sentarse frente a ellos con una mirada expectante.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Hellen trabaja para la revista dolls & body...

Maggy apartó bruscamente la taza de sus labios y lo miró sorprendida.

—¿Has accedido a trabajar para una revista así?

¿Qué tenía de extraño que él trabajara para la revista de su empresa? Hellen bebió un sorbo de su café y se mordió la lengua. Tenía curiosidad, demasiada, pero era cierto; no tenía tiempo y su interés por ese hombre no era importante, sólo era... ni siquiera tenía una respuesta para eso.

—Sí, es una larga historia.

—Tus historias nunca son largas, Lyon.

Lyonelle bufó y Hellen se puso en guardia, alerta de que pudiera ridiculizarla delante de esa mujer.

—Necesito que le expliques a Hellen sobre tu vida como trabajadora.

—¿Trabajas? —preguntó Hellen sorprendida, uniéndose a la conversación.

—Trabajaba, sí —dijo ella con una sonrisa.

Hellen miró a Lyonelle.

—¿En qué? —siguió.

—Estuve treinta y cuatro años trabajando como empleada en unos grandes almacenes.

—¿En serio? ¿En qué departamento? ¿Cómo dependienta?

Lyonelle bufó y sonrió con desdén.

—Ese es el problema de tu revista.

—¿Qué?

Maggy suspiró y también sonrió.

—No, trabajé en la limpieza.

Hellen volvió a mirar a Lyonelle y parpadeó confusa.

—¿Qué...?

—¿Cuántas veces has comprado esa revista?

—Posiblemente la compré hasta hace unos dos años.

—La revista no llega generalmente a un público acomodado. Son personas

con trabajos normales las que compran la revista y esperan encontrar temas de interés, situaciones con las que pueden identificarse.

—¿Quieres...? —Hellen miró a Lyonelle sorprendida—. ¿Quieres que hable trabajos...?

—Trabajos. No son de uno u otro tipo, sólo son trabajos. Si necesitas hablar sobre la mujer trabajadora, su entorno y la moda usada por ellas, lo normal sería que se abarcaran todo tipo de trabajos. Desde ahí comenzarás.

—¿Qué?

—Si quieres mis fotografías, serán mis normas. Tú eliges.

Hellen hizo una mueca.

—Lo que tú digas.

Lyonelle señaló a Maggy.

—Bien, puedes comenzar con las preguntas.

CAPITULO 8

—¿Tú duermes alguna vez?

Hellen admitía que la profesionalidad de Lyonelle hacía honor a los rumores. Era inteligente y tenía un ojo increíble para crear situaciones e ideas que humillantemente admitía que ni ella tenía. Era un genio.

Pero también era un tirano.

Llevaban casi cuarenta y ocho horas sin parar de trabajar, llevándola de un lado a otro, obligándola a hacer unas u otras preguntas, tachando los detalles que él consideraba innecesarios... prácticamente hacía su trabajo, la hacía sentir minimizada, excluida. Era evidente que él solo se bastaba para convertir el proyecto en un éxito... y no sólo por las fotografías, unas que aún no existían y comenzaban a producirla ansiedad.

Pero lo que peor llevaba, aparte del sueño, algo que limitaba su capacidad para crear ideas, era que Lyonelle actuaba como el jefe, gritando y ordenando y ella, muy acostumbrada a recibir ordenes, había estado obedeciendo sin replicar.

—¿Dormir?

Lyonelle se quitó las coquetas gafas que encima le sentaban de maravilla, y la miró. Habían entrado a comer a un restaurante cerca de una plaza bastante visitada por turistas en ese momento y para colmo, Lyonelle le había mostrado otra faceta de él. No hablaba al menos que tuviera algo que decir, que por lo general era para ordenarle algo, y si ya tenía sueño...

—Sí. Por si lo has olvidado, es algo necesario para cualquier persona.

—No lo he olvidado.

—Parece que sí, a menos que seas capaz de hacerlo leyendo u estudiando alguna propuesta, claro.

Lyonelle suspiró e hizo a un lado su comida sin tocar.

—Pensaba que habías dicho que no tenías mucho tiempo. Deberías haberme avisado antes de estar perdiendo el tiempo contigo.

Lyonelle se levantó y Hellen se puso en pie de golpe, alarmada.

—¿A dónde vas?

—Relájate. Sólo voy a tomar un poco el aire.

—Pero si no has comido.

—No tengo hambre.

Lyonelle rodeó la mesa y recogió su chaqueta antes de caminar hacia la puerta. Hellen lo vio salir y observó como se paseaba por la plaza, entre los turistas, ojeándolos, deteniéndose y contemplando la zona.

Hellen suspiró amargamente y también apartó su plato hacia un lado y se levantó. Aquello era absurdo.

—Ya no sólo tengo prohibido dormir, sino que también comer —murmuró de mal humor mientras salía del restaurante.

Era un completo tirano.

Cruzó hasta donde se encontraba Lyonelle y se detuvo detrás de él, con las manos en los costados.

—¡Eh!

Lyonelle se dio la vuelta para mirarla, examinándola de arriba abajo como si la viera por primera vez.

—¿Ya has terminado de comer?

—Oh, ¿te preocupa?

—No realmente.

Hellen cerró un momento los ojos y respiró con fuerza. Sólo tenía que tener un poco más de paciencia... sólo un poco más.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensar en un escenario.

—¿Un escenario?

Hellen miró a su alrededor, deteniéndose especialmente en la fuente que comenzaba a funcionar en ese momento con varios chorros de agua que se entrecruzaban al llegar a lo alto.

—Aquí haremos las fotos.

—¿Las fotos aquí?

—Sí. Aquí.

Hellen intentó ver el lugar de otra manera, de la manera que ese hombre lo hacía.

—¿En qué estás pensando?

—Ven.

Lyonelle la agarró de la mano y la empujó cerca de la fuente, en lo alto y señaló con la mano libre la escena que debía ver bajo ellos, con todo el grupo de turistas que se movía de un lado a otro.

—¿Lo ves?

—No. Realmente no veo lo que intentas decirme, pero si tú crees que es buena idea...

Llegados a ese punto importaba poco su opinión, ya que básicamente lo había hecho todo él.

—Buscaremos a un grupo de mujeres trabajadoras, de varios tipos de trabajo y las juntaremos aquí. Un grupo de mujeres reales que aunque tengan diferentes trabajos, todas son mujeres trabajadoras. Haremos una con los uniformes y otra con la ropa que habitualmente usen.

Hellen volvió a mirar al grupo de turistas y comenzó a idear lo que Lyonelle estaba pensando y asintió lentamente con la cabeza.

—Es buena idea...

—Lo es.

Hellen puso mala cara.

—Eres un egocéntrico.

Lyonelle la miró y se llevó la mano que mantenía agarrada a los labios, besándosela sin dejar de mirarla. Hellen contuvo la respiración.

—No vayamos a sacar los defectos del otro. Nunca sabemos lo que puede salir allí, ¿verdad?

—Eres un imbécil.

Hellen apartó la mano bruscamente y se echó hacia atrás, perdiendo el equilibrio y sólo le dio tiempo de agarrarse al brazo de Lyonelle cuando cayó hacia atrás, arrastrándolo a él también al interior de la fuente.

—¿Te has vuelto loca?

Lyonelle se incorporó en la fuente y le ayudó pese a sus palabras cargadas de rabia a que ella lo hiciera también.

—¡Ha sido un accidente! —chilló ella, tratando de limpiarse inútilmente el agua de la cara y enfocar a Lyonelle.

Una vez el agua dejó de chorrearle en los ojos, Hellen vio con amarga vergüenza como acababan de convertirse en el centro de atención no sólo de los turistas que habían comenzado a sacarles fotos, sino también de aquellos que estaban pasando por la plaza a esas horas.

—Espero que estés contenta.

—No mucho —musitó, saliendo de la fuente con un traspies que la hubiera regresado al agua si Lyonelle no la hubiera agarrado y la mantuvo sujeta hasta que consiguió salir.

—¿Y ahora que tienes planeado?

—¡No ha sido mi culpa!

—Deja de gritar. Por si no lo has notado acabamos de convertirnos en el centro de atención.

Hellen masculló algo y deseó patear el suelo, algo que lo hubiera hecho si Lyonelle no hubiera comenzado a alejarse.

—¿A dónde vas?

—A secarme.

Hellen miró a su alrededor, ignorando las miradas. Su casa estaba en la otra punta de la ciudad y la de Lyonelle tampoco estaba muy cerca.

—¿Dónde? —se interesó, asegurándose de caminar a su lado. Hellen prefería no tener que andar ella sola con esas pintas por las calles tratando de localizar un taxi.

Lyonelle como única respuesta le lanzó una fría mirada y siguió caminando, deteniéndose frente a uno de los hoteles más lujosos de la ciudad y el más cercano. Sin vacilar, abrió la puerta y entró, caminando con una elegancia envidiable dadas las pintas que tenía con toda la ropa chorreando. Hellen lo siguió también, manteniéndose todo lo oculta posible en su espalda mientras los miraban con un desagradable interés y le daban las llaves al hombre.

CAPITULO 9

Hellen se cruzó de brazos sobre su jersey empapado e ignoró el molesto sonido de las gotitas cayendo sobre la alfombra.

—Sécate —le ordenó Lyonelle, lanzándole una toalla que terminó cayendo al suelo al no ser capaz de recogerla a tiempo.

Hellen lo miró furiosa pero se agachó a recoger la toalla y comenzó a secarse la cara sin perderlo de vista.

Según había entrado, Lyonelle había comenzado a quitarse la ropa, ignorando que ella se encontrara en la habitación y cuando ella le había hecho ver con todo el tacto que pudo que ella también se encontraba allí, el hombre se había encogido de hombros.

—¿Por qué no aprovechas y ya que estamos aquí no saldamos la cuenta pendiente? Puede que eso me ayude a trabajar más animado.

Hellen había pillado la respuesta por sorpresa y no había sabido que responder. Al principio. Luego se había puesto a gritar insultos como una loca mientras Lyonelle se encerraba en el cuarto de baño y salía varios minutos después, aseado y seco, vistiendo únicamente un albornoz blanco.

—¿Piensas quedarte así todo el día? Cogerás un resfriado.

—¿Te importa?

—No, supongo que no. Pero luego no me reproches que no hayas sido capaz de terminar el trabajo a tiempo.

Hellen apretó los dientes, pero poco a poco fue suavizando la presión y relajó los brazos.

—Desde que te conozco mi vida ha ido del revés —dijo suavemente—. No duermo, no como, parece como si no fuera capaz de relajarme y...

Hellen se calló bruscamente al ver como Lyonelle se acercaba a ella y se detenía frente a ella, inclinando un poco la cabeza.

—¿Es eso una declaración?

—No seas absurdo.

—Si soy franco, debería decir que eres una de las pocas mujeres a las que

puedo considerar un igual.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—No pretendía que lo fuera.

—¿Y cómo debería tomármelo?

Lyonelle se encogió de hombros.

—Sólo digo que comienzo a verte como algo más que un objeto.

Hellen bufó y masculló algo, moviendo la cabeza indignada.

—¿Eres imbécil?

Lyonelle volvió a encogerse de hombros.

—Después de conocer la falsedad con la que están hechas las mujeres, no confío ni creo en ellas.

—Vale, ¿eso significa que ha tenido ese tipo de experiencias con muchas mujeres?

—No —dijo él suavemente—. Sólo con dos.

—¿Dos?

—Los únicos dos errores de mi vida.

Durante unos instantes los dos se miraron fijamente y después él se apartó un momento.

—Sería mejor que fueras a darte una ducha.

—Es lo que haré.

Hellen se adelantó un paso para acercarse al cuarto de baño pero antes de llegara a él sintió como la mano de Lyonelle se clavaba en su muñeca y tiraba de ella, apretándola con fuerza en su pecho antes de besarla intensamente.

CAPITULO 10

Hellen tardó un poco más en la ducha de lo que habitualmente tardaba. No solía demorarse mucho, pero en ese momento lo que menos le apetecía era salir y enfrentarse a Lyonelle.

Lentamente se llevó una mano a los labios, recordando el beso que él le había dado antes de apartarse de ella y atender una llamada.

Salvada por la campana... sí, pero lo más ridículo de todo era que se había sentido frustrada porque él no había continuado, deteniéndose en un solo beso.

Suspiró ruidosamente y cerró el grifo, agarrando el otro albornoz que había colgado y se lo puso antes de respirar con fuerza y salir.

Lyonelle estaba sentada alrededor de la mesa y tecleaba algo en un ordenador. Al oírla, levantó la cabeza, examinándola con esa mirada que le ponía los pelos de punta.

—He mandado que manden lavar y secar nuestra ropa.

—Vale.

—Nos quedaremos hasta que nos la traigan.

—Bien...

Los dos se miraron en silencio.

—¿Quieres descansar un rato?

—¿Tú no vas a dormir?

—No sólo tengo este trabajo. Estoy comprometido con dos más.

—Ah.

Era verdad. Hellen se mordió el labio. Lyonelle no era de su exclusividad. Tendría otros compromisos, posiblemente trabajos mucho más interesantes y productivos que el de ella.

—Dormiré un rato.

—Está bien. ¿No has dicho que trabajarás mejor si duermes un rato?

Hellen hizo una mueca y se acercó a la cama, tumbándose y tapándose hasta el cuello antes de ponerse de lado y tratar de dormir, escuchando a

medias el sonido distante del teclado.

Durante los días siguientes la actitud de Lyonelle no cambió. Fue aún más tirano de lo que había mostrado las veces anteriores pero Hellen se acomodó fácilmente a él, comenzando a dirigir el proyecto y dando instrucciones. Lyonelle la escuchaba pero si no estaba de acuerdo la corregía sin dudar, explicándole los motivos por los que no estaba de acuerdo con ella.

Hellen admitía que, aunque las formas no eran las correctas, había aprendido más en el poco tiempo que había pasado con Lyonelle, que todos los años que llevaba trabajando para la revista.

Y también estaba el tema del pago.

Hellen le había dado muchas vueltas. Al menos sí lo había hecho en su poco tiempo libre del que había tenido.

Le gustaba Lyonelle.

Puede que esa combinación imperfecta de hombre arrogante y prepotente con los momentos más delicados, dulces y hasta íntimos que habían compartido, donde habían ido haciéndose revelaciones de sus vidas, le había llevado a la incierta certeza de que se sentía atraída por él.

Lo deseaba.

Y antes de darse cuenta se encontraba esperando con ansias el momento de entregar la nueva revista impresa para poder tener el tiempo libre y acudir a su encuentro con ese hombre.

—¿Has conseguido esto en tan poco tiempo?

Emilia Derran la miró sorprendida, dejando sobre su escritorio la revista abierta por la página donde se encontraba su artículo y las fotografías de Lyonelle.

—Tuve ayuda.

Muchas realmente.

Emilia asintió despacio con la cabeza y acarició la página con la yema de los dedos, deteniéndose sobre las dos fotografías.

—¿Quién ha sido el fotógrafo?

La mujer la miró fijamente y Hellen le devolvió la mirada.

—Lyonelle Dyson.

—¿Lyonelle Dyson?

Hellen sonrió débilmente.

—El mismo.

—¿Me estás diciendo que ese hombre aceptó trabajar para nuestra revista?

Emilia estaba tan sorprendida que podía leerse la emoción en su rostro desencajado.

—Algo así.

—Algo así... —Emilia carraspeó con suavidad y recuperó la compostura

—. Supongo que él ha hecho algo más que aportar las fotografías, ¿verdad?

Hellen asintió con la cabeza.

—Sí, básicamente el trabajo es de él.

Emilia revisó el contenido una vez más y apartó la revista.

—Un gran trabajo.

—No mío —reconoció Hellen con pesar.

Aunque todo había resultado siendo un éxito, el reconocimiento que había recibido le estaba dejando un sabor amargo en la boca. Ella tan sólo había terminado siguiendo las instrucciones de alguien más, algo que ya llevaba haciendo durante años.

—¿Lo crees de verdad?

Emilia se levantó y se acercó hasta ella.

—Bueno, sí. No llega a ser por él y seguramente no lo hubiera logrado.

—Nunca se sabe —La mujer sonrió—, pero aún así has logrado lo que yo llevo tiempo intentando. Un trabajo de Lyonelle Dyson. Siempre fue un genio y no sólo en la fotografía como has averiguado.

—Sí, vale —Hellen observó a Emilia mientras se acercaba a la ventana—. Pero su carácter le pierde.

—Es el carácter de alguien que ha sufrido mucho por amor.

—¿Por amor?

Emilia guardó silencio y se giró hacia ella con una nueva sonrisa.

—Da igual. No es a mí a quien le corresponde hablar de los demás... pero sí de trabajo.

—¿Trabajo?

—Has hecho un buen trabajo junto a ese hombre... y me gustaría que siguiera siendo así en el futuro.

—¿Eh?

—Dóblale el precio que le has ofrecido para que haya aceptado una vez y así volverá a aceptar.

Hellen estaba segura de que su rostro palideció, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Se dio la vuelta y se acercó desanimada a la puerta.

—Hellen.

—¿Hm? —se giró para mirar a Emilia.

—Estoy segura de que trabajar con Lyonelle te ha ayudado a abrir la mente, ¿no es así?

—Creo que sí —reconoció desconfiada.

—Puede que ahora no veas esto como un triunfo, pero a la larga serás capaz de ver esto como unas clases extras.

Hellen sonrió sin decir nada y salió del despacho. No dudaba que alguna vez no fuera a agradecer lo que aprendía de Lyonelle pero aún estaba el pago por sus servicios y encima tendría que volver a convencerlo para que trabajara con ellos más veces...

Cuando llamó al timbre de Lyonelle sus manos sudaban con fuerza.

—Pensé que no vendrías.

Hellen hizo una mueca y aceptó la invitación de entrar a su piso cuando él se lo indicó con una mano.

—Ha sido un éxito.

—Era inevitable.

Hellen hizo otra mueca, frotándose las manos.

—No podías ser más arrogante, ¿eh?

—Podría serlo aún más, pero no es por eso por lo que has venido, ¿no? Mi paga.

Los brazos de Lyonelle la rodearon la cintura y apretó con fuerza su cuerpo contra el de él, introduciendo una mano por su camisa hasta rodear uno de sus pechos. Hellen dio un salto de la impresión y se apartó torpemente. Cuando se dio la vuelta para mirar al hombre éste estaba sonriendo divertido.

—Relájate, ¿quieres?

—¿Qué me relaje?

Lyonelle se encogió de hombros.

—No es divertido conseguir a una mujer de esa manera.

—¿Perdona?

—Era una broma.

Hellen bufó. Debía sentirse aliviada pero se sentía muy lejos de sentirse de esa manera. Si tenía que ponerlo en palabras usaría la palabra decepcionada.

—De acuerdo —dijo con aspereza—. ¿Y qué me dices de volver a trabajar conmigo?

Era un buen momento para entrar con ese tema y también había pulido su orgullo para no usar la frase trabajar para ella. Era evidente quién había sido quién en ese tiempo juntos.

Lyonelle enarcó una ceja y dejó de sonreír.

—¿Un nuevo proyecto?

—Tu trabajo ha sido un éxito —soltó ella de mal humor, reconociéndolo—. Pero esta vez no dejaré que tú seas mejor.

—¿Esta vez?

Hellen se encogió de hombros, imitando a la perfección la manera con la que él lo hacía.

—Sí.

—¿Das por hecho que voy a aceptar?

—No soy tan arrogante.

Hellen caminó lentamente hacia él y se puso de cuclillas para besarlos en los labios. Lyonelle no se apartó, pero no dejó de mirarla en ningún momento.

—¿Ahora vas a hablarme de un precio?

—Yo no estoy en venta —dijo ella con una nota irónica en la voz que hizo que Lyonelle sonriera.

—Todos tenemos un precio.

—Sí, tal vez, pero en esta ocasión seré yo quien averigüe cuál es tu precio.

Lyonelle enarcó una ceja.

—Eso va a ser más complicado.

—Me gustan los retos.

Lyonelle la besó también.

—Eso me gustaría mucho ver como lo consigues.

—Entonces tendrás que quedarte conmigo un poco más.

—No tengo inconveniente...

—Pero el precio será económico en esta ocasión.

—Tampoco tendré objeciones, ya que en esta ocasión lo he hecho gratis.

Hellen sonrió.

—Estaba dispuesta a pagar el precio.

—¿Ah, sí?

Lyonelle la rodeó por la cintura.

—Pero será para la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Sí, la próxima vez.

Sí, sería en el momento que ella encontrara la cerradura de su corazón.

FIN

LA FUERZA DEL DESTINO

BRENDA BURTON

Obra registrada
Todos los derechos reservados.

Capítulo 1

Siempre he actuado como si mi vida fuera perfecta, al menos, diferente a la de Kelly o Peter, donde su padre era un borracho y solía golpear a su madre cada noche cuando volvía a casa.

Recuerdo aquellos días, cuando me asomaba por la ventana de mi habitación y miraba hacia la ventana de la habitación de Kelly. Siempre la veía esconderse debajo de la cama cuando llegaba su padre con un portazo y llamaba a gritos a su madre. La veía asomarse de vez en cuando al escuchar el primer grito desde la planta baja y taparse los oídos con fuerza con las manos mientras se mecía bruscamente. Imaginaba que debía llorar, al menos siempre lo hacía cuando los gritos que se oían también abarcaban la voz de un niño, de Peter, su hermano y quien tan sólo tenía dos años más que ella, dos años más que yo.

Pese a tener la misma edad, no recuerdo haber hablado nunca con Kelly y mucho menos con Peter. De pequeña nunca me atreví, sólo los miraba desde la otra acera, desde el otro lado de la ventana. Para mí, ellos eran los niños extraños de la casa de al lado. Siempre fingí que no existían, que no los conocía y, sobre todo, que no veía esas marcas de golpes y heridas en la cara de Peter.

O, al menos, era lo que siempre me decía mientras los observaba en silencio, mientras una sensación de rabia, impotencia y empatía crecía dentro de mí junto a un extraño sentimiento que me negaba a aceptar.

No era mi problema. No tenía que ver conmigo.

Sí, eso era.

Y cuando comenzamos el instituto recuerdo que la situación fue mucho peor. Su madre hospitalizó dos veces por heridas graves, Peter cuatro y una vez vi a Kelly con un brazo escayolado y un ojo morado.

—Tienes que cambiar, Martha. Todo es por tu culpa.

Aquella vez, cuando volví a casa, cuando ya tenía diecisiete años y estaba a punto de cumplir los dieciocho, cuando la universidad se me presentaba

como una oportunidad para abandonar Herton, el pueblo donde había nacido y crecido y respirar una nueva idea de diversión en California, me sorprendió ver a Martha Kersson en casa, sentada en la mesa hablando con mi madre. No recordaba haberlas visto nunca juntas antes y mucho menos hablar. Siempre nos habían dicho en casa a mi y a mi hermana Sally que no nos relacionásemos con los Kersson, que no nos acercásemos a la familia Kersson. Pero me limité a saludar y pasar de largo, ignorando una vez más las heridas de la cara de la mujer demasiado marchita para la edad que tenía.

—Tengo demasiado miedo... ¿no puedes ayudarme?

Lo último que recuerdo es cerrar impasible la puerta de mi habitación y poner la música más alta de lo habitual para impedir que los llantos desde la cocina llegaran a mis oídos.

Ya no sólo no era mi problema, sino que no me interesaba.

Kelly y Peter se habían convertido a esas alturas en el hazmerreír de todo el instituto. Vestían mal, olían mal, eran raros... daba igual el motivo, pero cada día se metían con ellos, los insultaban, los golpeaban...

Y yo también lo hacía.

Me aseguraba a mí misma que mi vida era perfecta y quería que lo siguiera siendo. Los problemas de los Kersson siempre se quedaban en la casa de al lado. Nunca entraban a la mía, pero sabía perfectamente que no era por eso. Guardaba un secreto de algo que me negaba a recordar, que había enterrado en lo profundo de mi memoria y me negaba a dejarlo subir a mis recuerdos. Sabía que mi interés por asistir a la universidad fuera de todo aquello, lo más lejos posible de casa no era por lo que repetía una y otra vez con una sonrisa a pesar de la negativa de mis padres, sino que trataba de huir desesperadamente. Huir de Herton, de su extraño comportamiento donde mis padres acudían a un extraño centro todos los domingos y donde parecía que no había una mínima intimidad en ese pueblo, huir de aquel secreto que me atormentaba y sobre todo de unos sentimientos que escondía muy profundamente por alguien que no debía sentir nada.

Dos meses después de aquel día que vi hablando a mi madre y a Martha Kersson en mi cocina, me encontraba deshaciendo las maletas en el dormitorio para chicas de la universidad, a kilómetros de distancia de mi familia y de los

Kersson, a kilómetros de mis propios sentimientos, de mis miedos y de un secreto que había arrastrado todos esos años.

Sólo lo supe meses después, cuando volví a casa de visita por navidades. Martha Kersson se había suicidado. O eso era lo que había dicho la policía. Peter Kersson había intentado estrangular a su padre ese mismo día pero se lo habían impedido. Peter pasó a disposición judicial y días después a prisión por intento de asesinato.

Nunca más volví a asomarme por la ventana de mi habitación. Las veces que iba de visita a casa tenía especial cuidado de no correr esas cortinas. Nadie en mi casa hablaba de los Kersson. Nunca pregunté qué pasó con Kelly o John. Nunca di mi opinión. No me interesaba, no debía interesarme.

Pero debí imaginar que el destino no suele ser tan magnánimo. Debí saber que nunca las cosas simplemente se quedan como están sólo por creer que los problemas están bien cerrados en la casa de al lado, pero de la noche a la mañana descubrí que los problemas de los Kersson dejaron de ser sólo de ellos cuando aquella mañana de mi último curso de la universidad, cuando ya tenía veinticuatro años, recibí la llamada alterada de mi padre.

Sally había muerto.

Y todos mis sentimientos volvieron a revolverse dentro de mí como las salvajes burbujas del gas en un vaso a punto de desbordarse.

Capítulo 2

No esperaba volver a casa de esa manera. Siempre había creído que mi vida se quedaría en la ciudad, lejos de aquel pueblo y de su maldita gente. Mis recuerdos se basaban en aquello que me había negado a ver con lo que yo había creado de mí misma.

Sally y yo no habíamos estado especialmente unidas. Pese a que la diferencia de edad era solo de dos años, mi hermana y yo éramos como el día y la noche. Yo siempre había brillado, incluso lo había hecho aplastando y oscureciendo a personas como Kelly y Peter Kersson. Sally siempre había sido más tímida, más reservada. Ella tenía sus secretos y sabía que escribía un diario, al menos lo había estado haciendo antes de que yo me fuera a la universidad, pero nunca me había sentido interesada por las cosas de mi hermana, al igual que a ella no le habían interesado las mías y en ese momento, después de una semana de haberla enterrado, de haber llorado sin saber muy bien por qué lloraba, de donde venía la pena que me desgarraba el pecho, me daba cuenta que realmente no sabía nada de Sally, que mientras abría la puerta cerrada de su habitación y miraba el interior de su cuarto, con las cortinas corridas, la colcha de color malva sobre la cama, las fotografías pegadas en la pared de gente que no había visto en mi vida, las cajas de cartón cerradas dentro del armario y bajo la cama, incluso la ropa que colgaba en las perchas hacían que me diera cuenta que no sabía nada de mi hermana, que en ese momento me encontraba en la habitación de una desconocida.

No fui capaz de quedarme más tiempo. Salí de la habitación y cerré la puerta a mi espalda, convencida de que me tocaría decirle a mi madre que las cosas de Sally tendrían que esperar un día o dos más antes de que tuviera fuerzas para recogerlas y amontonarlas... Respiré hondo y decidí que decir eso a mi madre también tendría que esperar a más tarde. Anduve por el pasillo hasta mi habitación y me encerré en ella, sin ganas de tratar con la gente del pueblo que no dejaban de llegar a dar una vez más el pésame, a decir lo mucho que sentían algo que seguramente no sentían, a ofrecerse a ayudar a mi padre, a

mi madre, simplemente a hacer compañía.... No me apetecía ver a nadie. Mi vida estaba fuera de ese lugar, tenía que estarlo y me volvía a encontrar en ese pueblo, llorando la muerte de Sally cuando nada de eso entraba dentro de mis planes.

Me quedé quieta, completamente inmóvil mirando hacia la cortina corrida y en un acto de rabia la moví, dejando que la ventana de Kelly Kersson quedara a la vista después de tantos años.

La casa estaba igual. Con las manchas en la fachada, el moho de la humedad alrededor de la ventana y las cortinas de un tono amarillento medio corridas, dejando a la vista la cama y el armario, pero mis ojos se desviaron hacia la figura que había junto a la puerta al otro lado de la habitación y por un momento contuve el aliento, creyendo, por un segundo que era John Kersson, pero el chico que me devolvía la mirada desde el otro extremo era delgado, demasiado tal vez, lo que implicaba que o bien John había adelgazado demasiado en los años que no lo había visto o no era él. Y no lo era. Reconocí a Peter en su mirada verde, en su cabello negro y ondulado ligeramente largo y durante unos instantes, tal vez eternos, los dos nos observamos sin hacer nada más, hasta que él dio un paso hacia la habitación de su hermana y yo retrocedí asustada, corriendo las cortinas como si eso impidiera que él pudiera alcanzarme.

No tardé en girarme y bajar las escaleras hasta la cocina donde aparte de mi madre, se encontraba mi tía Luisa y dos vecinas a las que ni recordaba el nombre y tras servirme una limonada y llevar a la mesa unas servilletas, me senté con ellas y traté de unirme a su conversación trivial, fingiendo que no notaba el rojo de los ojos de mi madre y la manera que le temblaba la mano que sostenía un vaso de limonada sin tocar.

—Creo haber visto a Peter Kersson, ¿no estaba en la cárcel?

Intenté que mi pregunta sonara lo más indiferente posible, casual, como si realmente no me importara y por la manera que siguieron todas con lo que estaban haciendo, sin escandalizarse o prestar excesiva atención a mi pregunta, imaginé que había logrado que nadie le diera importancia a mi interés.

—¿Peter Kersson? —Al final fue mi tía quien respondió, dejando la lana

que estaba trabajando encima de la mesa y se llevó el vaso a los labios, dando un sorbito a la limonada y arrugó la frente—, Susan, le has echado poca azúcar.

Me levanté de inmediato y cogí el azucarero, pasándoselo a mi tía que asintió satisfecha y le echó un par de cucharadas a su vaso antes de volver a probarlo y asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Qué pasó con el niño Kersson? —insistí, inclinándome hacia mi tía.

Siempre me habían dicho que me parecía a ella, con el pelo rubio y los ojos azules, muy parecida a Sally que en vez de heredar los ojos azules de la familia de mi madre como yo, había disfrutado del color castaño de mi padre. Pero a diferencia de Sally, yo era alta, igual que mi tía Luisa con su metro setenta y cinco mientras que Sally había tenido que conformarse con el metro sesenta.

—Hace un par de meses que regresó a Herton. Buena conducta o algo así, ya sabes cómo funcionan esas cosas.

—Ah... —murmuré, mirando hacia la casa de al lado—. ¿Y se volvió a mudar con su padre?

Resultaba casi cómico que hubiera regresado al pueblo y la casa del hombre al que había intentado matar en el pasado.

—No. Está viviendo... ¿te acuerdas de las casitas abandonadas a las afueras? Junto a la gasolinera...

—Sí...

Recordaba vagamente haber ido a alguna fiesta que celebraban por aquellos lugares.

—Charlie lo compró e hizo del lugar unos apartamentos de mala muerte. Pero son baratos y ese chico al menos podrá vivir en algún lado que no sea la calle. Puede que lo que hiciera no estuviera bien, pero todos sabemos que su padre no le dio a él y a su familia ni buena vida, ni un buen ejemplo.

—Y mientras no de problemas a la gente decente, por mí que haga lo que quiera —añadió una de las vecinas que pese a que no había dejado de hablar con mi madre y su amiga, parecía haber estado muy atenta a la conversación.

—¿Y John Kersson? —insistí—. ¿No vive en la casa de al lado?

—¿El viejo y borracho de Kersson? —intervino una vez más la misma

mujer sin levantar la mirada—. Vive aquí, sí.

—Pero suele pasar tiempo con su hermano en Colorado —añadió tía Luisa—. Al parecer le está ayudando a desintoxicarse del alcohol.

—¿En serio? —murmuré, apoyando la espalda en la silla, pensativa.

Eso explicaba el por qué Peter estaba en la casa. Su padre no estaba allí. ¿Quién querría volver a esa casa cuando habían sucedido tantas cosas desagradables en ellas? El recuerdo de Sally volvió a sacudirme y apreté los puños, cambiando la imagen de mi hermana por la de Martha Kersson. Era verdad. Aquella casa tenía muchos recuerdos desagradables, pero también los únicos recuerdos de su madre.

Me levanté pesadamente de la mesa y esta vez fui yo quien fingió que no me daba cuenta de que todas levantaron la cabeza para ver como salía de la cocina y regresaba a mi habitación, pero algo hizo que me detuviera frente a la puerta de la habitación de Sally y sin pensarlo la abrí con el pie, empujándola suavemente y antes de darme cuenta ya me encontraba dentro. Sólo dudé unos segundos antes de abrir la puerta del armario y comenzar a vaciarlo.

Capítulo 3

Recoger las cosas de Sally era más duro de lo que había pensado al principio. Rebuscar entre sus cosas, ver las cosas desde el punto de vista que ella las miraba en sus fotografías, en lo que escribía, en su ropa o las cosas que había guardado y atesorado desde niña me hacía entender que yo era más importante para ella de lo que nunca habría creído.

La poca comunicación con Sally había creado en mí algo muy diferente de lo que realmente era. Sally me había querido, me había atesorado y había guardado cada cosa que habíamos compartido desde niñas, pero saberlo no hacía que me sintiera mejor, sino que comenzaba a asfixiarme.

Decidí salir de casa cuando comenzaba a anochecer, sin despedirme de la mayor cantidad de voces que salían desde la cocina y el despacho de mi padre. No estaba de humor. Aquello nunca había sido para mí. En mi opinión, el dolor se llevaba entre aquellos que compartían ese dolor, aquellos que realmente sentían el dolor aunque fuera al ver a alguien querido dolido por algo, pero en ese pueblo las cosas se llevaban en comunidad y no soportaba ese ambiente.

Quería estar sola y por eso salí a la calle, al aire fresco y me interné en el pequeño monte que se asomaba a pocos metros desde la parte trasera de mi casa.

Anduve como si no hubieran pasado ya años desde la última vez que me había internado por ese mismo camino, aislándome de todo el mundo y me senté en el mismo tronco que sorpresivamente seguía allí, con más musgo alrededor desde la última vez que lo había visitado pero no me importó manchar los pantalones vaqueros.

No sé cuanto tiempo estuve allí sentada, pero ya había anochecido cuando decidí levantarme y salir de allí. Estaba segura de que debía ser una paranoia mía pero de pronto me sentía observada y las sombras que se proyectaban en la espesura, prácticamente escasas en aquel lugar donde penetraba difícilmente la luz de la luna, se me antojaban aterradoras

—Vamos, sé racional —murmuré, mirando a mi alrededor con una extraña sensación, notando como el vello de los brazos se me ponía en punta.

Sally había muerto en un accidente. En un desgraciado accidente tal y como había dicho la policía y hasta yo mismo insistía en repetirme eso, pero había algo en la manera que había muerto, en el lugar, la hora y hasta la forma que vestía que no encajaba con ella. Sally nunca iba a discotecas. No era su estilo. Prefería quedarse en casa con un libro. No recordaba haberla visto socializar con nadie. Nunca la había visto con amigos, ¿a qué había ido a una discoteca? Incluso cuando le había preguntado a mis padres, ellos no habían visto a nadie con Sally en esos años que yo había estado fuera de casa.

Sally no bebía y mucho menos se drogaba y ya ni hablábamos de coger el coche después de haber bebido y haberse drogado.

Por supuesto, incluso ahora, no había encontrado nada de ropa apropiada para salir un sábado noche a una discoteca, pero la habían encontrado dentro de su coche con una falda que no pasaba por debajo del culo de color rosa, un top negro que dejaba a la vista más carne que tela y unos zapatos de tacón que me costaba imaginar a Sally andando con ellos. La habían encontrado con una gran cantidad de alcohol y drogas en la sangre y había tenido el accidente diez minutos de salir de una discoteca.

Había algo que no encajaba en todo eso. O simplemente la realidad era que nunca había conocido a mi hermana realmente.

Otro ruido a mi espalda hizo que dejara de divagar y comenzara a caminar a casa, sintiendo como si la distancia fuera mucho más larga al volver que el tiempo que había transcurrido hasta llegar allí y solo me detuve al escuchar cómo se movía la maleza frente a mí y una sombra demasiado espesa comenzó a formarse ante mis ojos.

Fue involuntario, pero grité con todas mis fuerzas y odie no llevar un bolso para poder golpear patéticamente a quien se acercaba con él.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Poco a poco intenté distinguir al hombre que tenía frente a mí, sin tratar de atacarme, sino que miraba a mí alrededor como si esperase encontrar algo fuera de lugar antes de clavar sus ojos en mí.

Reconocerlo no me ayudó.

Peter Kersson.

—¿Qué haces aquí? —fue mi respuesta, mirando nerviosa al camino detrás del cuerpo del chico.

Él también pareció notarlo, girando un momento el cuello a su espalda, pero no se movió y yo me crucé de brazos a la defensiva.

—¿A ti qué te parece? —respondió él de forma ruda—. Dando un paseo.

Apreté con más fuerza los brazos sobre el pecho. No podía evitar sentirme asustada, pero sí que él no se diera cuenta.

—¿A estas horas? —insistí, cabezota, aún mirando el camino.

—¿Desde cuando tengo que darte explicaciones de lo que hago o a donde voy, señorita Ashley Huzman?

Me puse aún más tensa. No sólo yo lo había reconocido a él y por la forma que había pronunciado mi nombre parecía que no le resultaba muy simpática. No lo culpaba. Había participado en hacerle la vida imposible y él mismo sabía las veces que los había espiado, de niños, cuando su padre los golpeaba cruelmente.

—Eso... Solo he dicho que me parece peligroso que...

—Limitate a no pasear tú por este lugar a estas horas y no metas las narices sobre lo que hacemos los demás. Además —dijo y casi vi la sonrisa entre la oscuridad que reinaba—, me incluyes en eso a lo que tú llamas peligroso, ¿no?

La forma en que lo dijo me produjo escalofríos y lo miré con cierto temor, incapaz de volver a desviar los ojos hacia el camino.

—Quiero pasar —murmuré.

Él movió los brazos con cierta burla, invitándome a pasar por su lado pero no se quitó del camino.

—No te lo estoy impidiendo.

Dudé un segundo antes de moverme, sin apartar los brazos del pecho y evitando rozarle lo menos posible y cuando finalmente pasé por su lado, eché a correr de nuevo, escuchando las risas de Peter Kersson hasta que llegué a la parte trasera de mi casa.

Capítulo 4

Siempre he tenido mucha facilidad para olvidar las cosas desagradables de mi vida. Tal vez por eso, no tuve muchos problemas en hacer como si lo ocurrido en el monte, detrás de mi casa, no hubiera sucedido jamás. Aunque de alguna manera, esa situación se me antojaba extrañamente familiar, al menos lo hizo el tiempo que tardé esa noche en quedarme dormida, ya que a la mañana siguiente, simplemente no volví a pensar en ello.

—¿Qué vas a hacer hoy, cariño?

No me molesté en girarme y mirar las ojeras de mi madre. Siempre había sido una mujer bonita y verla tan estropeada desde la muerte de Sally me hundía aún más en mi propia miseria.

—Seguiré con la habitación de Sally.

Quería terminar cuanto antes con las cosas que sabía que mis padres no serían capaces de hacer al menos no hasta dentro de mucho tiempo. Quería terminar y volver al refugio de mi vida en California, sin la muerte de Sally en cada esquina, sin lágrimas, sin vacíos existenciales, sin los Kersson al lado de mi casa.

Sacudí la cabeza y me senté en la mesa con una taza de café.

Esa era la única hora del día que la casa estaba vacía, sin visitas, pero eso no duraría demasiado. Pronto el timbre de la puerta comenzaría a sonar y la casa volvería a estar llena de gente y yo me vería con la necesidad de marcharme a otro lado, a cualquier otro lado.

—¿Por qué no te quedas aquí?

Levanté la mirada de mi taza y esta vez sí miré directamente a los ojos vidriosos de mi madre.

—¿Qué?

—Podrías terminar tus estudios aquí y...

—No.

Eso no era ni cuestionable y por una vez desde que había vuelto al pueblo me alegré de oír el timbre. Me levanté rápidamente y abrí la puerta, dejando

pasar a tía Luisa que me saludó con un beso y me preguntó dónde se encontraba Susan.

No la seguí a la cocina. La conversación con mi madre me había dejado un extraño sabor y prefería estar sola. Subí las escaleras y me detuve frente a la puerta de Sally. Durante un momento me quedé quieta, inmóvil, contemplando la madera blanca de la puerta antes de suspirar y abrirla con las fuerzas necesarias para enfrentarme a aquello, al paseo de los recuerdos de una hermana desconocida para mí.

Intentaba no mirar demasiado, no estudiar cada detalle de lo que encontraba, pero no contaba con que unas fotos estuvieran entre varios libros que recogí de las estanterías y que se deslizaran al suelo antes de que llegara a ponerlos en las cajas.

—Pero...

Me agaché, irritada y cogí las cinco fotografías. La primera era una de toda la familia, cuando aún éramos niñas. Sonreí con nostalgia antes de dejarla caer dentro de la caja y recogí la siguiente.

Era Sally... con Kelly y Peter.

Me quedé completamente en blanco y cogí las otras tres. En dos de ellas se encontraba ella con Kelly y la última era una de Peter, tal vez con diecisiete años. Ya en la foto se veía un gran hematoma en la parte derecha de su cara y su cuello. En la foto tenía una sonrisa pero ésta no subía ni se reflejaba en sus ojos. Su mirada era triste, vacía y una gran sombra cubría sus ojos.

Me levanté de golpe, estrujando las fotos en las manos y bajé las escaleras de dos en dos hasta llegar a la entrada y comprobé fastidiada que llovía. Agarré el chubasquero negro de mi padre que siempre estaba colgado en la entrada y abrí la puerta tras coger el primer paraguas que vi y no me giré cuando vi que se abría la puerta del despacho de mi padre.

—¿Ash? —escuché a mi padre, a mi espalda—. Está lloviendo, ¿tienes que salir ahora?

—Tengo... —guardé las fotos en el bolsillo, sin soltarlas—, vuelvo en seguida.

Me monté rápidamente en la furgoneta de mi padre y eché marcha atrás, demasiado deprisa y estuve a punto de chocar con el coche del vecino. Me

disculpé levantando una mano pero él hizo una mueca de disgusto, posiblemente murmurando lo que pensaba de la hija alocada de sus vecinos, pero no le presté atención y conduje más deprisa de lo habitual hacia las afueras, deteniéndome en la sucesión de casitas que componían el nuevo bloque de apartamentos del que me había hablado tía Luisa.

No me detuve a averiguar dónde estaba el aparcamiento. Dejé el coche frente a la casa del encargado y apagué el motor antes de salir y abrir el paraguas. Corrí hasta la casa y llamé repetidamente a la puerta hasta que un hombre alto, fuerte, prácticamente gordo con unos pantalones de pana gris y una camiseta promocional de algún tipo de juego erótico, salió con mala expresión. Su mirada me analizó de arriba abajo y pareció gustarle lo que vio porque terminó levantando la cabeza hacia mi rostro con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Busco a Peter Kersson.

No hacía falta que diera más detalles, asintió con la cabeza y salió sólo lo justo para señalar con un dedo gordo y pequeño la fila de apartamentos.

—La tres —dijo y volvió a mirarme—. No es un chico muy amigable, muchacha. ¿Puedo saber para qué lo quieres?

Ni siquiera me molesté en volver a mirarlo.

—No es su problema —murmuré, alejándome ya de la casa.

—Que imbécil —escuché que decía a mi espalda, posiblemente sin ningún problema de que pudiera oírle—. Una pena, tenía un buen polvo.

Mis dientes rechinaron y esta vez sí estuve tentada de girarme y decirle cuatro cosas, pero decidí seguir mi camino hasta la tercera puerta donde el número tres se leía a un lado de la pared. Ni siquiera dudé cuando pulsé el timbre, demasiado exigente, impacientándome cuando no vi ningún movimiento al otro lado. ¿Y si no estaba en casa? Habría hecho un maldito viaje en vano. Apreté una vez más las fotografías dentro de mi bolsillo y volví a pulsar el timbre, esta vez manteniendo el dedo en él, sin apartarlo.

—Joder, ¿qué quieres?

Sólo solté el dedo cuando la puerta se abrió violentamente y Peter salió del apartamento descalzo, con el pecho desnudo y una simple toalla alrededor de su cintura, cubriéndole mal. Estaba empapado y las gotas de agua recorrían

su piel desnuda pero mis ojos se fijaron en las diversas cicatrices, en las marcas que adornaban su cuerpo. Era increíble que alguien que parecía tan delgado pudiera tener ese cuerpo, esbelto pero firme, terso, con unos débiles músculos en sus brazos, en su pecho. Me sonrojé suavemente y me obligué a levantar la mirada hacia su cara y no seguir descendiendo hacia lo que encontraría dentro de aquella toalla. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Tú —soltó él otra vez, apoyando una mano en el marco de la puerta—. ¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—¿Ocupado en qué?

Unas risas de mujer se escucharon dentro de la habitación y miré más allá del cuerpo de Peter, sintiendo un agudo dolor en el pecho y retrocedí asustada de mis propias emociones, notando como algo de mi pasado se revolvía en mi cerebro, algo que me había obligado a olvidar.

—Vale, ¿a qué has venido hasta aquí? Habla rápido.

Lo miré molesta y sin pensarlo, saqué las fotografías arrugadas del bolsillo y se las lancé a la cara.

Peter no trató de cogerlas en el aire; dejó que lo golpearan antes de caer al suelo, bajo sus pies, sin dejar de mirarme en ningún momento.

—Eres la cosa más despreciable que he visto en mi vida. En vez de Sally eres tú quien debería estar enterrado en esa maldita lapida fría y húmeda —sacudí la cabeza irracionalmente—. Tú debiste morir, no ella.

Me giré y eché a correr hacia el coche, sin poder evitar que las lágrimas me dificultaran la visibilidad y me froté los ojos con las mangas mojadas, cerrando el paraguas para buscar las llaves del coche, pero cuando conseguí encontrarlas, se me deslizaron de los dedos y cayeron al suelo, escondiéndose debajo de la furgoneta.

—¡Joder!

Me agaché y comenzó a palmeo el suelo para alcanzarlas, sin darme cuenta del hombre que se acercaba por detrás hasta que me agarró del pelo y me levantó, aplastándome con su gordo y fuerte cuerpo contra el coche mientras deslizaba una mano dentro de mis pantalones.

—Dios, como me gusta este cuerpo. Vamos a pasarlo bien, ¿vale nena?

Capítulo 5

Intenté forcejear con fuerza y hasta grité, pero el cuerpo de aquel hombre era demasiado musculoso, gordo y me era imposible moverlo, apartarlo de encima mío y me aferré a las pocas fuerzas que me quedaban y a la escasa movilidad que me dejaba su tripa gorda, sobresaliendo de su cintura cuando se desabrochó los pantalones y tiró de los míos, comenzando a dar patadas, deseando que una de ellas le diera y le hiciera el suficiente daño como para poder escabullirme y echar a correr, pero casi sólo sentí desesperación cuando ninguna de ellas le dio o no lo bastante fuerte como para conseguir algo, y estuve a punto de echarme a llorar de desesperación al sentir los labios grasientos y el mal olor de su aliento sobre mi cara.

—¡Suéltame cerdo de mierda!

—Cállate y estate quieta de una vez, zorra.

Grité quedándome completamente inmóvil cuando noté como algo se clavaba en mi costado y un líquido caliente comenzó a resbalarme por la piel y sentí que me mareaba pero no fue nada comparado cuando el hombre me golpeó la cabeza contra el asfalto, haciendo que por unos segundos perdiera la consciencia y cuando volví a abrir los ojos, tardé en comprender que aquel hombre ya me había bajado los pantalones y estaba rasgando mis pequeñas braguitas de licra rosa.

Abrí la boca para volver a gritar o al menos para intentarlo pero no tuve oportunidad de hacerlo. Alguien agarró al hombre del cuello y tiró de él hacia atrás, apartándolo de mí violentamente y vi como lo derrumbaba fácilmente al suelo e interponía un brazo entre su cuello y la pared, asfixiándolo.

Me incorporé despacio, notando como la cabeza me daba vueltas y distinguí al fin a la persona que me había salvado y que seguía asfixiando al encargado de aquellas viviendas con su brazo. De los labios gordos del tipo salían unos soniditos extraños y su cara comenzaba a perder el color natural y sonrosado por uno más grisáceo.

Levanté la cabeza hacia Peter y vi asombrada su expresión desencajada

por la rabia y me moví, ajustándome torpemente la ropa y me deslicé por el suelo, apretando con fuerza la mano de mi costado y aparté la mirada del destornillador que rodó hasta mis piernas al moverme y que aún seguía manchado con mi sangre y me acerqué lentamente a Peter, tocando con una mano temblorosa su brazo.

—Peter —murmuré con voz ronca, irreconocible—. Déjalo, lo vas a matar —pedí, pero el chico no aflojó la presión de su brazo en el cuello del hombre y miré a mi alrededor con aprensión. ¿Qué podía hacer para detenerlo? Acababa de salir de la cárcel y si volvía a matar a alguien incluso al haberla defendido posiblemente estaría en un problema. Me mordí el labio y volví a mirar su perfil—. ¡Peter! —Y tiré de su brazo, tratando de conseguir que lo soltase—. ¡Suéltalo! ¡Ahora! Por favor...

Mi suplica pareció hacerlo reaccionar, parpadeó confuso y giró el cuello para mirarme, soltando al hombre que echó al cabeza hacia delante, tosiendo y haciendo ruidos extraños pero lo ignoré y obligué a Peter a levantarse y mirarme.

—Mírame —murmuré—. Gracias pero no puedes matarlo.

Intenté decir cada palabra despacio, tratando de llegar hasta él pero un dolor agudo en la cabeza hizo que perdiera el equilibrio y la visión a mi alrededor dejó de enfocarse correctamente y noté como todo llegaba a desdoblarse antes de caer en un abismo oscuro.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero algo frío sobre mi frente y una mano cálida acariciando mi mejilla de vez en cuando hizo que todo pareciera un sueño muy agradable. Parpadeé confusa, abriendo los ojos despacio y dejé que éstos se adaptaran despacio a la claridad de la habitación donde me encontraba.

—¿Estás despierta?

Giré el cuello con una mueca de dolor y me llevé una mano a la cabeza. Una gran parte de mi pelo estaba pegajoso y pegado con algo de lo que supuse era sangre y aparté la mano, centrándome en Peter.

—¿Qué...?

—Te desmayaste. ¿Estás bien? No sabía si querías que llamara a la policía. Si no despertabas iba a llevarte al hospital.

Lo miré horrorizada.

—¿Has llamado a...?

—¿A la policía? No.

Suspiré aliviada y volví a recostar la cabeza en la almohada. Era absurdo lo que había ocurrido en tan poco tiempo y que encima me encontrara en aquel momento en la cama de aquel chico, en la misma cama donde posiblemente había estado antes haciendo el amor con otra mujer.

Hice una mueca. Ni siquiera entendía por qué me molestaba eso. No tenía ningún razonamiento y eso sólo hacía que me sintiera más irritada.

—Gracias —murmuré en cambio, recordando que me acababa de salvar y que encima había presenciado una bochornosa situación que nunca hubiera deseado que nadie viera.

—No hace falta que me las des.

—Aún así...

—Deberías ir al médico de todas maneras —me interrumpió él, seguramente incomodo por mi agradecimiento y lo observé en silencio, moviéndose en la ventana hasta girarse y mirarme. Sus ojos eran perturbadores—. He curado la herida del costado pero deberías ir a que le echaran un vistazo. No sabemos lo que tendría ese destornillador e igual necesitabas que te vacunen...

—Me pusieron hace seis meses la vacuna contra el tétanos —expliqué rápidamente, mirándome la venda que cubría ms costado y sentí como me sonrojaba—. Gracias —susurré y miré a mi alrededor—.El destornillador...

—¿Qué pasa con él?

—Lo quiero —dije, incorporándome y me senté un momento en la cama para que mi cabeza pudiera adaptarse—. Es una prueba por si se le ocurre denunciarte.

Peter me miró fijamente y después sonrió, bajando la cabeza tal vez para ocultarla, algo que hizo que algo dentro de mí se removiera.

—Está allí. Lo cogí por si tenía que llevarte al médico y lo necesitaba para que averiguasen si tenía algo...

Parecía avergonzado pero me limité a coger el destornillador con un pañuelo y busqué una bolsa, agarrando la que aún tenía algo de comida

precocinada que Peter no haría mucho que había comprado y lo vacié todo sobre la mesa, usándola para guardar el destornillador.

—¿Podrás conducir? —se interesó él siguiéndome hasta la cocina, con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué? ¿Vas a ofrecerte a llevarme si digo que no?

Me giré para mirarlo con una sonrisa pero me descolocó la manera que él apartó rápidamente la cabeza y borré lentamente la sonrisa.

—Podré conducir —murmuré, caminando hasta la puerta.

Había muchas cosas que tenía que hacer pero primero necesitaba descansar y pensar y allí no podría hacerlo. Además, estaba la cuestión de que había estado a punto de ser violada y no quería que nadie de ese maldito pueblo se enterase.

—Peter.

—¿Hm?

—No digas a nadie... lo que ha pasado hoy —pedí en la puerta.

—¿El que he estado a punto de matar a un hombre? —se burló él.

Sacudí la cabeza.

—No... el que...

—No te preocupes —aseguró él—. No diré nada. Y tampoco te preocupes por Joh. No se irá de la lengua ni volverá a tratar de hacerte daño. Puedo asegurarlo.

No pregunté cómo estaba tan seguro de eso pero sí noté como mis ojos se desviaban hacia la casa donde vivía el encargado y sentí alivio al ver luz y una sombra moviéndose dentro de la casa.

—Te acompañaré hasta el coche.

No me opuse y caminamos en silencio hasta la furgoneta y Peter esperó a que me encontré en el interior y arranqué para apartarse y dejarme marchar pero antes de moverme saqué las fotografías de mi bolsillo y bajé la ventanilla, tendiéndoselas. Peter las cogió y las miró sin ninguna emoción en el rostro.

—Perdona por lo que dije antes —musité, avergonzada—. Me sentía... ¿Te importa si vuelvo mañana y hablamos de esto?

Peter siguió mirando las fotografías un momento antes de levantar los ojos

hacia mí.

—En el bosque detrás de tu casa —dijo, con una voz muy grave, haciendo que de pronto me sintiera intimidada. Sus ojos tenían un brillo parecido al que habían tenido cuando había estado a punto de matar a Joh.

—¿Qué?

—Encontrémonos allí —dijo muy serio.

Asentí con la cabeza.

—¿Las once?

—Vale.

Peter no esperó a que dijera nada más. Tampoco me devolvió las fotografías. Echó a caminar hacia su apartamento y se quedó en la puerta, a lo lejos, a la espera que diera marcha atrás y me situara en la carretera. Sólo cuando conduje fuera de la hilera de casitas, vi por el espejo como Peter entraba en casa.

Capítulo 6

Me miré en el espejo e hice una mueca. La imagen de mí misma que me devolvía no era muy agradable y aunque el resto del día anterior había conseguido evitar que mis padres me vieran en ese estado, necesitaba evitar que realmente me contemplasen el suficientemente tiempo como para que el dolor por la pérdida de Sally no les nublasen la visión y se dieran cuenta que a su otra hija le pasaba algo.

O le había pasado en defecto.

Estaba segura que en una semana los moratones de los golpes que me había dado ese cabrón desaparecerían o podría disimularlos fácilmente con maquillaje, pero por ahora, tenía un hematoma amarillento en la mejilla derecha, una herida en la frente y mejor no hablábamos de mi costado y la cabeza donde sólo había conseguido ver la herida poniendo un espejo detrás del cuarto de baño.

—Para echarse a llorar —murmuré con un suspiro, dándole la espalda a mi reflejo.

Al final resultaba todo más fácil si no miraba mi lamentable estado.

Me vestí deprisa tras secarme el pelo y me ajusté unas deportivas antes de escabullirme por la puerta y adentrarme en el bosque, acudiendo a la cita con Peter.

Aquello me resultaba extrañamente familiar. No, no me resultaba familiar, simplemente era similar a algo que había sucedido en el pasado y que dudaba que Peter nunca lo supiera.

Oh, sí, ahí comenzaba a recordar lo que me había negado a regresar a mi mente después de tantos años, pero lo ocurrido el día anterior no sólo había hecho que me sintiera más cercana a mi yo del pasado, cuando aún no negaba la existencia de mis vecinos, cuando los demonios de Peter y Kelly, de Martha no sólo eran de ellos, sino que también sufría aquella niña que se asomaba a escondidas por la ventana, sino que no había podido dejar que aquello que Peter había despertado en mí cuando tenía doce años, resurgiera de las

profundidades de mi corazón.

Peter había sido mi primer amor y lo que había sentido por él había sido sólo algo platónico. Nunca me había atrevido a hablar con él, pero aunque él ni nadie lo supiera nunca, ella había sido la persona que había acudido aquella noche a su casa, una de tantas en las que su padre había vuelto borracho y tras golpear a su madre, Peter se había puesto en medio, soportando la paliza en el lugar de su madre. Había sido yo la que había agarrado aquella botella y el había golpeado a John Kersson en la cabeza y luego había huido espantada al verlo caer, desplomándose en el suelo al creer que lo había matado.

Recuerdo que corrí por ese bosque y que Peter trató de seguirme, arrastrando un pie y pidiendo que me mostrara.

No lo había hecho. El miedo me había paralizado y al día siguiente, cuando comprobé que no me había convertido en una asesina, decidí que jamás me involucraría con esa familia y enterré muy dentro de mi alma, muy profundo de mi corazón todo tipo de sentimientos.

Hasta ese día.

Después de tantos años había hablado finalmente con Peter Kersson y me había sentido celosa como una tonta al verlo con una mujer en su habitación. Me había molestado, me había sentido herida y celosa de que mi hermana sí hubiera tenido trato con ellos... con él cuando yo no había sido capaz de hacerlo a su debido tiempo.

Suspiré dramáticamente y me detuve en el tronco donde había estado el día que volví a ver a Peter, hacía un par de días y miré a los lejos, a la profundidad del bosque hasta que di un respingo y me giré alterada al notar una mano sobre mi hombro.

—Lo siento —se disculpó Peter, bajando la mano sin ninguna emoción en su mirada—. No pretendía asustarte.

—No me has asustado —mascullé, indignada—. Sólo me ha sorprendido.

—Bien —aceptó él sin ánimo de discutir—. ¿Qué querías hablar conmigo?

Lo miré unos segundos, enfurruñándome. ¿De verdad había pensado en él de esa manera? Era evidente que simplemente lo había idealizado de niña. Y no debía olvidar que casi había matado a su padre y al encargado de los apartamentos.

—Las fotos —solté irritada.

—¿Qué pasa con ellas?

—¿MI hermana tenía trato contigo, con tu familia?

Sabía que mi pregunta había sonado más ruda de lo que pretendía pero no traté de suavizarlo una vez la hube formulado, ni siquiera lo hice cuando noté la manera que Peter entrecerraba los ojos y me miraba molesto.

—No la maté —soltó a la defensiva, más bien con un tono irónico que rallaba mis oídos—. Por si es eso lo que estás sugiriendo.

—No he dicho eso —me defendí.

—¿Entonces cuál es el interés de tu pregunta?

—Sólo he preguntado si mi hermana trataba con tu familia.

Con él...

Peter me miró fijamente y después de encogió de hombros, metiendo las manos en los bolsillos y apoyó la espalda en el tronco de un árbol.

—Sí. ¿No crees que esas fotos lo dejaban bastante claro?

Lo miré atónita y después carraspeé, notando como volvía a invadirme irracionalmente la envidia.

—¿Desde cuándo?

—¿A qué vienen estas malditas preguntas? Si quieres preguntar algo, dilo directamente.

—Lo estoy preguntando directamente —exploté, dando un paso hacia él—. ¿Desde cuándo?

—¡Y yo qué sé! Desde los diez, once años. No lo sé. Venía a jugar con nosotros a casa y siempre le regalaba alguna de sus muñecas a Kelly —De pronto sonrió, con desdén, mirándome de arriba abajo—. Ella era distinta a ti. No era una snob.

Abrí exageradamente los ojos y sin pensarlo, dejé que mi mano alcanzara su mejilla, golpeándolo.

Por un momento, el único ruido que fui capaz de escuchar fue el sonido de la bofetada, haciendo que comprendiera lentamente lo que acababa de hacer y retrocedí un paso, asustada, buscando las palabras para disculparme pero negándome a hacerlo, manteniendo una absurda dignidad, como si aún quisiera

mostrarme superior a él, y cuando Peter se movió, apartándose del árbol y me alcanzó, con sus ojos llameando de rabia, cerré con fuerza los ojos, creyendo que me golpearía, pero lo único que sentí fueron sus labios, alcanzando los míos salvajemente, deslizando su lengua en mi boca y apretó su cuerpo al mío, rozándome suavemente con una mano el cuello para acceder más fácilmente a mi boca y cuando liberó mis labios, no se dio prisa en soltar el brazo que se aferraba a mi cintura, obligándome a sentir su cuerpo sobre el mío, la forma de su sexo bajo los pantalones y por un segundo creí leer deseo en sus ojos, pero no pude averiguarlo. Como si reaccionara, Peter me soltó bruscamente y tuve que dar varios pasos hacia atrás para recuperar el equilibrio, haciendo que el propio deseo que emanaba de mí diera paso a una fría cólera.

—Eres...

—¿Qué soy? —me animó él al ver al duda antes de buscar una palabra para insultarlo.

—Un cretino y un déspota.

Peter rió con desdén.

—Hasta para eso eres una maldita niña rica y mimada.

—Intentaba no ser desagradable pero si lo prefieres, no tengo problema en decir que eres un cabrón hijo de puta.

Peter me miró sorprendido y luego se echó a reír, volviendo a apoyarse en el tronco.

—Acabo de besarte a la fuerza y tú pensando en no ser antipática. ¡Qué curioso!

Puse los ojos en blanco pero también sonreí.

—Ayer intentaron violarme. Un beso no me parece tan terrible.

—Vale —Peter siguió mirándome divertido, como si hubiera eliminado una de las barreras que le cubrían para poder acceder a él—. ¿Si trato de violarte no se te ocurriría pensar en ser menos desagradable a la hora de insultarme?

No estaba segura si hablaba en broma o no. En realidad no conocía mucho de Peter. Lo que yo había idealizado de él, lo que había visto a través de la ventana de mi habitación y lo que se comentaba en el pueblo. No sabía si realmente sería capaz de forzarme, pero deseé creer que él no era de ese tipo

de personas. Ayer me había ayudado y sabía que lo que había sucedido cuando estuvo a punto de estrangular a su padre, no había sido otra cosa que el dolor que lo había cegado en aquel momento. Lo había visto soportar en silencio las palizas de su padre, las aberraciones, las vejaciones y nunca le había levantado una mano a su padre. Aquello no lo había hecho el Peter que yo conocía.

Me encogí de hombros, mirándolo desafiante.

—¿Por qué no lo intentas y lo comprobamos?

Peter borró la burla de su sonrisa.

—Creo que mejor paso —Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada y me sorprendí cuando volví a escuchar la voz de Peter—. Tu hermana siempre fue muy amable con nosotros y Kelly se aferró a ella. Era la única amiga que tuvo y la quería mucho.

Asentí despacio.

—¿Dónde está Kelly ahora?

Peter me miró fijamente y sentí como si estuviera analizando mis palabras.

—¿No lo sabes?

—¿El qué?

—Kelly murió dos semanas después que mi madre.

—¿Qué...?

La noticia me pilló por sorpresa. Di un paso hacia él y sólo noté que había llegado a su altura cuando vi como mi mano se extendía hasta casi tocarlo, pero bajé la mano antes de llegar a rozar su brazo, posiblemente al notar la tensión de Peter al ver mis intenciones.

—Lo siento... —murmuré, dando un paso hacia atrás—. No lo sabía. Nadie... —¿Nadie me lo había dicho? Eso sonaba muy frío y aunque había sido verdad, si no lo había sabido era porque no me había interesado por los Kersson. Me sentí culpable—. ¿Cómo...?

—Prefiero no hablar de eso —La voz de Peter sonó muy dura y no insistí, manteniéndome en silencio, inmóvil—. Si no quieres preguntarme nada más, me iré.

Peter no esperó a que le dijera nada. Se limitó a apartarse del árbol y caminó por el sendero de vuelta al pueblo. Miré su desgarrada espalda unos

segundos antes de correr para alcanzarlo y esta vez sí lo detuve, agarrándolo del brazo.

Peter se giró a mirarme, inquisitivo, y ni siquiera dudé cuando le pregunté:
—¿Por qué no vienes un rato a mi casa?

Capítulo 7

Peter me miró sorprendido y luego sonrió, bajando la cabeza para ocultar la sonrisa.

—Creo que no sabes de lo que estás hablando.

Por la manear que lo dijo hizo que lentamente me diera cuenta de mis palabras y sentí como me sonrojaba violentamente.

—No hablaba de eso —me defendí, molesta.

—Lo imagino.

—Pensé que podríamos hablar un rato y quizás me ayudarías a recoger la habitación de mi hermana. Está claro que tú la conocías más que yo.

Peter levantó la cabeza para mirarme y sacudió la cabeza.

—Mejor no.

—¿Por qué? —insistí cabezota—. ¿Por qué no habrá sexo?

Peter se echó a reír pero una vez más, igual que sucedía con sus sonrisas, la emoción no llegaba hasta sus ojos. Una mirada demasiado triste y apagada y finalmente suspiró.

—No, no tiene nada que ver eso. ¿Has pensado en lo que sucedería si yo entro en tu abarrotada casa?

—¿Cómo...?

Peter sacudió la cabeza.

—Tienes un historial intachable. Puede que te consideren un poco pija, independiente y quien sabe, pero creen que eres perfecta —se encogió de hombros, sin dejar de mirarme—. Tal vez lo seas y créeme que no quieres que comiencen rumores sobre nosotros.

No había pensado en eso. Me quedé mirando a Peter, en silencio, comprendiendo la realidad de la situación, Me había dejado llevar por un impulso y ni siquiera había pensado en lo que sucedería si metía a Peter en casa. Los rumores volarían y crecerían como una llama hasta convertirse en un incendio y sabía que el pasado de Peter me mancharía completamente, haciendo que me señalaran de una manera como no habían hecho nunca. Pero

mientras Peter asentía, sin decir nada, comprendiendo y aceptando mi silencio y lo veía girarse, me di cuenta de algo y una pregunta pasó por mi cabeza, ¿me importaba?

Aún así no lo detuve, me senté en el mismo tronco familiar y alcé la vista al cielo, contemplando las nubes que se asomaban tímidas y cubrían el hermoso cielo azul.

¿No me había alejado de ese pueblo porque no quería vivir bajo las costumbres y manías de ese lugar? ¿No había huido porque no quería seguir preocupándome de cosas que consideraba que no eran mi problema?

Había huido de los Kersson, del hecho de que me importara lo que sucedía en la casa de al lado al punto de abrirle la cabeza a un hombre, de las habladurías odiosas y mezquinas de las venenosas lenguas de ese lugar... había huido de mí misma, de un yo que había creado y al que odiaba y del que culpaba a los demás, a mis padres, a los vecinos, a los Kersson, a Peter...

—¿Quién demonios soy? —musité, llevándome una mano a la frente y cerré un instante los ojos.

Mi hermana había sido más natural, más ella misma y no había dejado que nada empañara lo que quería ser y hacer...

—¿Por qué llegaste a ese extremo?

¿Por qué las drogas, Sally? ¿Por qué ese intento de autodestrucción? No lo entendía, no entendía qué había pasado para que mi hermana se metiera en todo ese mundo destructivo. Y lo que menos entendía era como nadie se había enterado de eso.

—¿Por qué, Sally?

Volví a suspirar y me levanté, sacudiendo el pantalón antes de caminar hacia casa y entré, subiendo directamente a mi habitación, pero me sorprendió encontrar a mi padre saliendo de la habitación de mi hermana.

—Papá... ¿va todo bien?

Mi padre intentó sonreír y asintió con la cabeza.

—Gracias por encargarte de las cosas de tu hermana. Hubiera sido muy duro para tu madre.

Vi como mi padre me daba un rápido abrazo y sólo hice una mueca de dolor cuando él no me vio y esperé a que se diera la vuelta hacia las escaleras

para llevarme una mano a la herida del costado y, de pronto, antes de acercarme a mi habitación, se me ocurrió una idea. Había hablado de Sally con mi madre, pero no con mi padre.

—Papá... ¿de verdad no sabíais que Sally frecuentaba esas discotecas y bebía? ¿Qué se drogaba?

Mi padre apretó la mano en la barandilla y sólo se giró cuando oyó voces desde la cocina.

—Es mejor que de eso hables con tu madre.

Miré como el cuerpo encorvado de mi padre bajaba las escaleras como si estuviera muy cansado y mientras lo veía perderse en el despacho, sentí como todo cobraba una extraña lucidez para mí.

Mi madre me había mentido. Me había estado mintiendo todo este tiempo y yo me había creído todo lo que me decía.

Bajé las escaleras y entré en la cocina echa una fiera, decidida a que me explicase lo que había pasado pero sólo llegué a cruzar la puerta para que todo lo que explotaba en mi garganta y luchaba por decir se ahogara y miré al grupo de mujeres que levantaron la cabeza para mirarme contrariadas como si todas se encontraran con el derecho de criticarme, de decirme como debía comportarme y qué hacer. Miré a mi madre con rabia.

—¿Qué te ha pasado en la cara, Ashley?

Con esfuerzo giré la cabeza hacia la señora Halley, una mujer de tal vez la misma edad que mi madre, con el cabello canoso y sin mucho interés por el tinte pero que siempre llevaba perfectamente arreglado. Sus ojos eran pequeños, saltones y un tono azul muy claro. Imaginaba que en su juventud debió ser una mujer muy hermosa por sus facciones, pero el paso del tiempo y el mal hábito con las galletas de chocolate había conseguido que varios kilos de más estropearan su figura.

—Me caí —mentí descaradamente, mirando a cada una de las mujeres que me analizaba con ojo crítico, posiblemente deseando tener una nueva noticia de la que hablar—. En el bosque —añadí.

—¿Y por qué te metes por esos sitios? —protestó mi madre, sacudiendo la cabeza como si hubiera hecho algo espantoso—. Siempre es igual. Siempre haciendo lo que quieres sin mirar las consecuencias.

—¿Igual que Sally?

Mi madre endureció la mirada y clavó sus ojos en mí.

—¿Vas a quedarte a hacer algo de labor con nosotras? Deberías empezar ya. La hija de...

Me tragué para mí misma que yo no era la hija de nadie, que yo no planeaba quedarme allí ni comportarme como ellas. Yo era yo y decidía mi vida. Y ahora mismo planeaba descubrir el porqué del cambio de Sally, algo que mi madre sabía pero que no parecía dispuesta a compartir conmigo.

—He quedado —volví a mentir.

—¿Con quién? —se interesó tía Luisa, interesada.

—Con nadie que conozcáis.

Abarqué a toda la mesa y salí apresuradamente de la cocina antes de que alguna de ellas, fuera quien fuera, dijera primero que no había nadie en aquel lugar que ellas conocieran.

Salí a la calle de nuevo y volví a clavar la mirada en el cielo antes de dirigirme a la furgoneta y encerrarme en ella.

Al principio solo me quedé quieta, mirando la calle a través de los cristales pero finalmente apoyé la espalda en el asiento y busqué alguna emisora en la radio, algo de música alegre para levantarme el ánimo. Lo necesitaba. Cuando finalmente di con ello, giré la llave y arranqué el motor pero mientras daba marcha atrás, me fijé en mi casa, en sus ventanas, en la fachada y sentí como si realmente estuviera fuera de lugar allí.

Y posiblemente lo estaba.

Desde que había llegado tras la muerte de Sally no había habido un momento en el que me hubiera sentido en mi hogar, cómoda y segura entre esas paredes.

Herton no era mi hogar.

Capítulo 8

Había decidido investigar por mi cuenta.

Mis padres no iban a contarme nada de lo ocurrido y aquel pueblo guardaba sus propios secretos, al menos aquellos asuntos que a ellos les interesaban y ni siquiera traté de quedarme en la comisaría local más de los minutos que tardé en conocer al encargado del caso del accidente de mi hermana.

Greg Jordan.

En cuanto lo reconocí hice una mueca y salí de la oficina con unas terribles ganas de golpear algo —o a alguien—. Ya ni siquiera estaba segura de lo que quería hacer. Me sentía irritada, herida, sola, prácticamente pérdida.

Y en cuatro días que no lo había visto, me daba cuenta que las ganas de volver a ver a Peter me estaban volviendo loca.

—¿Ashley? ¿Eres tú?

Hice una mueca de disgusto y cerré los ojos antes de girarme y me enfrenté a Greg sin intentar siquiera una sonrisa.

—Greg —saludé, deseando que el chico que había sido mi novio en los años de instituto y con quien no había terminado en muy buenos términos cuando alardeó con todos sus amigos que había sido el peor polvo que había echado en su vida cuando me negué a acostarme con él, comprendiera que no era la persona con la que más me apetecía pararme hablar bajo el caluroso sol de aquella mañana.

—No sabía que habías vuelto.

—Dudo mucho que no lo supieras —mascullé sin intentar ser agradable.

Greg, por supuesto, ignoró el comentario.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No —solté sinceramente—. Estaré unos días mientras resuelvo algunos asuntos regreso.

A mi hogar. Cualquier sitio podía llamarse mejor de esa manera que ese lugar.

—Vaya. Ni siquiera la muerte de Sally es capaz de hacerte quedarte quieta aquí.

—Es el lugar donde he enterrado a mi hermana. No tengo ningún motivo para quedarme aquí.

—Está tu familia.

—Podrá sobrevivir sin mí.

—Claro. ¿Y qué querías?

—¿Cómo?

Me puse la mano de visera para mirar directamente a los ojos azules de Greg. Había cambiado algo. Se veía más robusto que años atrás, pero sus facciones se habían vuelto más masculinas y el traje de policía le sentaba realmente bien, pero no había nada en él que hiciera que mi corazón se acelerase o deseara sentir el contacto de su piel. En el pasado había salido con él porque los dos éramos populares, porque él era el capitán del equipo y todos esperaban que él y yo acabásemos juntos. Nunca había sentido deseo ni atracción y ahora tampoco.

—¿No habías venido a algo a la comisaria?

Me encogí de hombros.

—Ya no lo recuerdo —mentí descaradamente.

Los ojos de Greg se entrecerraron y me di cuenta que no sólo había cambiado su aspecto, sino que con la manera que apretó los puños y la expresión de su mirada, aquel chico que una vez fue mi novio se había convertido en alguien controlador.

Giré sobre mis talones dando por finalizada aquella conversación.

Ya había conocido a muchos hombres como él y no estaba tan dispuesta a que cualquiera me controlase. No al menos por voluntad, no al menos por un sentimiento diferente, una manera diferente de control que la expresión corporal de Greg prometía.

—Dicen —lo escuché, haciendo que me detuviera de nuevo aunque no me giré—. Dicen que te relaciones con la escoria de los Kersson.

Esta vez sí me giré y me enfrenté a la mirada acusadora y burlona de Greg.

—¿En serio? Este lugar debe de aburrirse mucho para ir comentando esas cosas.

—Ya decía yo que tú no te juntarías con alguien como Peter Kersson. Está vigilado, ¿sabías? No es bien recibido en este lugar. No queremos problemas y tampoco asesinos.

—¿En serio?

Me obligué a morderme la lengua, a tragarme cada una de las palabras que quería decirle. ¿No querían a gente como Peter? Habían visto todo lo que ocurría con John Kersson, sabían de los malos tratos que sufría su familia por su culpa... ¿y la basura era Peter? Sí... sin ninguna duda aquel pueblo estaba enfermo y ella no iba a quedarse allí para terminar completamente mal de la cabeza.

—Estoy seguro de que sabrás con quien te conviene relacionarte, Ash.

Lo miré furiosa.

—Gracias por tu... preocupación, Greg —me obligué a decir, viendo cada vez más furiosa la expresión de prepotencia y dominio que se dibujaba en su rostro—, en serio, gracias, pero prefiero juntarme con basura como Peter a hacerlo de nuevo a gentuza como tú.

Me di la vuelta en esta ocasión y seguramente no me hubiera girado si lo que escuché no hubiera hecho que se me erizara todo el vello de la piel.

—Terminarás como la zorra de tu hermana, Ash. Nunca creí que viviría para verlo.

Me detuve de golpe, clavando la suela de las zapatillas en el asfalto y me giré con la sensación de que estaba agarrotada y lo miré. Miré directamente a la cara al hombre que acababa de decir en voz alta algo que jamás hubiera querido oír. Mi hermana podía haber hecho muchas cosas, podía haber cometido errores, pero seguía siendo mi hermana. Y tenía suficiente con no poder volver a verla y recuperar el tiempo que había perdido preocupándome solo de mí misma y de lo absurda que había sido la vida que había tratado de llevar olvidándome de lo importante.

—¿Qué has dicho? —pregunté con la voz tensa, dando un paso hacia él, dispuesta a pelear si fuera necesario, aunque sabía que tenía las de perder y no solo en cuanto a fuerza física. Greg era miembro del personal de policía. Atacarle podía costarme muy caro pero en aquel momento ni siquiera lo pensé.

—A tu hermana se la folló medio pueblo como correspondía a su

reputación y a la gente que frecuentaba y vas camino de ser lo mismo que ella. Si te apetece podemos...

No, no lo pensé.

Lo alcancé antes de que él se diera cuenta y lo agarré por el cuello de la camisa, temblando de la rabia pero no llegó a suceder nada, tal vez porque cobré la lucidez en cuanto las puertas de la comisaria se abrieron y salieron dos hombres con el mismo traje de Greg y se detuvieron al ver la escena.

No lo dudé. Lo solté,

Sabía que no iba a serle de ninguna ayuda a Sally que yo me encontrara entre rejas.

—¿Ocurre algo, Greg?

—No, todo bien. Una pequeña riña del pasado.

No esperé a escuchar más. Monté en la furgoneta de mi padre y arranqué, conduciendo a toda velocidad al centro de la plaza, al único sitio donde podía encontrar respuestas a los interrogantes que me preocupaban.

Capítulo 9

Fue una idea loca surgida de un momento irracional. No estaba segura de nada y cada vez que algo salía sobre mi hermana hacía que las dudas y la incertidumbre se apoderaran de mí. Incluso noté que algo andaba mal cuando por mi cabeza pasó el pensamiento de que la muerte de Sally no había sido un accidente.

No sabía por qué se me ocurrió de pronto pero antes de darme cuenta terminé en mi habitación, vistiéndome para salir aquella noche. Ya había comprobado que tratar de hablar con mis padres era absurdo. Era imposible cambiar de pronto una mentalidad tan cerrada como la que aquel pueblo tenía pero necesitaba respuestas y más desde que entendí que para mis padres no era una sorpresa el comportamiento tan desenfrenado de Sally. ¿Desde cuándo se había comenzado a comportar de esa manera autodestructiva? Y sobre todo, ¿por qué? Mis padres habían decidido fingir que no había sucedido nada y tal y como iban las cosas comenzaba a creer que en un año actuarían como si jamás hubiera existido una segunda hija.

Al final opté por un vestido de color crema que subía por encima de las rodillas y que realzaba mi fina figura y que siempre había considerado uno de mis favoritos y me entretuve en maquillarme los ojos y ponerme algo de color en mis pálidas mejillas y antes de salir del cuarto de baño me entretuve contemplado la imagen que me devolvía el reflejo del espejo.

Las heridas ya no eran tan visibles pero aún se percibían las marcas y la herida del costado comenzaba a cicatrizar bien. Era un alivio. Haber tenido que ir al hospital suponía un problema si no quería que se enteraran en el pueblo de lo ocurrido. Siempre podía haber ido a cualquier otro hospital e inventar una excusa pero prefería evitar cualquier tipo de explicación.

Salí del cuarto de baño y escuché desde el pasillo las voces animadas de algún punto de la cocina y me encerré en mi habitación. Antes de ir a buscar las botas, me acerqué a la ventana y miré por ella, al interior de la habitación de Kelly.

Seguía vacía.

La ausencia de John Kersson me inquietaba. Me había asomado a la ventana desde el último encuentro con Peter a la espera de ver actividad en la casa de al lado, pero desde mi llegada a excepción de la única vez que había visto a Peter dentro de la habitación, no había entrado nadie a aquel lugar.

Una posibilidad era preguntar a mi madre —o en su defecto a todas las vecinas y familiares que se encontraban con ella—, ya que mi padre parecía difícil de acceder a él. Tal vez era el único que se había encerrado en sí mismo desde la muerte de mi hermana. O puede que tuviera otros motivos para hacerlo, pero fuera por lo que fuera, intentar hablar con mi padre era imposible y había decidido dejarlo por imposible.

Y también hacerlo con mi madre.

Si trataba de preguntar a mi madre podía encontrarme con alguna respuesta evasiva, tal vez no con la realidad e, incluso, podían desviar la conversación hacia el porqué de mi interés.

Y eso estaba completamente descartado.

La otra alternativa era preguntárselo directamente a Peter pero esa opción la había descartado en el momento que me había dado cuenta que mi interés por volver a verlo y hablar con él no trataba sólo de averiguar qué había ocurrido con mi hermana.

Me gustaba y ese era un problema y aunque ya no era una niña voluble, los motivos por los que me había alejado de él la primera vez, negándome a aceptar que me gustaba en aquel entonces, no habían cambiado.

Aferrarme a alguien allí de la manera que me obsesionaba Peter podía ligarme a aquel lugar y retenerme allí y eso no era algo que aceptaba.

Me había marchado una vez, me había alejado una vez de aquel pueblo y sus gentes y aún quería volver a marcharme.

Y quería que lo único que me retuviese allí fuera averiguar el porqué de la muerte de Sally. Después de superar el duelo de su pérdida, volvería a marcharme, a cualquier lugar pero lejos de allí y no pensaba dejar ningún remordimiento detrás, algo que arrastrase...

Apreté la bota en el tobillo y tiré de ella para ajustarla en la pierna, con fuerza, de pronto irritada.

Por mucho que lo intentase los sentimientos estaban allí y esta vez no sólo había mirado al chico que me gustaba desde una ventana, sino que había tratado con él y quería seguir viéndolo y conociéndolo. Había muchas cosas sobre él que quería saber, quería abrazarlo cuando la oscuridad inundara su alma y conseguir que una vez la sonrisa iluminara sus ojos también. Y esos pensamientos hacían que me sintiera mal, perdida y necesitaba alejar esas sensaciones con urgencia. No podía permitirme enamorarme, pero era bastante difícil si unos sentimientos de hacía años, tal vez más inocentes, se mezclaban con el deseo y la necesidad de sentirlo de una manera mucho más física.

—Hora de irme —murmuré, sacando el bolso del armario y eché un vistazo al destornillador perfectamente envuelto en plástico que había escondido allí y tras escoger un pequeño modelo negro, volví a echar cosas encima de la herramienta y cerré el armario, saliendo al pasillo.

No iba a ir a hablar con Peter tampoco, así que la presencia o no de John Kerrson en la casa de al lado se quedaría en un principio en un misterio. Mi único interés debía saber qué había pasado con mi hermana en ese tiempo y no podía averiguarlo con las personas más cercanas a ella porque nadie parecía estar dispuesto a compartir nada conmigo. Ni siquiera Peter de lo que suponía que sabía más de lo que me había contado, algo que realmente había sido poco.

De alguna manera sabía que Peter conocía muchas de mis respuestas y algo que me preocupaba era que parte de la muerte de mi hermana tuviera algo que ver con la muerte de Kelly. Había echado rápidos cálculos y si no entendía mal, Sally había comenzado a cambiar al poco tiempo de la muerte de la hermana de Peter y si me detenía a pensarlo un poco más, estrujando mi cerebro —y haciendo que me sintiera culpable inmediatamente después en el proceso—, había una etapa de mi hermana que no había sabido nada de ella y eso, de alguna forma, me llevaba a las fechas en las que debió morir Kelly.

Me detuve en la puerta de la cocina y por un momento estuve tentada de llamar, abrir y despedirme —incluso soportar las preguntas e interrogatorios de todos los presentes—, pero no lo hice. Aparté el brazo que ya tenía levantado frente a la puerta y dejé que cayera sobre mi costado. Me giré y salí, caminando con decisión hasta la camioneta de mi padre y entré a la calidez de

su interior, buscando algo de música en la radio antes de arrancar y conducir hasta la discoteca que había visitado Sally antes de morir.

No se encontraba realmente lejos. A poco más de media hora en coche. La discoteca se encontraba más cerca de la carretera y tenía un gran ambiente desde fuera. Una gran fila se doblaba en varias líneas y por un momento dudé si no era mejor dar la vuelta y volver a casa y a mi acogedora cama, pero el recuerdo del informe de la autopsia hizo que aparcara el coche junto a un volvo negro y me aseguré de llevar las llaves y la carretera junto al móvil en el bolso antes de salir y respirar hondo para encaminarme a la fila.

Era la primera vez que había tenido que esperar dos horas para entrar a una discoteca y cuando al final la música y el ruido me invadieron deseé volver a salir fuera y regresar a mi cama.

El olor a alcohol era intenso pero el de marihuana lo impregnaba todo, incluso la esquina donde me acurruqué para buscar las energías necesarias para acercarme a la barra. El ambiente era diverso y las parejas se acomodaban donde podían mientras varios grupos y personas se movían de manera ambigua en la pista de baile, haciendo giros y dando vueltas sin seguir realmente el ritmo de la música.

No necesité ser demasiado lista para imaginar cual era la música que todas esas personas escuchaban en su cabeza y hacían que tuvieran los brazos hacia arriba y los cuellos alzados, con los ojos entrecerrados mirando a las luces parpadeantes que palpitaban desde distintos focos en el techo.

Un chico de más o menos mi edad, se acercó hasta a mí con un gran vaso de plástico en la mano y sonrisa empalagosa. Intenté ignorarlo con la esperanza de que comprendiera que mi desinterés era una falta de interés pero por la manera que se acercaba más y más y hasta trató de tocarme para llamar mi atención, parecía que no tenía suerte y finalmente me giré sin tratar de ser amable y sonreír.

—¿Qué? —grité para hacerme oír pero ni siquiera llegué a escuchar mi propia voz como para esperar que él la hubiera escuchado y mucho menos comprendiera la entonación de fastidio con la que lo había dicho.

El chico, más alto que yo, con un cabello rubio, más de un tono trigo y unos ojos castaños que le daba una apariencia inocente y que no encajaba con

el color ensangrentado de sus ojos y el movimiento constante de derecha a izquierda que lo catalogaba como borracho o drogado —tal vez las dos cosas, sonrió, como si mi ceño fruncido y mis brazos cruzados fueran una invitación a algo.

—¿Qué? —repetí—. No estoy interesada —añadí, tratando de moverme hacia un lado y alejarme.

—Ven —dijo él, salpicándome de aquello que contuviera su vaso.

—¡Joder! —grité, apartando su mano de un manotazo.

Tal vez lo hice demasiado rudo porque el vaso se le escurrió de la mano y fue a parar al suelo, vertiendo todo el alcohol al suelo y salpicando los pies y las piernas de todos los chicos y chicas que estaban a mi alrededor.

Muchos de ellos no se dieron cuenta ni que algo los había mojado; seguían en su mundo, fuera cual fuera ese y en el que prefería no entrar, pero otros comenzaron a protestar e insultar y con sólo echar un vistazo a la expresión furiosa del chico hizo que encontrara los suficientes ánimos para empujar a cada una de las personas que se encontraban en el camino y me detuve en la barra, apartando a empujones también a dos hombres para poder acceder y levanté una mano, haciendo una mueca de dolor cuando una chica me pisó el pie, para llamar la atención de uno de los camareros.

Al principio me ignoraron deliberadamente, pero cuando creí que terminaría tirando la toalla y regresando a casa donde no tenía que haber salido nunca, el camarero más corpulento se acercó hasta a mí, dejando una servilleta a su lado.

—¿Qué vas a tomar? —se interesó.

Aunque no llegué a escucharlo, seguí sus palabras leyéndole los labios y deduciendo por lógica lo que podía estar diciendo.

—¿Cerveza? —grité, inclinándome hacia delante para que pudiera oírme.

El hombre asintió con la cabeza y se apartó, cogiendo algo de una cámara y un vaso y atendiendo a la misma vez a un grupo de amigos que acababa de acercarse a la barra también a la fuerza. Esperé paciente a que me dejara el vaso frente a mí y saqué la cartera para pagar, junto a una fotografía pequeña de mi hermana y se la dejé sobre el mostrador junto al billete del que no esperaba recibir el cambio

—¿La conoce? —pregunté intentando de nuevo que me escuchara.

El camarero miró desconfiado el billete y la foto, sin mostrar interés por mirar la cara de la chica que sonreía a la cámara y después se apartó para seguir sirviendo a alguien más antes de regresar y coger el billete. Lo vi ir a la caja y tras unos minutos en los que lo vi hablar con otro de sus compañeros y quien me miró de refilón, regresó y dejó frente a mí el cambio, girándose inmediatamente para no tener que verse obligado a hablar conmigo.

—¡Solía venir aquí! —grité de nuevo, ejerciendo presión en la barra para inclinarme todo lo que pude hacia él—. ¡Por favor! ¡Sólo quiero hablar!

El hombre no volvió a mirarme y no sólo él me ignoró de una manera deliberada sino que el resto de sus compañeros también lo hizo, pasando frente a mí como si no existiera, incluso cuando traté de pedir algo más después de beberme la fría y apetecible cerveza en ese ambiente tan cerrado y asfixiante. Atendieron a todos los que se acercaron a mi alrededor, fingiendo que no había nadie agitando el brazo y gritando frente a sus caras.

Cuando me harté, guardé la fotografía en la cartera y volví a abrirme paso, atravesando la discoteca con una sensación de haber perdido la noche pero con la certeza de que algo no había estado del todo bien con la muerte de mi hermana. Ya no sólo era una sensación paranoica, sino una certeza absoluta. Había demasiado secreto alrededor de su muerte, algo que evidentemente querían ocultar y necesitaba saber por qué.

Salí de la discoteca casi con ansiedad, respirando hondo y dejando que el aire penetrara profundamente en los pulmones antes de caminar hacia el aparcamiento en busca de la furgoneta.

—Disculpa.

Me giré sorprendida, con una mano en la puerta del coche y miré con cierta desconfianza a la chica que caminaba con prisa hacia mí.

Mi primera reacción fue aferrarme al bolso y lamentar no haber metido algo con más peso en él para que pudiera servirme de arma, pero reconocí a la chica como uno de los camareros de la discoteca. Aún así, no me aparté de la puerta por precaución.

—Ya he pagado —dije rápidamente por si había una confusión.

Después del trato que me habían dado dentro no imaginaba otro motivo por

el que ninguno de ellos me buscara.

—¿De qué conoces a Sally Huzman? —se interesó, deteniéndose frente a mí con cierta reticencia—. ¿Para qué la buscas? Está muerta...

—Sé que está muerta —la interrumpí de mal humor. No hacía falta que me recordasen ese hecho. Lo sabía muy bien sin necesidad de eso—. Y es... era mi hermana.

La chica pareció examinarme con más atención, tal vez buscando alguna similitud pero si la encontró no dio señales de ello. Su mirada oscura se mantuvo imperturbable, mirando hacia atrás con demasiada frecuencia, como si temiera que apareciera alguien. Con un suspiro, se llevó una mano a la cabeza, revolviéndose el pelo castaño.

—¿Por qué preguntas por ella?

—¿Por qué has venido a interesarte? —contraataqué sin ganas de responder a nada—. ¿Sabes algo?

Ella apartó la mano de la cabeza y me miró fijamente unos segundos antes de girar el cuello para asegurarse que no venía nadie.

—Sally estaba buscando a alguien —admitió al fin.

La miré intrigada y me aparté de la puerta, acercándome a ella con un ligero malestar en el estómago. ¿Tenía razón después de todo?

—¿A quién?

Ella se encogió de hombros.

—Después de lo ocurrido estaba muy afectada pero creo que lo que la trastornó fue que todos actuaran como si ella y su amiga fueran las culpables y no las víctimas. Lo que decían...

—Espera, espera —puse una mano frente a nosotras, tratando de comprender de lo que me estaba hablando. Tal y como esa chica lo decía, era como si me estuviera hablando de alguien que no tenía nada que ver con Sally—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué es lo que sucedió para que tuviera que ser la víctima? ¿Y quiénes son esos de los que hablas? ¿Quiénes fueran víctimas con mi hermana?

Ella me miró sorprendida y luego se mostró preocupada, mordiéndose el labio como si hubiera dicho algo que no debía.

—Pensé que preguntabas por ella porque sabías lo ocurrido.

—¡No, no lo sé! —protesté, enfadada.

¿Qué es lo que estaban ocultando en casa? ¿Qué era lo que le había pasado realmente a Sally?

—Tengo que irme —dijo ella con urgencia, retrocediendo.

Alarmada la agarré del brazo, impidiendo que se marchara. Prefería no tener que correr detrás de ella. Para volver a entrar yo tendría que hacerlo tras esperar de nuevo la interminable fila.

Dudaba que aquella chica estuviera dentro para cuando consiguiera traspasar las puertas de la discoteca.

—Tienes que contarme lo que le pasé a mi hermana —demandé, desesperada.

Ella sacudió la cabeza, tratando de soltarse.

—¡Déjame ir!

—Era mi hermana —insistí, aferrando con más fuerza mis dedos a su brazo—. Por favor.

—No... no sé de lo que me estás hablando —aseguró ella, nerviosa, mirando con miedo a su alrededor. Había pasado de mirar con cautela, tal vez con cierta aprensión a reflejarse el miedo en su mirada.

Con curiosidad y dejándome contagiar por su miedo, miré también a mi alrededor, buscando lo que ella temía que ocurriera o a quien temía que apareciera. Dado lo que estaba ocurriendo, imaginaba que tenía miedo que apareciera alguien que no debía querer que aquello que le había pasado a mi hermana —y a ese alguien más—, saliera a la luz.

O que ciertas personas se enterasen. Algo me decía que en Herton había más personas de las que creía que sabían lo ocurrido a Sally y cada vez que iba descubriendo más y más la sensación de espanto y asco iba invadiéndome irracionalmente.

—Por favor. Sé que lo que le sucedió a mi hermana no fue una accidente y necesito saber qué es lo que pasó. Mi hermana no bebía ni se drogaba y...

Ella me miró incrédula y sacudió la cabeza.

—Tu hermana tuvo un accidente —aseguró—. Si lo que te preocupa es que alguien le asesinara. Estás equivocada. Ahora suéltame.

No obedecí.

—Pero...

—Mira, Sally bebía y mucho. Y créeme si te digo que tuvo muchos problemas ahí dentro por culpa de la droga que consumía... Nadie la obligó a ello y nadie la montó en el coche aquella noche —la chica suspiró—. Déjame.

No entendía realmente lo que estaba pasando pero aflojé la presión de mis dedos y ella se soltó fácilmente. Miré de manera borrosa como la camarera se alejaba hacia la discoteca.

—Sally no era así —insistí.

Ella se detuvo y se giró.

—¿De cuándo estamos hablando?

La pregunta me pilló por sorpresa pero al menos ella había recuperado la tranquilidad, aunque no dejó de mirar a su alrededor en ningún momento.

—No lo sé —admití—. Puede que no conociera a mi hermana después de todo.

Bajé la cabeza, derrotada y percibí como los pies de la chica se movían, acercándose hacia mí.

—Mira, deberías olvidarte del tema —dijo ella, agarrándome la mano y dejando un papel en ella—. Ayudé a tu hermana en su tiempo y me arrepiento de haberlo hecho. Tal vez su muerte es parte responsabilidad mía.

—No te entiendo —murmuré, levantando la mirada hacia su rostro—. Todo es un maldito secreto. ¿Por qué es tan difícil saber qué le pasó a mi hermana?

—Herton es un lugar lleno de gente mal de la cabeza. Perdona —añadió. Sacudí la cabeza para hacerle comprender que no me sentía ofendida—. Siguen ciertas costumbres, manías... Son como una secta. Son una secta —se corrigió. Y se protegen los unos a los otros. Pero si no sigues sus leyes, si no estás dentro de su logia o lo que sea, estás perdido como te echen el ojo. Deberías tener cuidado.

Parpadeé confusa. No entendía nada de lo que me estaba contando. Sabía que algo raro estaba sucediendo en Herton pero no que se cocía algo como una secta dentro, aunque eso podía explicar muchas cosas.

—¿Y qué tiene que ver Sally con eso?

—Ella y su amiga se metieron en algo que no debía o algo así y se lo

hicieron pagar caro a las dos. La otra chica murió según dijo tu hermana y ella... bueno, ya viste el resultado de como acabó tu hermana. Le dio por las drogas y el alcohol para soportarlo todo.

Kelly... No necesité que me dijera su nombre para adivinar que se refería a ella. Sentí un estremecimiento.

—¿Qué... les pasó?

La chica sacudió la cabeza y miró hacia atrás.

—Mi nombre es Hellen —dijo bajando la voz como si necesitara hacerlo—. Te he dado mi número de teléfono. Llámame mañana y te lo cuento todo. Lejos de aquí donde nadie nos pueda ver.

Asentí con la cabeza, despacio y abrí el puño para ver el trozo de papel donde Hellen había apuntado su número de teléfono.

—Gracias —musité, volviendo a mirarla. Tenía medio cuerpo girado y se había puesto nerviosa de pronto. También miré hacia donde ella tenía la vista clavada y entorné los ojos cuando creí ver que algo se movía, alerta, notando como Hellen se crispaba con pánico y las dos suspiramos cuando vimos saltar a un gato y perderse bajo los coches.

—Aún estás a tiempo para dejarlo —dijo—. Te ahorrarías muchos problemas.

—No puedo hacerlo —musité, manteniendo el tono confidencial que había adoptado ella—. No puedo irme sin saber la verdad. Se lo debo.

Se lo debía a Sally.

Ella asintió despacio.

—Llámame mañana —aceptó.

—Lo haré.

Sólo necesitaba respuestas y con lo que averiguase luego vería lo que haría con ello. Era obvio que la policía de Herton quedaba descartada pero tal vez podía...

—Tengo que irme —dijo Hellen, mirando de nuevo hacia el otro lado de los aparcamientos, hacia la discoteca que se veía a un lado—. Llevo mucho tiempo ausente y dije que salía a fumar y tomar el aire.

Asentí, apartando la mirada de la discoteca y la observé alejarse corriendo hasta que la perdí de vista al girar la esquina para introducirse por

uno de los laterales de la fachada.

Sólo cuando me encontré a solas comencé a sentir al aprensión que Hellen me había contagiado y miré a mi alrededor temiendo encontrarme con alguien, pero el aparcamiento estaba vacío, al menos aparentemente vacío de personas ya que estaba lleno de coches inmóviles.

Sacudí la cabeza para apartar los oscuros pensamientos y me di prisa en introducirme en la camioneta, agradeciendo la frágil seguridad que me otorgaba la cabina y esta vez busqué las llaves sin molestarme en poner música. De alguna manera aunque no veía a nadie, sentía una apremiante necesidad de alejarme de allí.

Saqué las llaves y guardé el papel con el número de Hellen dentro de mi bolso y justo cuando estaba arrancando y me dirigí a la salida, creí ver las sombras de dos personas agazapadas en una de las alambradas que separaban el aparcamiento de la discoteca.

No tenía la seguridad de que ni siquiera no fuera un efecto óptico producida por las luces que salían de la discoteca y la oscuridad del otro lado de la calle, pero mientras me alejaba por la carretera para pasar por el mismo lugar donde mi hermana había conducido aquella noche antes de estrellarse, hubiera jurado que no sólo se movían, sino que me estaban mirando fijamente.

Capítulo 10

Miré una y otra vez el papel donde Hellen me había apuntado su número de teléfono. Alguna vez había oído que en la caligrafía de cada persona se podía leer la personalidad o el carácter de cada persona, pero yo no estaba muy metida en el tema. En realidad no sabía nada del tema y esas letras pequeñas, redondas con su nombre y esos números que se entendían tan bien no me decían nada de cómo era realmente Hellen.

Pero era la única que parecía dispuesta a hablar conmigo y por tanto, era la única que quería ayudarme.

Miré el papel una vez más y tras unos segundos de pausa, lo dejé sobre la cama, a mi lado, y rodé sólo lo necesario para agarrar el móvil que había dejado en la mesilla y miré la hora.

Las cinco de la tarde.

¿No se habría levantado ya? Aunque la discoteca estuviera abierta hasta la madrugada, ya habría tenido tiempo de dormir...

Por un momento dudé y consideré la alternativa de esperar una hora más para llamarla, pero al final marqué el número y esperé a oír la señal de llamada, colocándomelo en la oreja hasta que la señal se perdió.

Lo volví a intentar y esta vez escuché la voz de Hellen al otro lado de la línea.

—¿Sí?

Parecía adormilada.

—Perdona, Hellen, soy Ashley, la hermana de Sally. Hablamos ayer en...

—Sí, lo siento, me acosté tarde.

—Perdona si te he despertado —añadí rápidamente, lamentando no haber esperado esa hora para llamar.

—Da igual. Ah...

—Hablamos de quedar —fui directa al grano. No quería dar muchos rodeos. Quería saber cuánto antes lo que le había sucedido a mi hermana y a Kelly—. Dijiste que sabías algo sobre mi hermana.

—Sí, lo sé. ¿Te importaría venir a mi casa? Tengo que ducharme y comer algo...

—No tengo ningún problema —aseguré, cogiendo el mismo papel donde tenía apuntado su teléfono y busqué un bolígrafo en el bolso—. Dime la dirección.

Hellen me repitió dos veces la dirección y me aseguré de que estaba perfectamente apuntada antes de colgar y guardarme el papel en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

No es que prefiriera usar sólo pantalones. Me gustaban las faldas y los vestidos. De hecho, me encantaban como lucían con mi figura, pero después de que el maldito encargado de los apartamentos hubiera tratado de violarme a plena luz del día, había decidido usar ropa lo más difícil de quitar posible. También había adquirido en una tienda online unos cachivaches de defensa personal que si bien no eran los más chip de la autodefensa, no tenía planeado apuntarme a clases de defensa personal. Al menos no en un espacio de tiempo cercano y de alguna manera consideraba que en aquel lugar corría bastante más peligro que en cualquier otro lugar.

Bajé las escaleras y me asomé a la puerta de la cocina, descubriendo también a mi padre y unos vecinos en ella. Me despedí rápidamente e ignoré deliberadamente de las preguntas interesadas sobre a donde iba.

Cogí de nuevo la camioneta de mi padre, tarareando la última canción que había escuchado y conduje más animada que días anteriores hacia la dirección que me había indicado Hellen.

Cuando llegué, me aseguré de que no me había equivocado dos veces al pulsar el timbre y miré a mi alrededor algo nerviosa. Hellen vivía en una bonita casa a las afueras del pueblo, algo internada en el bosque y una cerca cubría un jardín muy cuidado que me negaba a creer que cuidaba ella.

Volví a pulsar el timbre pero una vez más no tuve respuesta.

—¿Hellen? —llamé, dando golpecitos en la puerta con los nudillos.

Nadie respondió.

—Estupendo —murmuré, mirando hacia atrás donde había aparcado la camioneta.

Siempre podía volver al interior del coche y esperar escuchando música.

Hellen podía haber ido a comprar algo de comida. También podía llamarla... ¡Oh! Saqué el móvil y busqué la última llamada para tener más rápido acceso, lamentando no haber grabado su número en el teléfono y esperé a oír la señal, pero no llegué a llevarme el teléfono a la oreja. La música de llamada del móvil de Hellen provenía del interior de la casa.

Apagué la llamada y aplasté la frente en el cristal, tratando de ver algo a través de las cortinas, pero era imposible y volví a llamar al timbre, pulsándolo repetidas veces, algo que a cualquier persona le hubiera molestado a tal punto que hubiera salido únicamente a partirme la cara, pero la casa siguió igual de silenciosa.

—¿Hellen? —insistí aporreando esta vez la puerta—. ¿Hola?

¿Se había dejado el móvil en casa? Intenté volver a mirar por el cristal y llamé a la puerta de nuevo.

—¿Hola? —insistí—. ¡Hellen, soy Ashley, la hermana de Sally! Habíamos quedado...

Tampoco hubo respuesta y terminé encogiéndome de hombros. Tampoco me parecía tan extraño que hubiera salido sin el móvil. Yo no era una adicta al teléfono con la necesidad de tenerlo a todas horas conmigo y dormir con él bajo la almohada. Podía dejarlo en casa y salir sin comenzar a sentir ansiedad. Hellen podía ser igual que yo.

Me di la vuelta para volver a la camioneta cuando me fijé en unas ramas que crecían en el suelo, al lado de la puerta. Algo rojo, como salpicadas de algo, manchaba varios pétalos de unas flores amarillas que crecían a los alrededores. No sé por qué lo hice, pero me acuclillé y miré la sustancia roja con más atención, tal vez averiguar algo de ello, tal vez porque estaba segura de que era sangre.

Me incorporé de golpe, de pronto aterrada, y comencé a llamar con más fuerza en la puerta, pero esta vez sólo usé los nudillos.

—¡Hellen! ¡Soy Ash! ¡Ábreme la puerta, por favor!

Lo único que me respondió fue el silencio y traté desesperadamente de ver algo a través de los cristales. Era imposible. Intenté alejar los siniestros pensamientos de mi cabeza.

Vamos, me estaba dejando llevar por el pánico. Aquello... aquello podía

ser cualquier cosa y Hellen posiblemente solo había ido a comprar algo para comer. ¿Desde cuándo me había vuelto tan paranoica?

Me giré sobre mis talones, dispuesta a irme. Pero no fui capaz de llegar a la camioneta. Me detuve de golpe, maldije varias veces y volví a girarme con recelo.

—Mierda...

Si en realidad era sangre y Hellen estaba herida... simplemente no podía coger e irme y cenar tranquila como si no hubiera visto nada.

Apreté con fuerza los puños y caminé decidida de nuevo hacia la puerta y volví a llamar, esta vez sin demasiado entusiasmo.

Tampoco nadie respondió.

Suspiré. No había esperado otra cosa. Rodeé la casa, deslizando la yema de los dedos por la fachada, por los cristales de las ventanas, traté de ver algo al otro lado y cuando creí que no sería capaz de ver nada y comenzaba a darme por vencida, vi la pequeña ventana que daba acceso al sótano medio abierta.

Me agaché sin dudar y la empujé con la mano para mirar el interior, asegurándome que no había nadie dentro y me deslicé hacia dentro, introduciendo primero las piernas y después el resto del cuerpo lo más silenciosa posible.

La madera del suelo chirrió bajo mis pies y maldije, asustada pero continué andando y subí las escaleras, no muy segura de si agradecer o no que la puerta de acceso a la casa estuviera abierta y salí al pasillo, comprobando que seguía igual de vacía y solitaria.

—Al final me detendrán por allanamiento de morada —musité, mirando con cierta aprensión al puerta de entrada. ¿Qué demonios estaba haciendo?

No tuve la oportunidad de pensar demasiado en ello. Un ruido desde alguna parte del segundo piso hizo que me pusiera en guardia, aterrorizada y agarré con cierta aprensión el jarrón que descansaba sobre el mueble auxiliar de la entrada antes de aventurarme a poner el pie en el primer peldaño. ¿Por qué no me había marchado como correspondía? Ni siquiera sabía qué hacer si era un ladrón o un asesino...

Era de locos...

Seguí subiendo las escaleras, notando los fuertes latidos de mi corazón palpitando con fuerza en mi cabeza y cuando llegué al final de las escaleras miré hacia mi derecha, agarrando el jarrón con más fuerza entre mis dedos sudorosos y caminé hacia la primera habitación. La puerta estaba cerrada y no me atreví a abrirla. Sin pensármelo siquiera, pasé a la siguiente, entornada y eché un rápido vistazo al interior, dispuesta a avanzar, pero no lo hice. Abrí la puerta de golpe y me precipité dentro, tirando el jarrón encima de la cama que rodó y cayó al suelo por el otro lado pero no le di importancia.

Me arrodillé junto a Hellen que yacía tendida en el suelo, boca abajo y estaba llena de sangre.

—¡Hellen!

Intenté moverla, desesperada y escuché con alivio un quejido y me detuve.

—Espera un segundo, llamaré a una ambulancia.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y marqué al servicio de emergencias, respondiendo sus preguntas mientras yo notaba como iba entrando en pánico y terminaba gritando a la operadora. Cuando finalmente dejé el móvil en el suelo, volví a agacharme junto a Hellen, sin tocarla de nuevo tal y como me había indicado la mujer que me había atendido en emergencias.

—Tranquila, Hellen. Ahora viene la ayuda.

Me mordí el labio, impotente. Y la sensación no era agradable. Sabía lo que era sentirse impotente, saber que no podía hacer nada pese a saber o ver lo que sucedía. Miré hacia otro lado, furiosa conmigo misma y casi di un bote cuando algo me tocó la pierna y giré la cabeza para mirar la mano que Hellen trataba de alcanzarme. Se la agarré sin dudar, manchándome la mano de su sangre.

—Hellen, ¿puedes oírme? ¿Qué ha pasado?

Escuché algún balbuceo y me incliné hacia su rostro, sin soltar su mano.

—...ete...

—¿Qué? No te entiendo.

—Tienes...

—No te fuerces. He llamado a urgencias. La ambulancia estará aquí enseguida. No...

—Estás... en peligro.

Esta vez la escuché perfectamente y noté como toda la sangre del cuerpo se me congelaba, poniéndome en guardia. Era como si todos mis sentidos se hubieran agudizado y estaba segura que podía escuchar hasta el ruido del aire golpeando las hojas, pero no escuché ninguna pisada.

—¿A qué te refieres?

—No... quieren... que hable. Estás... en peligro. Vete del pueblo... — escuché como tosía y miré espantada el chorro de sangre que salía de su boca.

—Deja de hablar —supliqué, ya me lo contarás cuando estés bien.

Traté de levantarme pero ella también se movió, sacando fuerzas de donde no las tenía para retenerme y mirarme. Ni siquiera fui capaz de moverme un centímetro, impresionada.

—Sally quería venganza... por lo que las hicieron aquel día a ella y a su amiga... Buscaba... a los responsables.

Kelly.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Las... violaron, las golpearon y torturaron y la otra...

Hellen no fue capaz de hablar pero no hacía falta que lo hiciera. Sabía lo que le había pasado a la otra. Kelly había muerto.

—Eso... no es verdad —murmuré, negándome a aceptar eso y hasta me obligué a sonreír sin emoción—. Nadie me dijo nada.

—¿Y te sorprende? Este...

Hellen no consiguió continuar. Un nuevo ataque la obligó a tumbarse de nuevo, vomitando sangre.

La ambulancia no tardó mucho en llegar y cuando lo hizo, me apartaron rápidamente de la habitación, conduciéndome al salón y me obligaron a sentarme en el sofá hasta que llegó la policía y vi a Greg entre ellos.

—Vaya, Ashley, últimamente nos encontramos mucho.

Hice una mueca de disgusto que no traté de disimular pero no pude evitar que se sentara a mi lado.

—¿Te encargas, Greg?

—Me hago cargo —aceptó él, mirando a un hombre con bigote y pelo blanco que subió las escaleras con uno de los de la ambulancia, cuchicheando.

Los seguí con la mirada hasta que se perdieron de vista al cruzar hacia la derecha y volví a centrarme en Greg que me estudiaba en silencio. No desvié la mirada—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué hacías aquí?

—¿Cómo?

¿Ahora era sospechosa o algo así?

—Vine de visita. Habíamos quedado —gruñí.

—¿En serio? ¿Desde cuándo os conocíais?

—No sé qué tiene esto que ver. Han asaltado a una mujer y no he sido yo.

Ni siquiera sabía por qué tenía que añadir eso último.

—Lo sé. Ya la están atendiendo —aseguró Greg indiferente. Enarqué una ceja, incrédula—. ¿Ha podido contarte algo?

—¡No! Si no hacía mucho que he venido y ella ya estaba... ¡Por Dios, Greg!

—Pero algo te contaría, ¿no? De algo hablaríais.

—¿No te acabo de decir que no hemos tenido tiempo? —casi grité, furiosa.

—¿Y por teléfono? Algo te diría...

—¿Qué...?

—¿No hablasteis?

—Habíamos quedado... ¿Y a ti qué te importa? Oye, mira —solté, irritada—. Cuando yo vine estaba ya así. Ella puede decirlo... —me callé de golpe, recordando la conversación con Hellen, lo que me había contado de mi hermana y Kelly y miré a Greg de pronto asustada y lancé una mirada de aprensión hacia las escaleras, levantándome, pero Greg se interpuso en mi camino antes de que pudiera acercarme a ellas.

—¿A dónde vas?

—A ver cómo sigue Hellen.

Algo en mí me obligaba a subir aquellas escaleras y comprobar que todo iba bien. Intenté apartar a Greg pero él me agarró el brazo y me inmovilizó fácilmente, apretándole contra mi espalda mientras me tumbaba en el sofá.

—Yo si fuera tú, no lo haría —me aconsejó Greg rozando mi oreja con su

aliento—. ¿O estás intentando oponerte a la autoridad?

—Vete a la mierda, Greg.

Con el brazo libre busqué a tientas, despacio el espray de pimienta que había comprado y cuando finalmente di con él, lo levanté y rocié hacia arriba, comprobando que había hecho efecto cuando la presión de los brazos de Greg se debilitaron y pude soltarme, empujándolo con fuerza hacia atrás, mientras él gritaba y y trataban de alcanzarme.

No se lo permití. Subí las escaleras de dos en dos y solo llegué a la habitación para ver como guardaban algo en un maletín y todos se giraban a mirarme. El policía que había llegado con Greg fue el primero en acercarse a mí.

—Lo siento, pero no han podido salvarla. Ha fallecido.

Lo miré incrédula, antes de desviar la mirada con la misma expresión al cuerpo sin vida de Hellen. Por su aspecto, no parecía que le hubieran tratado de tapar ninguna de las heridas que cubrían su cuerpo por las cuchilladas; solo tenía una manga remangada en el que imaginaba le habían inyectado algo y el otro brazo extendido hacia él, descansando sobre su pecho con los dedos extendidos, como si Hellen hubiera hecho un último esfuerzo por quitárselo que le estaban haciendo.

Me sentí desfallecer y el hombre se apresuró a agarrarme para que no cayera al suelo, pero lo aparté bruscamente.

—No es posible —aseguré.

—Había perdido mucha sangre —aseguró el policía—. ¿Por qué no vas a casa y descansas un poco, Ashley?

Lo miré alucinada. ¿También sabía quién era yo?

—¿Quién le ha hecho esto? —exigí saber, furiosa, dolida y mi cabeza procesando demasiado deprisa toda la información que había obtenido. Incluso sabía que debía sentir miedo en ese momento.

—Lo investigaremos. ¿Por qué no va a casa ya?

—Y...

—Mira, Ashley. Vamos a hacer una cosa —dijo el hombre, pasándome un brazo por los hombros y arrastrándome fuera de la habitación y me condujo hasta las escaleras—. Tú te irás ahora a descansar —Se detuvo justo en el

borde de las escaleras y miré a Greg que seguía abajo, con los ojos rojos, llorosos y cargados de un odio irracional hacia mí—, y yo fingiré que no veo esas manos manchadas de sangre, la inexplicable situación que tú te encontrases justamente en la casa a esta hora...

Ni siquiera giré el cuello para mirarle. Era una amenaza. Lo notaba en su entonación, en lo que estaba diciendo y simplemente no dije nada. No creía ni tener voz para poder decir algo.

—Es algo muy sencillo, ¿verdad Ashley? —insistió él con una sonrisa, apretando su brazo con más fuerza en mis hombros, como si tratara de hacerme entender que según mi respuesta viviría o no.

Y no dudaba que fuera a tirarme por aquellas escaleras.

—Sí... —murmuré.

—Sabía que eras una chica inteligente —aceptó él, liberándome y me dejó libre, apartándose hacia la habitación.

—¿Puedo irme entonces?

No desvié la cabeza.

—Claro que sí —aceptó él—. ¿Quieres que Greg te acompañe a casa si te sientes más segura? Con tanto loco suelto...

Hasta pude escuchar la burla en las últimas palabras. Me estremecí, mirando a Greg.

—No —musité—. Iré sola.

Esperé unos segundos para encontrar el valor de bajar las escaleras, agradeciendo que no se notara el temblor de mis rodillas y sólo estuve a punto de flaquear cuando llegué abajo y Greg se movió hacia mí, pero no me detuve; caminé todo lo derecha posible hacia la puerta de entrada y la abrí, agradeciendo el aire fresco que inundó mis pulmones y liberó el viciado que me estaba asfixiando dentro de la casa.

Habían matado a Hellen.

Ni siquiera tenía dudas de eso.

—Ey, Ash —No me giré para mirar a Greg, pero no pude evitar oírlo y odiarme por el miedo que sentí antes de que la puerta llegara a cerrarse tras de mí—. Volveremos a vernos.

—Como quieras.

Capítulo 11

Habían matado a Hellen, habían matado a Hellen.

Esa idea no dejaba de rondar por mi cabeza como aún no desaparecía la sensación de pánico que había llegado a sentir en el borde de las escaleras. Me había visto cayendo por ellas y aún me escocía la piel de gallina.

Di la vuelta al volante con fuerza y derrapé cuando lo aparqué en la orilla de la carretera, abriendo la ventanilla completamente para dejar que el aire acariciara mi cara.

Necesitaba aire, tal vez oxígeno o quizás las dos cosas pero aún no podía aceptar lo que acababa de ocurrir.

Hellen estaba muerta. La habían matado delante de mis ojos y no había hecho nada, no había podido hacer nada. Incluso aunque hubiera llegado a tiempo a la habitación, sólo hubiera logrado que nos mataran a las dos.

Di un golpe al volante y dejé que las lágrimas se agolparan en mis ojos.

—Mierda —mascullé, dolida, limpiándome las lágrimas.

¿Y qué hacía ahora? ¿Ir a la policía? Ni siquiera sabía qué había pasado y evidentemente nadie me creería...

Además, estaba lo de Sally y Kelly.

Me limpié las lágrimas con la manga de la camiseta y saqué el móvil de nuevo, buscando en internet alguna noticia sobre lo ocurrido con Kelly o Sally o alguna violación o indicio de algún tipo de violencia en Herton pero sorprendentemente no había absolutamente nada sobre Herton a excepción de una escueta información de pasada sobre la ubicación del pueblo y el número de habitantes.

Intenté indagar un poco más pero continuamente me sorprendía de que no hubiera ninguna noticia, ningún caso sobre algo ocurrido allí, incluso el incendio que hubo cuando yo tenía ocho años...

Apagué el móvil y lo dejé en el asiento de al lado y me quedé mirando la carretera completamente en blanco. Después, volví a arrancar y fui hacia la

biblioteca local. Era un pequeño edificio a un lado de la plaza y cuyo tejado terminaba en punta.

De pequeña había pasado algún tiempo allí dentro cuando las obligaciones sociales me ahogaban y necesitaba recluirme un poco. Ningún compañero iba allí y las pocas veces que me aislé allí, me encontraba con Peter en la primera mesa, junto al mostrador, leyendo algún libro. Siempre me sentaba en las mesas del fondo y me dedicaba a observarlo mientras fingía que leía un libro.

Estaba segura que él nunca me había visto, pero mis recuerdos con él eran demasiados, aunque ahora me parecían bastante absurdos. Me mordí el labio y dejé el coche aparcado a un lado antes de salir y encaminarme hacia el edificio.

Ya no se encontraba en su interior la mujer que recordaba en el mostrador. Aquella chica, con gafas y el cabello muy corto de color castaño, levantó la mirada al escuchar la puerta y me observó en silencio mientras caminaba hacia los ordenadores y buscaba la prensa local.

No había nada.

Aquello era alucinante.

Me levanté y caminé hacia el mostrador.

—Disculpe —murmuré en voz baja, inclinándome hacia el mostrador.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿No hay registro de los periódicos atrasados?

La mujer me miró con interés.

—¿Para qué quieres acceder a esa información?

Enarqué una ceja, incrédula.

—Información. Nada más.

—Es imposible. No guardamos los números atrasados.

La miré incrédula, pero me limité a sonreír y a dar golpecitos en el mostrador. La mujer siguió el movimiento de mis dedos y yo lo mantuve un minuto, más para fastidiar antes de retirar la mano.

—Por supuesto —dije y me di la vuelta, caminando de vuelta a la calle.

Una vez más permanecí en el coche no muy segura de lo que debía hacer. Una vocecilla a mi espalda me recomendaba que cogiera mis cosas y me marchara de allí, pero ahora, más que antes me negaba a hacerlo.

De pronto sabía demasiadas cosas como para olvidarlo. Ya no sólo era un simple maltrato que nadie veía ni oía en la casa de al lado, sino que allí estaban ocurriendo muertes que simplemente fingían que no existían.

—Mamá —dije de pronto, arrancando.

Tal vez aún podía lograr averiguar qué le había pasado a mi hermana después de todo.

No me creía ni por un momento que mis padres no supieran la verdad de lo que le había pasado a Sally y pensaba averiguarlo, aunque tuviera que sacarles la verdad a la fuerza.

Volver a ver mi casa, la casa donde había crecido hizo que se me retorciera el estómago. De pronto la casa me parecía más oscura, más desconocida y dudé unos instantes antes de abrir la puerta, sorprendiéndome de encontrar al policía con bigote que había estado en casa de Hellen.

Me quedé inmóvil en la puerta y dejé que mi madre se acercara a mí y me abrazara, sobreactuando.

—cariño... ¿estás bien? Ha tenido que ser muy duro ver como moría esa chica, ¿verdad?

No había muerto, la habían matado.

Miré al policía que también me miró.

—Ya me he calmado —mentí—. He dado una vuelta para aclarar mis ideas antes de volver a casa —seguí, sabiendo que el policía querría una explicación de por qué no había regresado a casa.

Sospechaban de mí, pero ni siquiera sabía de qué sospechaban realmente.

—Me alegra que haya vuelto sana y salva —dijo el policía de pronto, con una sonrisa que me produjo escalofríos—. Estaba preocupado por si seguías conmocionada y vine a asegurarme.

También sonreí, o al menos lo intenté.

—Estoy bien. Hellen y yo no nos conocíamos tanto.

Él asintió con la cabeza.

—Eso es un alivio, ¿verdad?

—¿Un alivio? —musité, arrepintiéndome de haber abierto la boca.

—Por supuesto —continuó él—. Hubiera sido mucho peor, ver morir a una amiga.

Le sostuve la mirada sin vacilar y me obligué a asentir con la cabeza, lentamente.

—Eso es verdad.

—Ven, cariño —dijo mi madre de pronto, conduciéndome hasta la cocina y me dejé arrastrar por primera vez, dejando hasta que me sentara en una silla de una sorpresivamente cocina vacía—. Toma algo caliente.

Dejé que me pusiera enfrente una taza de café y sólo la agarré con las manos, sin llegar a llevármela a los labios mientras escuchaba los susurros que mantenían el policía y mi padre en la entrada antes de oír la puerta de entrada cerrarse y las pisadas de unas botas en la grava. Sólo entonces, apreté la taza de café con fuerza.

—¿Qué le pasó a Sally? —demandé, mirando a mi madre desafiante.

A mi madre se le calló el azucarero en el suelo antes de mirarme también.

—¿De qué estás hablando? Tu hermana murió en un accidente.

—No hablo de ese día —gruñí y por la expresión de su rostro adiviné que sabía de lo que hablaba.

—No sé de lo que me estás hablando.

Mi madre rodeó la mesa y fue hacia la puerta, de pronto con demasiada prisa por alejarse de mí, pero me levanté rápidamente y me interpuse en su camino, impidiéndole salir.

—La verdad, mamá. Quiero saber qué le ocurrió a Sally, quiero saber por qué Kelly murió...

—¡No me menciones a esa gentuza! ¡No lo vuelvas a hacer en esta casa!

Abrí mucho los ojos, impresionada y por un momento dudé antes de seguir hablando.

—Sally fue violada junto a Kelly —insistí—. ¿Torturada? ¿Golpeada? ¿Cómo? ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

Mi madre parecía estar a punto de sufrir un ataque pero la agarré del brazo y la obligué a mirarme.

—Déjame. No sé de lo que estás hablando.

—¿Quién lo hizo?

—No sabes nada.

—¿Nada de qué? —grité—. ¿Quién violó a mi hermana?

—Nadie la violó —chilló ella—. Ella se lo buscó por andar siempre con la gentuza esa. Paganos. John Kersson nunca debió casarse con esa mujer. Se lo advertí cientos de veces a tu hermana. Aléjate de esos parias. ¿Pero me hizo caso? ¡No! Ella provocó lo que le sucedió —Comencé a negar con la cabeza. No podía estar escuchando correctamente lo que oía. Mi madre, la mujer que tenía frente a mí no podía estar diciendo esas cosas. Era imposible...—. Y tuvo otra oportunidad para aprender de los errores pero ¿qué hizo? Siguió siendo tan golfa como antes cuando estaba con esa golfa...

—¡Cállate! —grité, histérica, llevándome las manos a las orejas—. No es verdad... No es verdad... —Y maldita sea no podía serlo—. ¡Tú no eres mi madre!

Y volví a negar con la cabeza, soltándola y caminé hacia atrás, mirando hacia los muebles de la cocina de color canela.

Toda aquella casa, los muebles, los suelos, las alfombras que se repartían en el salón y las habitaciones, la mecedora de la habitación de mis padres, los armarios, las cajas de confidencias, incluso el recuerdo del árbol de navidad en una esquina del salón, junto a la ventana, me producían ganas de vomitar, como si todo aquello que conocía, que había sido mi infancia y mi juventud se hubiera desmoronado... no... como si hubiera sido todo un engaño.

Levanté la cabeza y miré a mi madre que volvía a tener esa expresión de control mezclada con su típica sonrisa dulce. Cuando trató de acercarse a mí con los brazos extendidos, retrocedí aún más, alejándome de ella, negando a aceptarla.

—A Hellen la mataron —solté con rabia, mirándola a los ojos—. Pero eso no te sorprenderá, ¿verdad? La mataron porque sabía lo que les había pasado a Sally y a Kelly y quería contarlo.

—Olvídate de tu hermana —dijo mi madre sin borrar la sonrisa—. Yo lo acepto por el bien de la comunidad. Sally era una mala hija, pero tú ya estás aquí. Tú siempre fuiste tan perfecta. ¡Y a Greg seguramente no le importe volver a salir contigo! ¿Te imaginas? Es hora de que te cases y formes una familia cerca de los tuyos. Ya has jugado bastante a conocer mundo...

Hice una mueca de asco y di un paso más hacia atrás.

—Estás loca —susurré—. Todos lo estáis —aseguré, sintiendo un fuerte

dolor en el pecho—. Dejasteis que violasen y torturaran a Sally. Dejasteis que muriera vuestra propia hija —sacudí la cabeza, negándome a llorar en ese momento—. Yo no pertenezco a esa logia o secta o mierda, o lo que sea en la que estéis metidos.

—¿Quién te ha hablado de eso?

Mi madre pareció alerta, endureciendo la mirada y yo me eché a reír histéricamente, pero me callé de golpe cuando mi madre se acercó aún más.

—No te acerques a mí —le avisé, mirando hacia la puerta y la rodeé rápidamente, sin llegar a rozarla y abrí la puerta de la cocina, encontrándome a mi padre apoyado en la pared, escuchando la conversación sin ánimos de entrar a la cocina.

Al menos él no tuvo el valor de levantar los ojos para mirarme.

—¿Cómo pudisteis? —le acusé, pero él no dijo nada, mantuvo la cabeza gacha, sin moverse y volví a girarme hacia mi madre que se había cruzado de brazos.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz amenazadora.

La devolví la mirada sin vacilar.

—Lejos de aquí —solté—. A cualquier otro lugar, lejos de aquí.

Caminé hacia la puerta de entrada y la abrí, mirando la camioneta aparcada con aprensión. De pronto ya no me sentía segura.

—Esta es tu casa. Es el único lugar donde tienes que estar —escuché a mi madre mientras caminaba hacia la camioneta.

—Ésta —repetí yo, furiosa, dolida, vacía y sintiéndome terriblemente sola—. No es mi casa.

Eché un último vistazo a la figura de mi madre, en la puerta, antes de abrir la puerta de la camioneta y cerrarla con un portazo mientras buscaba las llaves.

Cuando arranqué y comencé a conducir, intenté pensar qué iba a hacer ahora pero mi cabeza procesaba demasiada información y antes de darme cuenta, me detuve en el primer bar que encontré abierto. Aparqué y me bajé y cuando me senté en la barra y pedí un whisky comencé a reír antes de llevármelo a los labios y beber el primer trago.

Comenzaba a entender el porqué de la actitud de mi hermana.

Después, me lo bebí de un trago.

Capítulo 12

No estaba segura de lo que estaba haciendo en ese momento. Sabía, incluso cuando me metí en la caliente y protectora cabina de la camioneta tambaleándome y mi mirada borrosa trataba de enfocar la carretera correctamente, que no debía arrancar el coche, pero en mi estado de embriaguez no era capaz de razonar correctamente y optar por llamar a alguien para que viniera a buscarme.

O puede que aún no estuviera lo suficientemente borracha como para no acordarme de la discusión que había tenido con mi madre... No, discusión no. Acaba de entender qué había pasado con mi hermana y aún no conseguía asimilar como mis padres, los propios seres que habían traído a la vida a Sally habían estado de acuerdo con lo que le había pasado. ¿Pero por qué? Eso era algo que se me escapaba y más que se me escurría del hilo aún cuerdo de mi cerebro. ¿Una secta? Sí, había crecido con unas ideologías bastante particulares pero hasta donde recordaba y comprendía de ellas, excepto por la estrecha comunidad que era aquel pueblo, me parecía algo completamente inofensivo.

Hasta ahora.

Arranqué y eché torpemente marcha atrás hasta situarme en la carretera y agradecí —muy en el fondo de mi mente ebria, en aquel lugar donde aún quedaba un pequeño chispazo de luz y que amenazaba con fundirse de un momento a otro— que la carretera estuviera desierta. Estaba casi segura que conducía por mi carril pero había ligeros momentos en los que hubiera jurado que mi reducida visión divisaba la línea en entre las dos ruedas delanteras de la camioneta.

Mientras conducía, notaba como las lágrimas y la rabia se mezclaban con el dolor y la tristeza, pero todo eran sentimientos lejanos, tan ausentes y aislados como los relámpagos que iluminaban ocasionalmente el cielo nocturno.

No sé si en algún momento pensé en la dirección que tomaba. Si me

hubieran preguntado horas después, no hubiera podido responder, ya que un enorme vacío pareció fundirse en mi cerebro, como un fusil que explotaba y dejaba de funcionar, pero antes de darme cuenta me encontraba frente a la hilera de apartamentos uniformes a las afueras del pueblo.

Estacioné el coche en el aparcamiento, junto a un Toyota azul, rozando peligrosamente su puerta trasera y me bajé dando tumbos. La luz en la casa del encargado estaba encendida y una nueva oleada de rabia y odio me inundó como el nuevo relámpago que iluminó mi cabeza por unos segundos de manera silenciosa.

—Hijo de puta —me escuché decir con voz pastosa y caminé tambaleándome unos metros hacia la casa, pero una piedra —o un bordillo, ya que no estaba segura de lo que fue—, se interpuso en mi camino y en mi determinada decisión e hizo que decidiera postergar mi venganza para otro momento y me di la vuelta, caminando igual de insegura hasta el apartamento donde vivía Peter y me aplasté a la puerta, dando un golpe seco en ella con la frente y comencé a dejar escapar gritos desde el fondo de mi garganta en los que estaba segura que se entendía bastante el nombre de Peter y el ábreme con una voz de ultratumba.

La posibilidad de que las luces apagadas significaran que Peter no estaba en casa o que tuviera compañía ni siquiera significaba en mi diccionario en ese momento. Para mí, Peter estaba en casa y solo.

—¡Peteeeeer! —chillé escandalosamente—. Ábreme —supliqué entre un ataque de risa mientras me deslizaba por la puerta hasta el suelo y hundía la cabeza entre las rodillas—. Abreee la puerta, Peter...

Ya me estaba quedando dormida cuando la puerta se abrió bruscamente y mi espalda cedió completamente, haciendo que perdiera la inestabilidad y me caí hacia atrás y hubiera terminado tumbada en el suelo del pasillo si no hubiera terminado apoyada en las piernas de alguien.

Levanté el cuello y miré desde mi altura la mayor parte del cuerpo de Peter e intenté enfocarme en su mirada verde que me observaba desde arriba, pero mi visión se nubló y decidí fijarme en algo más grande, como su pecho desnudo, en la línea de la cinturilla del pantalón del pijama que bajaba peligrosamente de la cadera y me escuché a mí misma protestando cuando sus

brazos fuertes me agarraron de los brazos y tiraron de mí, obligándome a levantarme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió saber Peter, cerrando la puerta en cuanto consiguió dejarme en la pared de la entrada.

—No es justo —aseguré con voz apagada, chasqueando continuamente la lengua por el alcohol.

—Y encima borracha, ¿ha sucedido algo? —Peter se asomó a la ventana, corriendo las cortinas para inspeccionar el exterior, pero mi atención seguía exclusivamente en que el suelo dejara de moverse bajo mis pies y en la marca de la goma de los calzoncillos que Peter usaba, marcándole la piel. Me relamí involuntariamente justo cuando él se giraba a mirarme—. ¿Has conducido tú hasta aquí en ese estado?

Me encogí de hombros o al menos lo intenté, pero las paredes comenzaron a moverse y me agarré a ellas para controlar el mareo antes de echarme a reír.

—Dile a todo que deje de moverse.

Ni siquiera presté atención a la manera que Peter enarcaba una ceja, irritado, y se cruzaba de brazos.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

Volví a hacer otro intento de encogerme de hombros.

—Quería verte —aseguré, y realmente no mentía, pero mi cabeza estaba demasiado nublada por el alcohol para entender muy bien lo que estaba haciendo—. Contigo me siento segura.

—¿Segura? —Incluso en mi estado noté el tono amargo de la voz de Peter—. Ve a casa. Allí sí estarás segura.

—¡No! —chillé, negando tan fuerte con la cabeza que comencé a tambalearme y Peter acudió a sostenerme antes de que volviera a caer al suelo—. Quiero estar contigo.

—Vale, de acuerdo —aceptó él, posiblemente aceptando que era imposible razonar con un borracho—. Duerme un rato y vete a casa.

—No voy a volver a casa —aseguré una vez mi cabeza tocó una almohada. La almohada de Peter—. ¿Tenías planes para esta noche? —musité tras unos minutos de pausa—. ¿Te he fastidiado la velada con alguna mujer?

—¿Importa? —dijo él con un suspiro.

—A mí sí —murmuré, levantándome y sentándome en la cama. La habitación se movía mucho, pero podía controlarlo si me concentraba—. Te quiero desde niña.

Esta vez, Peter sí me miró y no necesité levantar la mirada para ver que lo hacía. Podía sentir fija en mí la intensidad de su mirada, el calor de sus ojos atravesándome.

—Odiaba a tu padre y siempre quería hablarte a ti y a Kelly... pero nunca me atreví. Sólo os observaba por la ventana de mi habitación... Nunca tuve valor —murmuré, bajando cada vez más la mirada—, y aquella noche me asusté muchísimo.

—¿Aquella noche? —se interesó él, sin levantar realmente la voz.

—Os estaba dando una paliza a ti y a tu madre... —los recuerdos de aquel día me inundaron y apreté los puños, furiosa, pero más furiosa por no haber tenido el coraje de enfrentar mi propio temor. Tal vez si lo hubiera hecho, Peter y yo ahora... Y, por supuesto, Kelly y Sally estarían vivas...—, me alteré y fui a vuestra casa. No sabía que hacer —solté un bufido, pretendiendo que fuera una risa—, no sabía que hacer... —repetí—, pero ví aquella botella y sin pensarlo le golpeé con todas mis fuerzas a tu padre.

Esta vez sí me eché a reír, pero era una risa amarga, desagradable y sentí como las lágrimas se deslizaban por mis mejillas y me las limpié bruscamente con la manga.

—¿Fuiste tú?

Finalmente miré a Peter que me observaba sin moverse, pero parecía sorprendido con todo lo que le estaba contando.

—Salí corriendo creyendo que lo había matado...

—Te seguí.

—Tenía mucho miedo de haberme convertido en una asesina.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Decidí no involucrarme nunca con vosotros, alejarme y hacer que no existíais... Peter... no sabes cuanto lo lamento... Mi vida ha sido una farsa desde entonces... y ahora, Sally, Kelly...

Volví a limpiarme las lagrimas y me levanté, consiguiendo hacerlo en el segundo intento y caminé hasta él. Durante unos segundos tan solo permanecí

frente a él, enfocando la visión de su rostro, la forma de sus ojos, el recorrido de su barbilla y sus apetecibles labios, pero también deslicé mi mirada por su cuello, su torso desnudo y dejé sin pensar mis manos sobre su cadera, rozando la línea donde se encontraba la cinturilla del pantalón de su pijama.

—¿Qué estás haciendo? —Peter agarró mis manos antes de que pudiera bajarle el pantalón y apartó mis manos de su cuerpo.

—¿No me deseas ni un poco? —solté, molesta, soltándome y volví a tocarlo, tirando de la goma del pijama y el calzoncillo—. Y si solo me odias, piensa que soy otra persona, cualquiera de las chicas con las que sueles estar —La chica del otro día...

—No sabes lo que estás diciendo —rugió Peter con voz ronca, tratando de detenerme—. Y mucho menos lo que estás haciendo.

—Sé lo que quiero, y es suficiente —dije, deslizando la mano que volví a soltarme de él, por todo su torso, acariciando sus pezones antes de que él volviera a agarrármela—. Te quiero a ti.

Peter volvió a agarrarme de las manos, sujetándome por las muñecas y yo traté de liberarme, zarandeando con fuerza y tropecé con algo que había en el suelo, cayendo. Peter abrió mucho los ojos, sorprendido y me soltó para agarrarme e impedir la caída pero en vez de conseguir sujetarme, tiré de él, asustada y los dos terminamos sobre la cama. Hice una mueca de dolor.

—¡Ay! —protesté, llevándome una mano a la frente, de pronto demasiado espabilada para todo el alcohol que había estado tragando.

Lentamente me aparté la mano de la cabeza y lacé una ceja, mirando a Peter sobre mí que se incorporaba, sin levantarse realmente de entre mis piernas.

—¿Te has vuelto loca?

Lo miré desafiante.

—¿No te sirvo como mujer?

Peter me miró con una extraña expresión en los ojos y por un momento lo vi dudar antes de levantarse.

—No creo que se trate de si me vales o no como mujer.

—¿Entonces dónde está el problema?

—¿Por qué ahora?

Lo miré alucinada.

—¿Ahora?

—No creo que de pronto me desees hasta el punto de echarte encima de mí.

Seguí mirándolo alucinada.

—No, de hecho me has gustado siempre.

—Ya, lo demostraste muy bien.

—¿No te acabo de decir...?

—Sí, lo escuché, pero ahora vete.

—¿Qué me vaya?

Era increíble y posiblemente el primer tío al que una mujer se le insinuaba que decía que no. Me crucé de brazos, furiosa, sentándome en la cama, pero me arrepentí inmediatamente después de haberlo hecho de forma tan brusca.

—Quiero que te vayas. Vete a casa y enfría tu cabeza.

—A darme una ducha fría querrás decir —solté., mirando descaradamente su cuerpo.

Peter no lo pasó por alto, pero no trató de ir a buscar algo para ponerse. Se limitó a observarme con los brazos cruzados.

—Lo que quieras, pero vete a casa.

Me levanté molesta y pasé por su lado, aún más furiosa y me detuve a su altura. ¿Así que cualquier mujer era apropiada para compartir su cama pero no yo?

—Vale, me iré si tanto te molesto. Así puedes llamar a cualquiera a que venga a complacerte.

—Si lo necesito es lo que haré —soltó él cruelmente.

Apreté los puños y noté como me rechinaban los dientes.

—Pero no me iré a casa. No porque a ti no te parezca deseable no significa que no se lo parezca a otros hombres. Iré a buscar a Greg. Nos hemos encontrado varias veces y, al menos él, no parece despreciarme tanto. Posiblemente él si quiera pasar la noche conmigo.

Era evidente que antes prefería pasar la noche en una alcantarilla que con ese hombre y más desde lo que sabía. Además, que ni me gustaba y me daba miedo, pero era sólo una manera de desquitarme del desprecio de Peter, pero

no esperé tampoco su reacción. Peter me agarró con fuerza del brazo, impidiendo que pudiera salir y trastabillé antes de caer sobre sus brazos, sin prepararme a la manera que me agarró del cuello y me besó con fuerza, atrapándome la boca casi con violencia.

No lo dudé. Pasé los brazos por sus hombros y me apreté con fuerza titánica a su cuerpo, empujándolo contra uno de los muebles y seguimos besándonos y quitándonos la ropa mientras alcanzábamos la cama y me empujó sobre ella, sin delicadeza y siguió besándome y acariciándome de la misma manera, atrapando entre sus dedos mis pechos, pellizcando mis pezones y arrancando de lo más profundo de mi garganta gemidos de placer hasta que su mano descendió hasta mi vientre y comenzó a explorar el rincón más íntimo de mi cuerpo, penetrándome con o los dedos, increíblemente suave hasta que me vi a mí misma moviendo las caderas, pidiendo más.

—Relájate —pidió Peter en mi oído.

Sólo respondí con un gruñido y noté la risa de Peter, arrancándome una sonrisa, pero ésta se ahogó cuando Peter me penetró, arrancándome un grito de placer y entrelacé las piernas en su cintura mientras él me embestía una y otra vez, arrastrando mi espalda sobre la cama hasta que los dos alcanzamos el orgasmo y tras un segundo en los que los dos nos calmamos, Peter se apartó, tumbándose a mi lado.

—Mierda —murmuró, llevándose una mano a la frente.

Lo escuché como un chorro de agua fría sobre mí y me incorporé un poco, mirándolo enfadada.

—¿Mierda? —grité, incrédula—. Hacía un momento no era eso lo que te parecía, ¿no?

No podía creerlo. Aquello ya era lo que me faltaba para sentirme completamente humillada. ¿Así que ahora se arrepentía?

—No había planeado esto —murmuró, sin moverse.

—¡No me jodas, Peter!

—Estás borracha. Luego serás tú quien te arrepientas.

Lo miré aún más alucinada que antes y más confusa.

—¿Exactamente qué es lo que estás intentando decir?

Peter se tomó su tiempo en apartar la mano de la frente y girar el cuello

para mirarme, durando los ojos en mi rostro el segundo que tardó en bajarlos hasta mis pechos.

Enarqué con más fuerza las cejas.

—No es la manera en la que había imaginado hacerlo contigo.

Oh, bueno...

—¿Entonces sí habías imaginado hacerlo conmigo?

Peter volvió a levantar los ojos hasta los míos.

—Sí —se sinceró—. Pero no con una borracha que no sabe ni lo que hace.

—Estoy perfectamente sobria y sé muy bien lo que hago y a lo que venía realmente —solté sin pudor, tan descaradamente que ni yo misma me reconocía.

En realidad era tal y como tenía que haber sido desde siempre. No fingir, no tratar de ser otra persona, pero aunque ya era demasiado tarde para proteger a quienes quería, al menos, no dejaría que lo que me importaba en ese momento también se alejara de mí sin luchar por ello.

En eso se encontraba Peter.

Y saber la verdad sobre mi hermana. Era lo único que podía hacer ya por ella, pero al menos, eso era lo que pretendía hacer.

Sorprendiéndome, la mano de Peter me sacó de mis pensamientos, devolviéndome a la realidad del momento, con quien me encontraba y lo que acababa de hacer en su cama. Peter me acarició con cuidado la mejilla y me besó dulcemente en los labios, un instante.

—Te quiero —susurró—. Desde hace mucho tiempo.

Su confesión me pilló por sorpresa y noté como algo revoloteaba dentro de mi estómago y sonreí como una tonta.

—Ni te imaginas cuanto tiempo llevo negándome a quererte —me burlé, haciendo que Peter sonriera.

—Me costaba verlo. Eras una maldita bruja.

Entrecerré los ojos con fingido enfado.

—¿Y estabas enamorado de esa bruja?

—También te odié mucho.

Peter apartó la mirada y supe que no mentía. No lo culpé. No podía hacerlo. Sabía que me había comportado como una auténtica zorra en la época

del instituto.

—Pero ahora me quieres, ¿no? —insistí cabezota.

Peter sonrió con una sombra en los ojos.

—Sí, aunque duele verte.

—Peter... —murmuré, apoyando una mano sobre su hombro sin saber qué decir.

Peter se giró a mirarme, bajando los ojos directamente a mis pechos.

—Claro que duele —aseguró—. Como no te pongas algo de ropa, pienso violarte.

Lo miré sorprendida y luego me eché a reír, tumbándome en la cama y abriendo las piernas desnudas como una invitación.

—A esto no se le puede llamar violación.

Peter sonrió de nuevo y tardó sólo unos segundos en sentarse sobre mí, entreabriéndome un poco más las piernas con una de sus rodillas.

—No había planeado esto —murmuró.

—Pero yo sí —aseguró él, pasando una mano por sus hombros para obligarlo a besarme.

Capítulo 13

Me crucé de brazos en la puerta de la cocina, mirando como Peter hablaba con dos desconocidos sentados alrededor de su mesa.

Ni siquiera los había oído entrar pero no parecieron muy sorprendidos cuando me asomé por la puerta y ellos se limitaron a mirarme, enmudeciendo y tras echar un vistazo a Peter que asintió con la cabeza, continuaron hablando como si yo no me encontrase allí.

Traté de no darle demasiada importancia al hecho de que Peter no me hubiera presentado a su amigo y sobre todo a la despampanante rubia de labios rojos y sensuales que no dejaba de mirarlo.

—No son buenas noticias, Peter.

—Debe estar en algún lado. Si no está muerto, posiblemente esté escondido no muy lejos de aquí.

—Puede que lo escondan...

—Aún así. Tengo que dar con él.

—¿Y por qué no dejas tu venganza de lado y empiezas una nueva vida?

Miré con odio como la chica ponía una de sus bronceadas manos sobre al de Peter y me mordí la lengua para no hacer una observación mordaz. Que me hubieran encontrado a medio vestir paseándome por la casa de Peter no decía mucho de mí... O puedo que dijera todo, ya que esa era una manera de marcar territorio, ¿o no?

—No es solo por Kelly —Ahí sí agudicé el oído—. Son demasiadas muertes que carga este lugar en sus espaldas. ¿Cuántas más muertes tiene que haber para que alguien decida hacer algo?

—Es una secta, Peter, y tú también terminarás muerto si sigues investigando. Lo sabes —El hombre se levantó y arrastró la silla para dejarla dentro de la mesa antes de girarse a mirarme—. Lo mismo va para ti, señorita. Abandonad este pueblo mientras aún podáis. Si deciden que vuestra vida es un riesgo, os mataran. A los dos. Como a vuestras hermanas.

—¿Qué sabían ellas? —me interesé con un nudo en el estómago, olvidando

mi rabia de hacía un momento hacia la chica que se tomaba demasiadas libertades—. ¿Qué sabían para que las hicieran lo que las hicieron y las matasen?

El hombre pasó por mi lado y me dio varios golpecitos en el hombro.

—Buscaban respuestas. Y eso aquí está prohibido. Ya deberíais saberlo.

Miré como los dos salían por la puerta y esperé unos segundos para encarame con Peter que parecía absorto en unos papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Quienes son?

—Unos amigos.

Enarqué una ceja pero Peter no me miraba.

—¿También ella?

Esta vez sí me miró.

—También —y suspiró—. A él lo conocí en prisión. Le salvé la vida y prometió devolverme el favor. Su hermana es abogada y periodista.

Asentí despacio con la cabeza, acercándome aún más lentamente hacia él y los papeles que tenía sobre la mesa.

—¿A quién estás buscando?

—A mi padre.

—¿Para matarlo?

Su mirada se endureció pero desvió los ojos, fijando su atención en los papeles.

—¿Ves esto?

No había respondido mi pregunta.

—Sí, ¿qué es?

—La casa donde vive, Therton.

Miré el lugar donde Peter señalaba en el mapa. Era una ladera y lo que recordaba de ella era que estaba bien sitiada con una valla protectora; una alambrada fortificada con un enorme letrero que ponía propiedad privada. Levanté la mirada hacia Peter.

—¿La casa del anciano Robert Therton?

No lo recordaba demasiado, pero si lo tenía que relacionar con algo, era que siempre lo había visto de niña hablando con mis padres, visitándonos en

alguna ocasión y con su sonrisa amable mientras decía que no nos desviáramos del camino.

—El líder de la secta. El que da las ordenes, Ashley.

Lo miré asombrada.

—¿Hablas en serio? —No podía creérmelo—. Pero ni siquiera es quien preside en la parroquia.

—Me lo dijo Sally —reconoció él, sin mirarme, haciendo que algo en mi pecho se encogiera.

—¿Mi hermana?

—Ellas lo averiguaron... dijo que fue un día antes de que las acorralaran, las violaran y las torturaran.

Sentí un estremecimiento y apreté las manos sobre el borde de la mesa.

—¿Sabes...? —me humedecí los labios, de pronto los notaba demasiados secos y me faltaba la respiración—. ¿Sabes lo que les pasó?

Peter tardó en levantar la cabeza pero cuando lo hizo, no me miró. Se apartó de la mesa y caminó solo unos metros hasta un mueble que había apoyado en una pared. Abrió uno de los cajones y sacó algo de él, pero después de volver a cerrarlo tardó un momento antes de girarse y caminar de nuevo hacía la mesa, tirando un sobre grande sobre ella, en mi dirección.

—Gisele, la chica que acaba de irse, me consiguió las fotos y los informes. Es duro... pero si quieres verlo, ahí lo tienes.

Se apartó de la mesa y escuché como se encerraba en la habitación. No sé si realmente lo hizo para darme un momento de privacidad con aquello que había dentro de aquel sobre o si Peter no quería volver a verlo. No sabía cual de las dos opciones era y me daba igual.

Levanté una mano, notando el temblor de ella mientras agarraba el sobre y como si estuviera segura que lo necesitaría, me senté en una de las sillas antes de abrirlo y dejar que las fotos y los papeles cayeran en la mesa y el contenido, la horrible visión quedara plasmada ante mis ojos.

No sólo fueron las fotos, la visión espantosa del horror que mi hermana había tenido que soportar, las mutaciones que había sufrido Kelly o la sangre que había quedado en el suelo, empapando la tierra y la hierba, sino que noté involuntariamente como mis dedos estrujaban la hoja donde estaba el informe

con las palabras de Sally, su testimonio y el nombre de las cuatro personas que las habían violado y torturado.

Sentí deseos de vomitar.

Dos de los nombres no los conocía, o no creía conocerlos en ese momento, pero el nombre de Greg y el padre de Kelly y Peter se clavaron en mi cabeza como una puñalada.

No podía ser cierto.

Me levanté de golpe, notando como las lagrimas se deslizaban por mis mejillas y me acerqué a la puerta de la habitación. Dudé unos segundos antes de abrir la puerta y busqué con la mirada vidriosa a Peter, cerca de la ventana, con los pensamientos perdidos en algún punto de sus recuerdos.

—Vas a matar a tu padre —dije, aunque esta vez no fue una pregunta.

—No sé lo que realmente voy a hacer cuando lo encuentre —reconoció con voz débil—. Pero si no puedo tener justicia, al menos tendré venganza.

No mentía y no lo discutí. Yo estaba allí para lo mismo.

—No planeas quedarte ahí, ¿verdad?

—Este lugar está corrompido, Ash. Las muertes, las torturas, los castigos... Todo tiene que terminar y sólo hay una manera.

Finalmente me miró y yo me perdí en sus ojos, un alma oscura y atormentada y me moví sin pensar hasta rodearlo con mis brazos.

—No estás solo, Peter.

—No quería involucrarte en esto.

—No me has involucrado tú. Lo he hecho yo sola.

—Voy a terminar con esto —No me aparté de él y le obligué a sepultar la cabeza sobre mi pecho, ignorando mis propias lagrimas que descendían abrasadoras por mis mejillas—. He vuelto para acabar con la maldita corrupción que hay en este lugar.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Siempre hay un cabecilla, el líder. Tengo que acercarme lo suficiente como para acabar con él.

—Con Robert Therton.

Peter asintió con la cabeza.

—Y con sus cómplices, aquellos que se encargan de cumplir sus órdenes.

—¿Y el resto? —murmuré en un hilo de voz, acordándome de mis padres.

—El resto no me interesa. Aunque todos hayan participado de una manera indirecta en las atrocidades que han llevado acabo, son en parte inocentes. Les han lavado el cerebro y posiblemente lo que necesitan es ayuda.

Esta vez fui yo la que asentí, odiándome al saber que aún me importaban mis padres lo suficiente como para sentirme aliviada de que éstos no fueran a sufrir nada.

—¿Y cómo has pensado hacerlo?

Peter me apartó con cuidado y me miró receloso. Me crucé de brazos a la defensiva.

—No creo que...

—Estoy metida en esto tanto como tú —solté, molesta—. Han matado a Hellen delante de mis ojos; me están investigando, desconfían de mí. Greg me persigue —respiré hondo, sin dejar de mirarlo ni intimidarme por la manera que Peter entrecerraba los ojos—. Y Sally era mi hermana. Yo también perdí una.

Peter guardó silencio unos segundos y luego fue él quien me estrechó entre sus brazos. No me opuse. Me gustaba sentirme protegida entre aquellos fuertes brazos.

—De acuerdo.

—Vale.

—Pero...

—Sin peros —protesté de nuevo a la defensiva.

—Pero si se pone peligroso, te irás.

—No, no lo haré a menos que los dos nos pongamos juntos a salvos.

Peter me apartó, agarrándome por los hombros para poder mirarme.

—Eso es...

—Mi decisión. Además —añadí sin darle la oportunidad de hablar—. Tanto si estamos juntos como si no, pienso luchar por mi cuenta. Tú decides.

Escuché como Peter gruñía.

—Está bien —aceptó de mal humor—. No sabía que fueras tan cabezota.

—Eso es porque sabes poco de mí.

Él hizo una mueca y yo sonreí.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —me interesé.

—Tengo ciertos contactos que me van a ayudar. La idea principal es desenmascarar a Therton y que la policía fuera de aquí conozca lo que está sucediendo. Tengo varia información, diversos casos de asesinatos, torturas, violaciones... de varios años que han sido archivados incluso conociendo al culpable. Son copias que fueron salvadas por gente que por miedo no hacían nada pero que no estaban contentas con lo que estaba sucediendo. Gracias a ellos tengo recopilada la información.

—¿Por qué no la has enviado ya a la policía?

—Porque no confío en la gente, Ash. ¿De verdad crees que no hay gente en el exterior implicada para que aún no se haya infiltrado algo de lo que sucede aquí? Es imposible.

—¿Y a quién se la vas a mandar?

—Estoy esperando a que me llamen con ciertos datos que pedí. Mientras, tendré que pensar en hacer algo con Therton... y con la policía de aquí.

Sentí un nuevo escalofrío.

—Todos están implicados, ¿verdad?

—Todos han sido seleccionados con las ideologías de Therton, sí. Y lo hacen muy bien.

—¿Y testigos? ¿No crees que puede haber alguien en el pueblo que esté dispuesto a hablar?

—No. No lo harán por miedo.

Puse mala cara y pensé en mi padre. ¿No había estado muy extraño desde la muerte de Sally? Él no había reaccionado como mi madre, más bien era como si soportara sobre sus hombros una carga muy pesada.

—Yo creo que puede haber alguien que nos ayudaría.

—Sea quien sea no lo hagas —cortó Peter sin terminar de escucharme.

—Pero...

—No. Nadie de aquí nos ayudará.

—¿Y Hellen?

—Y está muerta.

Me crucé de brazos, sopesando la posibilidad de que a mi padre le sucediera lo mismo que a Hellen.

—De acuerdo. ¿Entonces qué tal si yo me hago pasar como que estoy a favor de lo que ocurre aquí?

—¿Qué? —Peter me miró horrorizado—. ¿Te has vuelto loca?

No necesitaba explicarme más. Él había entendido perfectamente lo que pretendía hacer.

Me convertiría en uno de ellos.

Capítulo 14

—Cariño, Greg te está esperando abajo.

Escuché las palabras de mi madre con un nudo en el estómago mientras terminaba de maquillarme y tuve que corregir el lápiz de labios para limpiar una exagerada línea que delineaba hacia mi barbilla.

—Fue mi decisión.

Respiré hondo mientras me miraba por última vez en el espejo.

Sabía como fingir. Lo había hecho la mayor parte de mi vida en aquel maldito lugar pero tras seis meses, comenzaba a necesitar mirarme varias veces en el espejo y recordar quien era por miedo a terminar perdiéndome a mí misma.

Desde aquel día no había vuelto a ver a Peter.

Peter se había negado rotundamente a aceptar que yo hiciera aquel papel, que me involucrara de esa manera y yo me había ido, decidida a hacerlo. Cuando había vuelto aquella noche a su apartamento; éste estaba completamente vacío.

Estaba segura que Peter no había decidido abandonar la idea de vengarse, de buscar justicia y acabar con aquello que estaba envolviendo aquel lugar en las sombras, pero a medida que el tiempo pasaba, mi desesperación crecía al no verlo, ¿y si se había enfadado al punto de que había preferido largarse y abandonarme?

Sentí pánico y me detuve en las escaleras, sin llegar a la cocina donde se escuchaban las voces de mi madre y Greg y desvié la cabeza hacia el despacho de mi padre, al otro lado. La actitud de mi padre no había cambiado en todo ese tiempo y parecía que cada día sucumbía más a la depresión. Algunas veces estaba segura que mi cambio de comportamiento, bien elaborado, transformándome poco a poco, como si hubiera meditado apropiadamente, como si hubiera visto las cosas de otra manera, le afectaba demasiado, como si no quisiera que me convirtiera en uno más de la enferma secta que había en aquel pueblo.

Aparté la cabeza.

No, no, no podía rendirme aún. Peter no me había abandonado. Incluso aunque no nos conocíamos mucho, aunque nuestra relación hubiera sido efímera, había percibido sus sentimientos, la integridad de éstos y sabía que él no me dejaría por una chiquillada. Y aunque así fuera, yo no estaba tan dispuesta a dejarlo ir.

Bajé el tramo de escaleras que me quedaba y entré en la cocina tras respirar hondo de nuevo.

—Ashley, estás preciosa.

Comenzaba a hartarme del saludo de Greg.

Todos los días, desde que había comenzado a transformarme a lo que mi madre quería que fuera, a la que yo había sido en tiempos pasados, antes de abandonar el pueblo, Greg había venido a casa, ya fuera a buscarme, ya fuera a verme o saludarme y siempre decía lo mismo al verme, como si sus palabras me importasen algo.

—Gracias, Greg —dije con una sonrisa radiante—. ¿Y a qué se debe hoy tu visita?

Me acerqué a la mesa y acepté la taza de café que me dio mi madre, encantada.

Sí, era curioso, pero mi madre volvía a parecer más joven, más feliz. Sobre todo desde que no se mencionaba a Sally en aquella casa. Realmente comenzaba a creer que mi hermana no había existido nunca.

Traté de borrar esos pensamientos. No eran beneficiosos en esos momentos cuando su recuerdo podían hacerme languidecer.

—¿Tiene que haber algún motivo para que quiera ver a mi novia?

Sentí como se me contraía el estómago y estuve a punto de borrar la sonrisa, de golpe, espantada, pero agarré con fuerza la taza y mantuve la sonrisa.

—¿Tu novia? ¿No he tenido noticias de eso? —me hice la inocente, ocultando desesperadamente la angustia que me producía esa sola palabra.

—Qué divertida eres —sentí como Greg se acercaba a mí y me daba un beso en la mejilla, rodeándome la cintura con una mano y resistí el impulso de alejarme de él.

—Vaya —musité, mostrándome encantada.

—¿No es maravilloso, querida?

Sonreí a mi madre, odiándola un poco más por decir esas simples palabras cuando sabía que ese hombre que acababa de sugerir salir conmigo había violado, golpeado y matado a mi hermana.

Puede que no fuera el verdugo directo de Sally pero para mí, la noche en que Kelly murió, también aquel hombre había matado a mi hermana.

—Es genial, sí.

—Deberíamos decírselo a tu padre.

—¡No! —impedí que mi madre saliera de la cocina en busca de mi padre a su despacho—. Está ocupado con sus cosas —dije rápidamente cuando los dos me miraron alarmados por mi grito—. Dejémoslo ahora tranquilo.

—Claro, ¿por qué no? —musitó mi madre, dejando que la puerta se cerrara.

—He venido a buscarte —continuó Greg como si no hubiera pasado nada, obligándome a girarme para mirarlo.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Tengo planes para nosotros hoy.

—¿Sí? —insistí desconfiada.

Miré de reojo a mi madre. Seguía encantada, tal vez más entusiasmada que de costumbre y sentí un mal presentimiento pero volví a obligarme a sonreír.

—Vamos. Tenemos una cita con alguien.

Dejé que Greg tirara de mí fuera de la casa y miré un momento la puerta cerrada del despacho de mi padre antes de caminar voluntariamente hacia el coche patrulla de Greg donde me senté a su lado y me puse el cinturón de seguridad, mirando la carretera con ansiedad.

No me sentía cómoda con él y esos eran los peores momentos, los que mas me costaba fingir lo que no era.

—Pareces nerviosa —comentó Greg cuando habían pasado cinco minutos desde que había perdido la casa de mis padres de vista.

Giré el cuello para mirarlo.

—¿Lo parezco?

—Sí. Te ves tensa.

Puso una mano sobre mi pierna y bajé los ojos para mirarla, recordándome que estaba fingiendo y que cualquier cosa lo echaría a perder todo el esfuerzo que había hecho esos meses.

—Tengo mucha curiosidad por saber a donde me llevas, ¿por qué no me lo dices?

—Bueno... ¿de verdad quieres saberlo?

—Sí, claro que sí.

Greg sonrió y yo sentí náuseas. La imagen de mi hermana violada y cubierta de sangre me azotó de golpe y contuve las imperiosas ganas de llevarme una mano a la boca y controlar las náuseas.

—Vamos a la residencia del reverendo Therton.

Giré el cuello de golpe para mirarlo.

—¿Qué?

Greg también me miró, expectante, incluso parecía complacido por mi reacción y me di cuenta que había borrado la sonrisa.

—Sorprendida, ¿eh?

Lo había llamado reverendo.

—¿Por qué...?

—Quiero que nos casemos —continuó él como si tal cosa, incapaz de impedir que mi nariz hiciera una mueca de asco pero me mordí la lengua—. Se lo he estado comentando este tiempo y me dijo que debíamos esperar para ver si estabas preparada... por todo lo ocurrido a tu llegada, pero lo consideramos normal por culpa de la muerte de Sally. Una pena, la verdad —sólo lo escuché a medias, guardando muy profundo cada una de las palabras que Greg decía de Sally—. Se le advirtió tantas veces de que dejara de andar con esa fulana de Kelly Kersson pero no nos escuchaba. Incluso le dimos una lección para que aprendiera algo... —¿Una lección? Apreté con fuerza los puños en mi regazo, conteniendo la bilis en mi garganta mientras la sucesión de imágenes pasaba por mi cabeza—, pero no, ella siguió y siguió —el tono de Greg se hizo más fuerte, más profundo, más cargado de odio y violencia y sentí miedo—. Pero ya nadie puede interponerse entre nuestra fe y los paganos esos, ¿no et parece?

Greg volvió a mirarme y durante unos segundos traté de memorizar cómo se creaba una sonrisa, la largura que tenía que tener la mueca en mis labios

para que ésta no pareciera falsa pero, aún así, estaba segura que ésta no alcanzó a mis ojos, pero si Greg llegó a verlo, lo ignoró muy bien, conformándose con lo que yo mostraba.

—El reverendo quiere verte —dijo de nuevo, satisfecho—. Quiere asegurarse que tú estas dentro de nuestro grupo —volvió a mirarme—. Porque lo estás, ¿verdad?

Tragué con dificultad. Los latidos del corazón resonaban en mi cabeza y me sentí desfallecer.

Volví a sonreír.

—No conozco otra cosa —dije, resultando convincente—. Claro que lo estoy.

Puede que no sonase tampoco muy convincente pero Greg lo dio por valido, algo que sabía que seguramente Robert Therton no lo haría. Ese hombre tenía una mirada avispada, como si pudiera ver a través del alma de la persona y, por la manear que jugaba con la vida de las personas, estaba claro que debía creerse un Dios.

Permanecimos en silencio el resto del trayecto e incluso dejé que fuera Greg quien se bajara del coche y hablara con varios guardas para que nos abrieran la puerta de la valla que custodiaba la puerta al territorio del hombre que había convertido mi vida y la de muchos otros en un infierno.

Decir que estaba nerviosa era quedarse corto. Por primera vez desde que me había separado de Peter tomando esa decisión, tenía miedo. Miedo real, miedo a terminar como Sally, como Kelly o como Hellen, pero mientras veía la espalda de Greg, fuerte, alto, y recordaba a mi hermana, incluso a Kelly pequeñas, delgadas, las ganas de vomitar y el odio se incrementaban con más fuerzas y con ellas la determinación.

Incluso si mataba a Robert en aquel momento, incluso aunque con ello perdiera mi vida, me daría por satisfecha...

Satisfecha... no...

Miré como Greg caminaba de vuelta al coche y sonreía al verme mirarle.

No podía darme por satisfecha sin ver al menos a aquel hombre metido entre rejas, pagando todos sus delitos.

—Ya está todo solucionado —me informó, sentándose a mi lado.

—¿Algún problema?

—No —dijo, saludando a uno de los hombres con la mano—. Es sólo que el reverendo no suele aceptar muchas visitas aquí.

Lo miré con interés.

—Me daré por halagada —mascullé en voz baja, aunque no lo suficiente como para que Greg no lo oyera y sonriera contento.

—Eso es. Tienes que sentirte halagada. Eres uno de los pocos con el permiso de pisar el suelo santo de ese santuario.

Santuario... Aquello comenzaba a volverse paranoico. Pero era una secta, ¿qué esperaba?

La mansión del reverendo estaba varios kilómetros alejada de la entrada, oculta entre la espesura verde y misteriosa que crecía en aquel lugar, como otros muros que guardaban una fortaleza y realmente me pareció tan siniestra como un lugar salido de una lúgubre película de terror.

Sentí un escalofrío y sólo salí del coche cuando Greg lo hizo, imitándolo.

El paseo hasta la entrada era escaso y aún así, ni siquiera me sorprendí de encontrar más guardias custodiando la puerta principal. Si teníamos en cuenta la cantidad de personas que morían por sus deseos, aquel hombre tenía que tener muchos enemigos.

—No le gusta mucho que le hablen si él no ha dado permiso —explicó Greg en cuanto uno de los guardias nos dio el visto bueno y accedimos al hall de la casa.

—¿Cómo?

Miré a mi alrededor. La casa parecía la de alguien normal. Rica, tal vez, pero no había nada extraño. Muebles, alfombras, puertas acristaladas con bonitas decoraciones, suelos de madera, lamparas en los techos... No había ninguna mesa ritual donde se hiciera ritos satánicos. Sonreí con amargura. Hasta a mí me hubiera resultado ocurrente la observación si no hubiera estado tan asustada.

—No le hables a menos que él te haga una pregunta.

Miré a Greg y asentí con la cabeza. Encima aquel hombre resultaba ser o un machista o un imbécil. Si lo pensaba un poco, posiblemente era las dos cosas.

—Vale.

Casi no me moví de donde había clavado los pies en el hall y pude ver el recorrido que hizo el hombre ataviado en un traje negro con corbata a lo largo de toda la escaleras desde el primer piso.

—Greg, al fin habéis llegado —Dejé que el hombre me examinara con sus ojillos como ratas de un azul intenso hasta que me sonrió de manera desagradable—. Ashley, ¿verdad?

—Sí —musité, notando la rabia cargada en mi voz con una pizca de miedo—. Ese es mi nombre.

El hombre asintió con la cabeza y miró a Greg unos segundos.

Me estaban estudiando. Y resultaba irritante. Sobre todo porque no creía soportar mucho más una farsa con aquel hombre que posiblemente notaba que me desagradaba.

—Greg me ha dicho que os vais a casar...

—Aún no me lo ha propuesto —solté sin pensar, notando como un extraño silencio se creaba a nuestro alrededor y la realidad de la situación me golpeaba cuando Greg se acercó a mí en dos zancadas y me agarró del brazo con fuerza, tirando de mí.

—¿Qué demonios te pasa? No et eh dicho...

—Déjala —le interrumpió el reverendo, mirándome directamente con una sonrisa que daba escalofríos—. ¿Por qué no me acompañas un momento, querida?

—¿A dónde?

Mi recelo era evidente y no traté de ocultarlo. ¿Qué demonios había pretendido llegando hasta allí?

—Ve con él y no preguntes.

Miré a Greg con odio pero obedecí. Realmente no tenía muchas opciones. Si querían llevarme a cualquier sitio, sólo tenían que arrastrarme. No iba a suponer mi yo una gran amenaza para Greg o los guardias que había a mi alrededor.

Dejé que el reverendo me condujera por un enorme pasillo, al principio en silencio pero luego comenzó a hablar sobre Dios, sobre su papel, sobre lo que pretendía conseguir, sobre el mundo ideal que quería construir... y a medida

que más avanzábamos más nauseas sentía, como si pudiera oler la sangre, los cuerpos en descomposición de toda la gente que había muerto por su culpa.

—Puede que me consideres un monstruo.

Lo miré sorprendida y me detuve, asustada. ¿había dicho algo en voz alta?

—¿Qué? No...

El reverendo también se detuvo y me miró, manteniendo esa sonrisa.

—Sé que sabes lo de tu hermana, el por qué estás aquí... —Di un paso hacia atrás, pensando en las posibilidades que tenía de escapar de allí, pero como si él me estuviera leyendo la mente, negó con la cabeza—. No lo hagas. No merece la pena. Sígueme.

Y comenzó a caminar de nuevo, sin girarse, con la perturbadora sensación de que esperaba que lo siguiera.

Y lo seguí.

Sabía que él tenía razón. No podría salir de esa casa si él no me lo autorizaba... ¿Y si lo mataba? Podía golpearle su pequeña cabecita por detrás....

—Quiero darte una oportunidad. Siempre se la doy a todos. Sobre todos si estos vienen a mí por voluntad propia. Alguien lo hizo hace un tiempo. Vino a verme pidiendo respuestas y se las dí. Y lo comprendió. Vio en mis palabras la verdad de lo que quería construir y lo aceptó. Abrazó mi causa como la suya y ahora es mi hijo —se detuvo frente a una puerta y esperó a que lo alcanzase antes de continuar—. Me gustaría que este día también fuera un día de conversión para ti, querida.

—¿Qué?

No tuve oportunidad de decir nada más. El reverendo abrió las puertas y aunque por un momento la luz me cegó unos segundos, no tardé en ver claramente la habitación donde me encontraba. Un hermoso jardín lleno de flores parecía ser parte de una habitación cerrada llena e cristales.

Me maravillé, o al menos lo hubiera hecho si no hubiera sido demasiado consciente de mi situación y mis ojos solo buscaban una salida.

Pero no fue eso lo que encontraron.

Peter se encontraba de pie en mitad de aquel irreal paisaje, vestido de blanco, con unos pantalones de lino holgados y una camisa por encima.

Hablaba con alguien y parecía reír con entusiasmo.

Di un paso al frente, incrédula, negándome a ver lo que estaba viendo, olvidándome del hombre que tenía al lado y me detuve frente a él.

—Peter —musité, incrédula.

Peter dejó de hablar y se giró a mirarme. Era el rostro que conocía, los ojos que tantas veces me habían observado.... pero su sonrisa no era natural.

—Dime —escuché la voz del reverendo a mi lado pero no me giré a mirarlo—. ¿Te convertirás en mi hija, Ashley?

Ni siquiera traté de apartar la mirada de los ojos de Peter cuando respondí:

—Sí.

Capítulo 15

Miré a un lado y otro del pasillo, asegurándome que no había nadie por los alrededores y corrí de puntillas.

Llevaba un mes viviendo en la mansión del reverendo y no sabía nada de lo que sucedía fuera de aquel lugar y por no saber, no sabía ni lo que ocurría dentro.

Con Peter no había conseguido hablar ni una sola vez y cuando trataba de acercarme a él en las horas de las comidas, éste rechazaba mi compañía. Puede que lo hiciera suavemente y lleno de disculpas, pero siempre contundentemente y después de un par de semanas había dejado de intentarlo.

Me negaba a creer que Peter se hubiera convertido en un aliado del reverendo. Simplemente era imposible.

Aunque al principio había creído que tratarían de hacerme alguno lavado de cabeza, alguna cosa extraña que me hiciera perder mis sentidos... una droga, algún experimento nuevo, yo que sé, cualquier cosa, pero nada. No me habían hecho nada. Sólo me obligaban a ir a misa cada mañana, escuchaba al reverendo junto a los otros dieciséis hijos e hijas del reverendo, íbamos a desayunar y me sometían a diversas actividades y clases ... pero nada más. Era de alguna manera, un mundo ideal, de ensueño.

Pero yo no olvidaba tan fácil lo que era, lo que había sido y a las personas que había perdido.

Y me negaba a creer que había perdido a Peter.

Me remangué la falda blanca para asegurarme que no había nadie tras una esquina y cuando comprobé que el siguiente pasillo estaba vacío, caminé sigilosa hasta alcanzar una puerta donde había visto salir y entrar al reverendo y aquellos más cercanos a él cada día, varias veces, desde que estaba en aquella casa.

—Si hay algo importante tiene que estar en este cuarto —murmuré, pasando un alfiler por la cerradura.

No presté atención a mi alrededor. Sólo miré la cerradura, algo en

penumbras por la poca claridad que había en ese momento, y no vi como alguien se acercaba por la espalda y me agarraba por la cintura, tapándome la boca con otra mano mientras me arrastraba de allí y me encerraba en otra habitación, liberándome al fin para poder cerrar la puerta.

—¡No estaba....!

Sabía que no tenía mucho con lo que defenderme pero siempre podía intentarlo pero mis palabras se quedaron ahogadas en la garganta.

—No grites, ¿quieres que nos escuchen?

—¡Peter!

—¿Qué te he dicho?

Asentí con la cabeza, tapándome la boca con una mano para explicar que lo había entendido y me acerqué a él, rodeándole el cuello con los brazos pero sólo sentí alivio cuando sus manos me rodearon, estrechándome contra él.

—Estaba tan asustada.

—Yo me quedé de piedra cuando te vi —admitió él—, Creí que todo estaba perdido.

—¿Tú lo creíste? Imagina el infierno por el que he pasado sin saber nada de ti.

Peter me apartó con cuidado y me besó en la mejilla.

—No tuve opción.

—¿No tuviste?

—Cuando nos separamos hace meses, cuando saliste de mi casa, vinieron a buscarme. Tuve que huir pero me bloquearon las salidas así que solo se me ocurrió ir a buscar al reverendo. Si iba a morir...

—Sí, lo sé... —le interrumpí para que abreviara esa parte.

—Pero el reverendo se mostró muy receptivo. Él cree ciegamente en lo que hace. Cree que hace el bien, que todo lo que hace está justificado.

—Está loco.

—Lo sé —Peter asintió con la cabeza—. He averiguado muchas cosas Demasiadas quizás.

Una sombra oscureció aún más su mirada y sentí pánico de preguntarle pero apreté su brazo con mi mano, sacándole de sus pensamientos y me sonrió. Y por una vez desde que lo había vuelto a ver era una sonrisa de verdad.

—¿Has encontrado a tu padre?

—Está muerto.

Ni siquiera vaciló al responder.

—¿Lo has matado?

Tal vez mi voz sonó escandalizada pero realmente me faltaba poco para tener un ataque de histeria con todo el estrés y la ansiedad acumulada.

—No, claro que no —soltó Peter pero su voz no dejaba dudas. Si hubiera tenido la oportunidad, él mismo lo hubiera asesinado.

Me mordí la lengua. Tal vez no era el mejor momento para indagar sobre eso... y también me hacía una idea sobre lo que había sucedido.

—Peter, ¿qué hacemos ahora?

—El plan sigue siendo el mismo... Ya está todo arreglado. Mañana espérame en la puerta del jardín. Tendremos muy poco tiempo para escondernos antes de que la alarma de la policía entrando por la fuerza los haga reaccionar y busquen un culpable.

—¿Somos sospechosos?

—Somos los últimos en entrar y no sé los motivos de los demás, pero que nosotros tenemos eso es seguro.

—Además que saben que hemos estado investigándolos....

—Como sea —aceptó Peter—. Mañana a las siete de al mañana. Y sé puntual.

Asentí con la cabeza y dejé que Peter me abrazara de nuevo, apretándose con fuerza antes de soltarme y abrir la puerta, asegurándose que no había nadie por los alrededores y me hizo salir, acompañándome parte del camino a mi habitación antes de darme un último beso en la frente y caminar en la dirección opuesta.

Distraídamente me toqué la frente y sonreí como una tonta antes de borrarla de golpe y dirigirme todo lo deprisa posible a mi habitación.

El que la puerta estuviera completamente cerrada me indicó que alguien había estado en mi habitación. La había dejado medio cerrada, con la primera impresión de estar completamente cerrada pero con un pequeño trapo en la parte de abajo, impidiendo que se cerrara completamente.

El trapo no estaba.

Me levanté despacio y miré a mi alrededor.

Todo estaba en silencio, todo en penumbras.

Y una vez más sentí pánico.

Era curioso, pero esa sensación la llevaba teniendo mucho en los últimos meses.

Un ruido al otro lado el pasillo hizo que reaccionara y abriera la puerta casi inconscientemente, encontrándome cara a cara con Greg que estaba dentro de mi habitación. Me quedé inmóvil, a medio camino del cuarto y del pasillo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Por qué no estabas en la habitación?

Me crucé de brazos, molesta.

—¿Y a ti qué te importa, Greg? Sal de mi habitación.

—No, no lo haré. Estamos comprometidos y...

—No lo estamos —gruñí, molesta y decidí morderme la lengua al ver le expresión violenta de Greg. Era mejor tener cuidado con lo que decía aún—. Sabes que tenemos que esperar al consentimiento del reverendo y él no lo ha dado.

—No entiendo por qué ha querido hacerte su hija.

—¿Y eso qué importa?

—Y está ese... Peter.

Endurecí la mirada.

—Cuidado, Greg. Él ahora es uno de sus hijos. No creo que le guste oírte hablar así de él... y es mejor que te vayas. No creo que le guste encontrarte en esta habitación.

Intenté apartarlo, pero Greg se interpuso en mi camino, empujándome contra la pared y me tapó la boca antes de que pudiera gritar y cerró hábilmente la puerta de la habitación.

—¿Crees que soy estúpido?

—Suéltame, Greg —farfulle, hablando como pude mientras trataba de apartarme de él.

—Te he visto saliendo de ese cuarto con Kersson, ¿qué crees que opinará el reverendo si se entera?

Abrí mucho los ojos, sorprendida, aterrorizada de que todo ese tiempo se

fuera a ir a la basura sólo por un pequeño desliz. Busqué con la mirada a mi alrededor, algo que me ayudara a buscar una salida pero no podía gritar, no podía librarme de él y la desesperación no me ayudaba a pensar. ¿Qué podía hacer?

Mis ojos se clavaron en un pequeño florero donde cada dos días traía flores nuevas del jardín y levanté una mano, tratando de agarrarlo mientras Greg estaba distraído zarandeándome e insultándome y antes de que pudiera defenderme o le diera la oportunidad de salir en busca de alguien, le golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza.

—He dicho que me sueltes —gruñí, viendo como Greg me liberaba, impresionado por el impacto y abrió mucho los ojos, mirándome con una extraña expresión mientras se llevaba torpemente una mano a la cabeza y retrocedía.

—Me has... golpeado —murmuró, dando otro paso hacia atrás mientras apartaba la mano de la cabeza y la mostraba llena de sangre—. Me has...

No lo dudé. Volví a golpearlo con el jarrón y esta vez vi como sus ojos veían el golpe antes de que yo impactara sobre su cabeza el mismo jarrón y lo solté sobre la cama en el momento que Greg se desplomaba en el suelo sobre la alfombra y me quedé mirando su cuerpo inmóvil, sin saber qué hacer, desviando una y otra vez la mirada de Greg a la puerta.

—¿Qué hago? ¿Qué hago?

¿Buscar a Peter?

No, era demasiado arriesgado y realmente solo faltaban unas horas para encontrarme con él y dar por finalizada aquella pesadilla.

Miré el cuerpo de Greg y apreté con fuerza las manos en mi costado.

—Soy una asesina —murmuré, pero me repetí una y otra vez, aún con más energía en esta ocasión, recordando las fotos de Kelly y Sally, repasándolas mentalmente una y otra vez, que él había matado a mi hermana, a Kelly y a mucha más gente y que no habría dudado en matarme a mí si hubiera tenido la ocasión.

Endurecí la mirada y clavé los ojos en su cuerpo.

—Entre tú o yo —susurré—. Me elijo a mí.

Me senté sobre la silla que había en la habitación y esperé con calma a que

dieran las siete menos cuarto para salir de la habitación, como cada día, manteniendo el ritmo normal, moviéndome entre el resto de los huéspedes de aquella casa y me desvié cuando tuve la oportunidad hasta el jardín.

—¿Peter? —llamé en voz baja, frotándome las manos nerviosa—. ¿Peter?

Nadie respondió y comencé a entrar en pánico, pero cuando creí que tendría que buscarlo por la casa, temiendo que hubiera ocurrido algo malo y cientos de posibilidades pasaron por mi cabeza, a cual peor de la anterior, la puerta se abrió y contuve la respiración un segundo, lo justo que tardó Peter en entrar y cerrar la puerta a su espalda.

—Han encontrado a Greg —saludó Peter, agarrándome del brazo y tirando de mí hacia el otro extremo del jardín.

—Me atacó —me defendí miserablemente, caminando torpemente a su lado—. Estaba asustada y...

—No importa —me cortó Peter suavemente, acariciándome la mejilla—. Todo acabará en un momento.

Hizo que me acuclillara con él entre unos altos arbustos al final del jardín y esperamos a oír ruidos pero a medida que el tiempo pasaba no ocurría nada y cuando creí que estaba todo acabado, los gritos, los movimientos precipitados, golpes y disparos comenzaron a oírse por toda la casa y sólo cuando el movimiento brusco dejó de oírse fuera de allí, Peter me agarró del brazo y tiró de mí, sacándome fuera del jardín.

—¡Jeremy!

Me giré hacia el hombre que se giró al oír el grito de Peter y dejé que el policía uniformado se acercara a nosotros, agarrando a Peter por los hombros.

—Joder, no vuelvas a hacer por tu cuenta lo que te de la gana.

—No tuve alternativa —explicó Peter con una sonrisa cuando Jeremy también le sonrió.

—No importa. Nos ha costado más de lo que queríamos pero lo hemos conseguidos.

—Gracias amigo.

Peter y Jeremy se abrazaron y yo miré la escena con cierta intranquilidad, mirando como sacaban a muchos rostros ya conocidos del último mes, esposados o heridos y retrocedí cuando vi como tiraban del reverendo,

sangrando por un brazo y completamente inmovilizado por dos hombres que tiraban de él.

—Se acabó —dijo Peter, rodeándome con un brazo—. Y estamos vivos.

Sonreí con tristeza.

—Al fin... —Miré a Jeremy que daba instrucciones a varios de sus hombres y giré el cuello para mirar a Peter—. ¿Lo conocías?

—Es Jeremy Driwen, el hijo de Carol y Matias Driwen. Murieron de manera sospechosa hace veinte años. Su hijo presenció el asesinato pero nadie lo escuchó. Trataron de acabar con él pero logró escapar malherido y lo adaptó una familia. Me ayudó mucho cuando nos conocimos y él ha buscado lo mismo que nosotros.

Venganza....

—Justicia —terminó él con una sonrisa, como si hubiera podido leerme el pensamiento.

—Tenemos que salir de aquí.

Jeremy se acercó a nosotros y nos indicó que siguiéramos a varios policías. Obedecimos y dejamos que nos acercaran a un pueblo lleno de policías, arrojando a demasiada gente y miré de reojo la casa de mis padres cuando pasamos fugazmente por ella.

Mi madre salía a la fuerza, empujada por varios hombres y no dejaba de gritar y maldecir. Desvié la mirada, recordando lo que había hecho con Sally pero notando un ligero dolor en el pecho.

—Ashley...

Sonreí a Peter, justo cuando también sacaban a mi padre de la casa.

—¡Esperad! —grité, haciendo que el coche se detuviera.

Me apresuré a salir del coche y me acerqué recelosa a mi padre que me sonrió con tristeza, viendo como sus ojos se llenaban de lágrimas a la misma vez que los míos.

—Lo siento tanto.... Ash...

—Yo también, papá.

Traté de dar un paso hacia él, pero no me dejaron, impidiendo que lo alcanzara y vi con impotencia como lo metían al lado de mi madre y me giré bruscamente cuando alguien tocó mi hombro.

—Todos serán interrogados —dijo Peter suavemente—. Pero la mayoría...

—Lo sé, Peter —asentí con la cabeza y busqué refugio en los brazos de Peter—. Pero mi padre ha sufrido por lo ocurrido. Posiblemente él no quería esto, nada de lo que ocurrió.

—Tal vez, pero ahora quedará todo en manos de la justicia. Como debió ser desde el principio.

Asentí con la cabeza y miré la casa en la que había crecido. Esta vez ni la reconocí. Era cualquier casa extraña, oscura y vacía.

—¿Quieres quedarte? —se interesó Peter.

Negué con la cabeza y lo animé a montar de nuevo en el coche, sin preguntarle si quería volver a su casa. Por la manera tan indiferente con la que le echó un vistazo, conocía la respuesta.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté, dejando que el brazo de Peter me rodeara con fuerza.

—¿Qué quieres hacer?

—No quiero quedarme aquí —al menos eso lo tenía seguro—. Quiero olvidarme de que alguna vez viví aquí —Y de lo ciega que había estado todo ese tiempo. Cerré los ojos y respiré con fuerza, llenándome los pulmones de aire y los volví a abrir, sonriendo a Peter que me miraba interesado—. Voy a terminar mis estudios... así que regresaré y me instalaré en la ciudad.

Peter asintió lentamente con la cabeza.

—Eso está bien.

Entrecerré los ojos y lo miré fijamente.

—¿Y qué planeas hacer tú?

—Irme de aquí. Eso seguro.

—¿Y después? —insistí.

—Bueno...

—Porque sea lo que sea lo que pienses hacer supongo que será en el mismo lugar donde yo esté, ¿no?

Sabía que mi tono había sonado demasiado autoritario pero planeaba engancharme a él si decidía hacer planes lejos de donde yo me encontraba. Peter se echó a reír.

—Me parece que sí —rió—. Quedarme a tu lado es un buen plan.

Sonreí de nuevo, relajada.

—Nos abriremos camino con lo que sea, Peter, pero lo haremos juntos.

Lo agarré de la mano y él entrelazó los dedos sin dejar de sonreír mientras se inclinaba hacia mí y me besaba.

FIN

ENTRE TUS BRAZOS

Brenda Burton

Obra registrada:
Todos los derechos reservados.

CAPITULO 1

Marian dejó caer las pesadas maletas sobre la entrada de la casa de sus padres y olisqueó el agradable aroma a carne asada que debía venir de alguno de los jardines de los alrededores.

Desde que se había ido de casa de sus padres, Marian había decidido hacer como si sus años en aquel vecindario nunca hubieran existido. Las muertes de sus progenitores en aquel accidente de coche la habían marcado completamente y aún le costaba mirar al pasado y no sentir dolor, pero tras ocho años de ausencia, había decidido poner aquella casa en venta y tras hablar con una inmobiliaria para que llevara el papeleo, no habían tardado más que un mes en llamarla y comunicarle que ya tenían cuatro compradores.

Al principio, Marian les había dicho que se ocuparan completamente de todo. No quería implicarse demasiado en todo aquello y tal vez desenterrar algo que quería creer que estaba olvidado, pero cuando habían terminado las largas horas de clases en el colegio infantil en el que trabajaba y había revisado la lista de llamadas en su teléfono móvil, había tardado sólo lo justo en montarse en su coche y ponerlo en marcha para decidir pasarse aquel fin de semana en Baltimore.

—Está lleno de polvo —se quejó, pasando un dedo por la superficie de la mesa que una vez perteneció al coqueto y cuidado salón que su madre había mantenido limpio y bonito hasta el día de su muerte.

Los ojos de Marian recorrieron cada una de las estancias, deteniéndose particularmente en la cocina, recordando a su madre, allí de pie, frente a los fogones, siempre cocinando algo con unas manoplas de color rosado y en su habitación, aún decorada como la última vez que había estado allí dentro.

Aún recordaba aquellas cortinas de color malva suave, ahora ligeramente amarillentas por la humedad y el polvo. La alfombra de color tostado cubierta de una fina capa blanca, posiblemente también de polvo. El armario al fondo, vacío como lo había dejado al marcharse o la cama a medio hacer, en la que había pasado la noche llorando el día del entierro de sus padres y que seguía

luciendo aquella colcha a patchwork que le había hecho tan cariñosamente su madre el cumpleaños anterior a su graduación.

Desesperada, Marian se dio la vuelta y bajó las estrechas escaleras hasta la planta baja, dejando escapar un grito de sorpresa al ver a un hombre en medio del pasillo.

—¿Quién eres tú? —gritó alarmada, buscando algo para comenzar a golpear al extraño si era necesario—. Esto es una propiedad privada y voy a llamar a la policía si no se va.

El hombre se dio la vuelta y Marian ahogó esta vez una nueva exclamación de sorpresa que salía de sus labios.

El intruso no era un vagabundo tal y como había creído al verlo ahí plantado de pie junto a las escaleras echando una ojeada a la casa. Vestía con unos vaqueros pero la camisa y la chaqueta eran claramente de marca, pero lo que dejó sin aliento a la pétrea profesora infantil Marian Salivan había sido la intensa mirada azul que sobresalía del notable rostro de aquel desconocido.

—Siento haberla asustado —dijo suavemente con un extraño acento que Marian no identificó. Buscó algo en el bolsillo de su chaqueta y le entregó una tarjeta alzando el brazo hacia ella—. Me llamo Reynald Oswen. Habíamos quedado hoy para ver la casa.

Marian aceptó la tarjeta vacilante, procurando no rozar sin querer alguno de los dedos de aquel hombre. No estaba segura de la reacción de su propio cuerpo si eso llegaba a ocurrir. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto a un hombre tan apuesto e interesante?

—Creo, señor... Oswen que ha habido una terrible equivocación — Marian levantó la mirada de las bonitas letras en negro que anunciaban a aquel hombre como director de una empresa de moda y le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas coquetas. ¿Cuándo había sido la última vez que había intentado coquetear con alguien de una manera tan descarada? —, pero yo no soy empleada de la agencia inmobiliaria.

En ese punto, ella no sabía si debía o no devolverle la tarjeta en la que le servía su número de teléfono y su dirección, que aunque fuera la de la empresa, significaba que tenía un lugar donde ir a buscarlo.

Si quería hacerlo.

Pero Marian no dudaba que sus pies no la condujeran directamente hacia aquella dirección si dejaba que lo hicieran.

Joder... Marian se quedó completamente en blanco y se dio un disimulado pellizco en el muslo para tratar de controlarse y no comenzar a actuar como un animal en celo. Eso o su evidente necesidad sexual iba a terminar arrastrándola a algo tan humillante como empezar a olisquearle el trasero a aquel hombre... No, en serio, ¿en qué demonios estaba pensando?

—¿No lo es? —se interesó él, mirándola un momento como si se preguntase quién podría ser ella para encontrarse en la casa a esas horas y obligándola a reaccionar y cambiar el rumbo de sus siniestros pensamientos —. ¿También está interesada en la casa?

Marian percibió la dureza en la voz del hombre y la nota irritada que había adquirido al ver, seguramente, a una posible competencia.

—No —dijo ella lentamente, mirando interesada todas las reacciones del hombre.

—¿Entonces quién es usted?

—Soy la propietaria.

Una vez más, las facciones del hombre se suavizaron y sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos que parecían ser producto de un anuncio de dentífricos.

—Entonces no hay ningún problema. ¿Podemos hacer negocios? Si he de ser sincero tengo un poco de prisa y me gustaría adquirir esta propiedad. Puedo aumentar la suma de dinero que pide la inmobiliaria si me ayuda a agilizar el proceso.

Marian estuvo a punto de bufar molesta pero era imposible mostrar irritación delante de ese hombre cuando le costaba trabajo no querer correr hacia un espejo y asegurarse que no había fuera de lugar lo que no correspondía. ¿Cómo tendría el cabello después del viaje? ¿Y la ropa? Debía parecer un desastre con aquellos pantalones anchos y la camisa de cuadros fuera de los pantalones. ¡Oh, bueno! ¿Qué culpa tenía ella de que un hombre capaz de dejarla sin respiración fuera a aparecer dentro de su casa a esas horas cuando acababa de llegar?

—Disculpe, señor Oswen, pero, ¿cómo ha entrado?

Sí, eso. Debía ser más racional y mantener la compostura. Las divagaciones propias de una adolescente podía dejarlas para otro momento. ¡Y que un desconocido se hubiera metido en su casa era ya bastante serio por sí solo!

—Estaba la puerta abierta —Reynald la miró fijamente un momento antes de responder lentamente. Era una mujer bastante extraña y muy diferente a las que habitualmente se encontraban a su alrededor. Estaba convencido de que no sería muy difícil convencerla para que le vendiera la casa y que el lunes como muy tarde pudieran ir a firmar los papeles con el notario aunque realmente esperaba que ella accediera a que se encargara de todo su abogado y si era posible firmar esa noche o a la mañana siguiente la escritura—. Pensé que me estaban esperando dentro, por eso entré. Siento haberla importunado.

—Ah —Marian sacudió débilmente la cabeza, muy insegura de pronto. No recordaba no haber cerrado la puerta cuando había entrado a la casa pero tampoco recordaba haberla cerrado—. Lo siento, hablé con la agencia hace unas horas y les dije que vendría a la casa este fin de semana... No me dijeron que alguien vendría esta noche.

Reynald volvió a mirarla con esa misma expresión irritada que no acompañaba a su sonrisa.

—Si quiere podemos llamar a la agencia. Tengo una agenda muy ocupada y es el único momento que tenía libre para poder ver la casa —Hizo una corta pausa en la que tomó aire y pareció estar recuperando algún tipo de calma—. Si no es mucha molestia...

—No, no.

Marian miró a su espalda, hacia las escaleras que acababa de bajar y sintió una amarga y familiar sensación de aprensión.

¡Oh, vamos! ¿No era a lo que había ido hasta allí? ¿No quería vender y deshacerse de una vez de esos dolorosos recuerdos? Sí... Lo era, pero ella mejor que nadie sabía lo duro y difícil que era hacer algo como eso y tal vez no había tenido el tiempo necesario para adaptarse a la idea antes de que los compradores acudieran a visitar la casa.

—¿Entonces?

—Sí, claro.

Lo invitó a pasar primero hacia la derecha de donde se encontraban, conduciéndolo a la cocina y las imágenes de su pasado volvieron a ella como lo habían hecho al principio, pero el mal estado del paso del tiempo en unos muebles abandonados y la presencia de aquel hombre a su lado, poderosa e inquietante tras las emociones que despertaba en ella hizo que los recuerdos se dispararan.

—Hace mucho que no se usa nada de esto. Siento que la impresión no sea muy agradable.

Marian hizo una nota mental de llamar a primera hora a la agencia inmobiliaria. ¿No habían dicho que se encargarían de la limpieza del inmueble para dar la mejor presencia a la casa? Se cruzó de brazos molesta y avergonzada, rezando para que Reynald Oswen no se diera cuenta de las telarañas que colgaban de uno de los lados de las cortinas amarillentas.

—Eso no importa —dijo él echando un vistazo fugaz a la cocina antes de salir de ella y caminar hacia una nueva estancia. Marian arrugó el entrecejo y lo siguió mordiéndose la lengua—. Cambiaré completamente los muebles y decoración de la casa. Además contrataré un decorador.

Reynald pasó un dedo por el anticuado mueble que adornaba el amplio salón y se los limpió inmediatamente después. Esa casa necesitaba una buena limpieza y alguien capaz de crear una decoración más acorde a sus gustos, muy lejos de la que habían tenido los anteriores propietarios. En ese momento la chica pasó por su lado y Reynald bajó la mirada para fijarse en la manera disimulada que tenía de ocultar una mancha de humedad que atravesaba la pared del fondo, justo detrás del armario. Él decidió ser lo bastante amable como para fingir que no se daba cuenta.

No quería vivir en esa casa porque necesitara una vivienda o porque le causara algún tipo de fascinación, simplemente era la única que se vendía en esa zona y la necesitaba. Poco importaban las humedades en las paredes o la falta de higiene. Habría tiempo de adecentarla cuando consiguiera tener firmado los papeles.

Además, le resultaba entretenida la manera con la que aquella mujer se

movía y reaccionaba a él. Estaba acostumbrado a ello, sí, pero aunque era cierto que su aspecto llamaba la atención de la mujer y estaba más que familiarizado con las expresiones que podían cautivar a las mujeres, aquella se mostraba reacia de alguna manera a caer rendida a sus pies, como si estuviera teniendo algún debate interior y el control estuviera ganando la batalla.

Era refrescante, aunque también frustrante.

—¿Quiere ver las habitaciones?

—Sí, por favor.

Marian lo condujo a la segunda planta y le enseñó las dos habitaciones y el cuarto de baño, agradeciendo que Reynald no pareciera especialmente interesado en inspeccionar los pequeños detalles indecorosos que ella iba encontrando a medida que iba abriendo las puertas.

—¿Es de su agrado?

Una parte de ella, aunque la mantenía muy profundamente escondida en su interior, deseaba que aquel hombre dijera que no y saliera de su vida y de su casa pero la otra parte, mucho más despierta, como si hubiera despertado de un sueño muy profundo, deseaba que ese hombre no sólo se quedara con la casa, sino que también con ella.

Y eso último era lo más absurdo que su cerebro podía llegar a pensar.

—Mucho —respondió él en cambio, sonriendo una vez más al girarse para mirarla—. ¿Podríamos concertar una cita mañana a la mañana para firmar los papeles de la escritura?

—¿Mañana? —En su tono de voz se percibió perfectamente la alarma.

Reynald enarcó una ceja y durante unos instantes guardó silencio.

—¿Hay algún inconveniente?

—Oh, bueno, no realmente, pero mañana es muy pronto. Acabo de llegar de viaje, estoy cansada y había planeado descansar...

Aún no estaba preparada para deshacerse de la casa.

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—¿Una cosa?

Marian miró con desconfianza al hombre que había comenzado a moverse

seguro por la casa, como si ya diera por hecho que era de su propiedad.

—Estoy dispuesto a pagar un tercio más del valor de la propiedad...

—Le agradezco la oferta —le cortó ella, comprobando que Reynold fruncía el ceño contrariado. Ya fuera porque era mujer o porque no estaba habituado a que le cortaran de esa manera, pero que ella lo hiciera pareció molestarle—, pero en serio, necesito pensármelo durante el fin de semana. Si el lunes...

—No puedo esperar tanto —continuó él con el mismo tono afable que desmentía la impresión de Marian—. Pero si usted me garantiza que la casa será mía, aceptaré esperar hasta el lunes. Mi abogado se pondrá en contacto y...

—¿Su abogado?

—Espero que no le importe. Pero como el lunes no podré dedicarle mucho tiempo al asunto, él se hará cargo de todo lo necesario...

—Ah, no, supongo que no importa...

—Entonces, estupendo —dijo él moviéndose hacia la entrada. Al llegar a la puerta se detuvo y le tendió la mano—. El lunes vendré a primera hora —Marian miró la mano extendida hacia ella un momento y luego levantó la de ella, apretando la mano fuerte y larga del hombre durante unos segundos que fueron capaces de estremecerla—. Por cierto, ¿cómo debería llamarla?

—Ah —Marian puso los ojos en blanco. ¿Hasta se había olvidado de los modales?—. Llámeme Marian.

CAPITULO 2

Marian se tumbó en la cama y dio varias vueltas hasta acomodarse, mirando hacia la ventana. Había tenido que sacudir y limpiar el colchón antes de tumbarse y como buena previsor se felicitó de llevar con ella un cambio de sábanas por si lo que había dentro de la casa era inservible y más o menos había decidido que era lo suficientemente aceptable como para tumbarse y descansar unas horas.

Reynald Oswen...

Era guapo... No, era increíblemente atractivo, pura sensualidad encarnada ahora que podía pensar en él de una manera más fría. Al menos de una manera más racional ahora que no lo tenía delante. Aunque no por ello disculpaba su actitud. ¿De verdad alguien tan correcto como ella había estado dispuesta a prácticamente saltar sobre él?

—Es evidente que estoy sexualmente frustrada.

Y reconocerlo en voz alta no ayudaba a sentirse mejor.

Marian suspiró y se revolvió en la cama, acomodándose aún más de lado para poder ver mejor por la ventana de la que una vez fue su habitación.

Marian miró tras los cristales de la ventana. Los vecinos habían cambiado bastante tras esos años que había estado fuera. Aún había luz en la ventana de la casa de al lado y por lo que se veía tras las cortinas abiertas de sus vecinos, una joven pareja estaba discutiendo en la habitación. Como muestra de empatía, se dio la vuelta y miró hacia la puerta. No quería comenzar a curiosear sobre algo que desconocía y sobre una familia con la que jamás trataría. Aún así, echó varios vistazos a la ventana antes de caer vencida y dormir durante seis horas; las únicas que consiguió dormir antes de que el timbre de la puerta la despertara.

—¡Voy! —gritó, bajando las escaleras a toda prisa, atándose el lazo de la bata rosa que había sacado de la maleta—. ¡Voy!

—Buenos días, señorita Norris.

—¿Qué?

Marian miró a la mujer y la mano que le tendía unos instantes antes de aceptar la mano y estrecharla unos segundos antes de comenzar a relacionarla con la inmobiliaria al ver la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—No la habré despertado, ¿verdad?

Marian siguió mirando a la mujer y luego el coche aparcado con varias personas dentro que al verla comenzaron a bajar del vehículo.

—¿Qué hora es?

—¿No se le avisó del orden de visitas?

Marian sacudió la cabeza repetidamente y se alisó el pelo con disgusto.

—Nadie me dijo nada —soltó molesta—. Y ayer a la noche apareció un tal Reynald Oswen. ¿Cree de verdad que tengo las pintas adecuadas para enseñar una casa?

La bonita mujer rubia sonrió tranquilamente, sin bajar la mirada a su ropa.

—No se preocupe. Vístase tranquilamente mientras yo me hago cargo de enseñarles la casa.

—Estupendo —masculló ella dándose la vuelta para salir corriendo escaleras arriba y se vistió tan rápido como pudo, dando con la tarjeta de visita de Reynald—. ¡Oh, genial!

¡Se había olvidado por completo la promesa que le había hecho a ese hombre!

Cerró bruscamente la maleta y se dio la vuelta con la tarjeta fuertemente apretada en la mano cuando la puerta se abrió y la empleada de la inmobiliaria asomó discretamente la cabeza, sorprendiéndola.

—Veo que ya está presentable —Se apartó y abrió completamente la puerta, invitando a pasar a dos hombres de mediana edad y a una joven que la miró con ojo crítico antes de pasar una mano por encima de los muebles de la habitación.

Marian hizo una mueca pero no dijo nada. Salió de la habitación con la cabeza bien alta y la cerró a su espalda, aún escuchando la alegre voz de la empleada mientras explicaba las bonitas vistas al jardín que daba la habitación y lo acogedora que podía quedar una vez estuviera preparada.

Lo que significaba que ahora no era muy acogedora.

Marian bufó de mal humor y bajó las escaleras molesta, averiguando que

el teléfono que reposaba en una de las mesitas del cuarto de estar había pasado a formar parte de la decoración sin que tuviera alguna otra utilidad. Colgó el aparato bruscamente y miró a lo alto de las escaleras a la espera que los visitantes hicieran acto de presencia y pudiera escabullirse hacia su habitación a buscar el teléfono móvil que había dejado en la habitación y no tener que soportar las miradas de desaprobación de la mujer que miraba con ojo crítico cada uno de los rincones deplorables de la casa. ¡Ella era una mujer limpia y jamás se le hubiera ocurrido vivir en una casa en ese mal estado!

Cuando por fin las voces se escucharon cerca de las escaleras, Marian se dirigió hacia la cocina y esperó a que desaparecieran por el vestíbulo para subir rápidamente a la habitación y se asomó a la ventana para mirar por la esquina que dejaba a la vista esa zona de la casa como la familia se alejaba con su coche.

—No fue tan buena idea venir hasta aquí —masculló irritada, sacando el móvil del bolso mientras su mirada se desviaba hacia la casa de al lado.

Una niña de unos seis años se acercaba a la mujer que había visto discutiendo con un hombre la noche anterior y que en ese momento parecía estar llorando sentada en la cama. Al escuchar a la niña se secó torpemente las lágrimas y la abrazó, forzando una sonrisa.

Marian se apartó rápidamente de la ventana, culpable de haber observado esa escena y cerró las cortinas, alejándose de la ventana mientras revisaba los mensajes y las llamadas perdidas, la mayoría de amigos y alguna del trabajo.

Cuando volvió a bajar a la cocina, la echó un rápido vistazo, repasando los detalles que una vez más había pasado por alto su reencuentro melancólico con la estancia y que la presencia de Reynald Oswen la había obligado a descubrir. ¡Y de qué manera más vergonzosa!

—Oh, mierda.

Marian sacó del bolsillo del pantalón la tarjeta de visita que Reynald le había dado y que se había arrugado por una de las esquinas al estar tanto tiempo metida en el pantalón y se quedó contemplando la bonita combinación de dibujo y letras que lo presentaba a él y a la compañía a la que pertenecía.

—Menudo jaleo —dijo con un suspiro—. ¿Lo llamo a él? —¿O llamaba directamente a la inmobiliaria para informarle que ya había encontrado comprador?

Marian levantó la mirada de la tarjeta y la clavó en los muebles de delante y tras unos instantes sacudió la cabeza, apretando la tarjeta en la mano. No iba a aventurarse a abrir aquellos armarios.

—Mejor desayuno fuera.

CAPITULO 3

—¿De qué estás hablando?

Reynald hizo señas a su secretaria para que se retirase mientras ponía toda su atención a la voz del otro lado del teléfono, dejando caer el estrenado nuevo catalogo de la nueva temporada que lanzaría la marca de la empresa. Había estado revisando hasta muy tarde los últimos detalles para que la imprenta pudiera comenzar con la impresión a primera hora de la mañana y ahora, al fin, le habían hecho entrega de uno de los primeros volúmenes de muestra antes de comenzar con la impresión definitiva.

—Me pediste que hablara con la dueña de la casa que quieres comprar, ¿no?

—Te lo pedí como un favor, sí —Reynald se frotó los ojos—. ¿Pero a qué te refieres con eso de que no será posible?

—A eso. Llamé hoy pero en la agencia me dieron largas y me dijeron que para comprar había que contactar directamente con ellos, que no tenían constancia de tu visita de ayer y que nadie les había comunicado que ya hubieras sido elegido como comprador. También añadieron que fue una equivocación lo de anoche y que si te comunicabas con ellos te darían una cita cuanto antes y te enseñarían la casa... ¿Reynald me estás escuchando?

—Te estoy escuchando.

—¿Qué vas a hacer?

—Maldita zorra.

Reynald exhaló con fuerza y se aflojó el nudo de la corbata mientras se acomodaba en el sillón.

—¿Así que existe una mujer inmune a tu sonrisa? —Dennis comenzó a reírse—. Pensé que te resultaría un reto.

—¿Un reto?

Sí, él había creído que la reacción de aquella mujer era refrescante. Era natural por su forma coqueta de comportarse que sí había estado interesada pero su autocontrol y la manera que había mantenido las formas,

acompañándolo hasta la puerta y mostrándose todo lo fría que pudo con él le había resultado atrayente.

Además, Marian era una mujer muy hermosa. Incluso era interesante con aquella ropa de andar por casa y el pelo revuelto.

Había planeado volver a encontrarse con ella. Tal vez invitarla a tomar algo mientras formalizaban la venta de la casa y quien sabía a donde conduciría todo aquello... pero una vez más aquella mujer le sorprendía. ¿Se había burlado de él cuando accedió a venderle la casa? ¿O había aparecido un comprador capaz de superar su oferta?

—¿Reynald?

—¿Qué? Ah, sí. No te preocupes, Dennis. A partir de ahora me haré cargo yo. Gracias por todo.

—Para eso está la familia, primo.

—Si necesito que me ayudes con algo más, te llamaré.

—Siempre y cuando no interfiera en mis planes.

En flirtear y disfrutar de la vida. Esos eran los planes de su primo, tres años menor y heredero en parte de la empresa en la que él trabajaba. Aún se había negado a comenzar a participar en la empresa familiar como abogado y Reynald dudaba que su primo hubiera trabajado alguna vez, pero tampoco necesitaba hacerlo. Aunque si era por dinero él tampoco necesitaba trabajar, pero alguien tenía que encargarse de los negocios y aunque en su momento a Reynald no le había importado, comenzaba a creer que le gustarían unas largas vacaciones. Llevaba tiempo desatendiendo algo tan importante como sus amigos y ese era el motivo por el que necesitaba comprar esa casa, la única en venta en la zona.

La necesitaba y la compraría, aunque tuviera que atar a la bonita dueña a una silla y obligarla a firmar las escrituras de la venta.

—Algún día tendrás que venir a la empresa, Dennis.

Y demostrar públicamente que como miembro de la familia salir de la universidad lleno de honores y con la nota más alta no era sólo pura fachada, sino que en verdad tenía talento para aquello que había decidido estudiar. ¡Además, a la empresa le vendría muy bien una nueva cara —y una muy bien

parecida— que se hiciera cargo de todo el papeleo legal!

—Algún día —aceptó él—. Tú lo has dicho; pero ese día no es ni hoy ni mañana.

Ni dentro de un año y posiblemente tampoco dentro de dos.

Reynald dejó el teléfono sobre la mesa y trató de poner sus pensamientos en orden, mirando la portada del catalogo. Sus preferencias siempre habían girado alrededor del trabajo pero en esa ocasión estaba dispuesto a dejar todo aquello de lado.

Echó hacia atrás la silla y se levantó, Por un momento, decidió dejar el catalogo donde estaba pero al llegar a la puerta se arrepintió y volvió hasta la mesa para agarrarlo y lo mantuvo quieto bajo el brazo mientras marcaba un número de teléfono y salía del despacho dando instrucciones para que le preparasen inmediatamente un coche.

CAPITULO 4

El panecillo que Marian sostenía entre los dedos se le escurrió de las manos, cayendo sobre su falda de pliegues, pero aún así tardó unos segundos en reaccionar y recogerlo, sacudiendo las miajas con una mano temblorosa y averiguó aliviada que no había dejado mancha.

—Iba a llamarle —aseguró tras carraspear incómoda un momento. Miró a su alrededor avergonzada, cada vez más segura de ser parte de los chismorreos de las mesas del local.

Reynald Oswen había aparecido en la cafetería justo cuando doblaba el periódico y lo dejaba a un lado de la mesa y terminaba de tragar uno de los últimos trozos de su tostada.

—No parecía que fuera a hacerlo inmediatamente.

Marian puso mala cara. ¿Tanto le costaba sentarse en la silla que tenía delante de él y dejar de mirarla como si quisiera asesinarla? En realidad no le importaba demasiado esa actitud. Había lidiado con cosas peores al conocer a los padres de sus alumnos, comprobando que si bien era fácil tratar con un niño de esas edades, generalmente, con los padres era otra historia, pero Reynald Oswen la incomodaba de otra manera y su notable atractivo hacia que llamara aún más la atención mientras se mantenía ahí de pie, frente a ella.

—Ha sido una equivocación —trató de explicar a modo de disculpa—. ¿Cómo me ha encontrado?

Era sospechosa la manera con la que ese hombre había dado con ella si tenía en cuenta que se encontraba en una cafetería cualquiera del centro de la ciudad. Marian volvió a sacudirse la falda mientras miraba con ojo crítico a Reynald que no pareció ni preocupado por la pregunta ni parecía tener intenciones de responderla.

Tampoco parecía tener muchas ganas de sentarse.

—¿Por qué no se sienta? —soltó irritada, ofreciéndole con una mano la silla que él tenía delante—. Estamos llamando mucho la atención.

Reynald sólo desvió un momento la mirada de ella, escudriñando sin

interés las mesas contiguas de su derecha y después volvió a clavar en ella esa dura mirada con la que la había recibido al entrar a la cafetería. Y ella, como una tonta colegiala, se había vuelto a ruborizar suavemente.

Era el colmo. Iba a tener que hacer algo al respecto con sus hormonas.

—Pensé que teníamos un acuerdo —dijo él sin tener en cuenta su comentario aunque no levantó la voz.

Marian puso los ojos en blanco.

Oh, venga ya.

—Acabo de decir que fue una equivocación —dijo ella a la defensiva—. Ayer se me olvidó llamar a la inmobiliaria y esta mañana se han presentado con unos nuevos interesados por la casa —Puso una vez más los ojos en blanco—. Sólo les dejé que echaran un vistazo a la casa. Nada más.

¿Y por qué se comportaba de esa manera por una tontería? ¿Era uno de esos hombres?

—¿No pudo decirles que la casa ya estaba comprada?

El tono áspero y autoritario y la manera que la estaba tratando comenzaba a molestarla. Marian se cruzó de brazos, apretándolos sobre el pecho y le lanzó una de esas miradas desdeñosas que solía emplear con los padres de sus niños.

—Mire señor Oswen, puede que ayer le dijera que le vendería mi casa, pero aún no recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera recuerdo haber formalizado de alguna manera legal ese acuerdo, así que aún sigo siendo dueña de la casa y puedo hacer con ella lo que me de la gana.

Vale, de acuerdo; tampoco habían sido las mejores maneras de decirlo, pero sí parecían haber tenido cierto efecto en el hombre que levantó una ceja y la miró intensamente pero sin el mismo tono duro que había usado hasta ese momento.

—Si le han hecho una oferta mejor puedo mejorarla.

Marian bufó y echó un nuevo vistazo a su alrededor. Cada vez miraban con mayor atención a Reynald, posiblemente a esas alturas ya habían pasado por alto la presencia amenazante que tenía allí quieto, de pie frente a la mesa para darse cuenta del enorme atractivo del hombre.

—No me han hecho una oferta mejor —cedió ella con voz baja y cansada.

—No importa el precio. Pagaré lo que sea por esa casa.

Los dos se miraron fijamente y Marian no pudo evitar sentir curiosidad por ese motivo tan obtuso por conseguir la casa de sus padres, pero no preguntó nada.

—No se trata de eso —gruñó irritada.

—Necesito esa casa.

Marian levantó los ojos para volver a mirarlo. Unos nubarrones habían nublado la hermosa mirada de aquel hombre y un nuevo brote de curiosidad subió fuertemente hasta la cabeza de ella.

—¿Por qué la quiere tanto?

Reynald siguió mirándola sin responder. Su mirada había vuelto a tener aquel brillo duro y Marian imaginó que no estaba tan dispuesto a hablar sobre los motivos personales que le habían llevado a buscarla aquella mañana y tratar con una completa extraña. Por algún motivo se sintió decepcionada y triste pero lo dejó correr rápidamente. No era el momento para dejarse llevar por impulsos que no terminarían bien. Ni siquiera estaba segura que fueran a comenzar bien si ella dejaba ver lo que sentía en su cuerpo cada vez que ese hombre se le aparecía.

¡Era tan frustrante!

—¿Por qué no se sienta de una vez? —gruñó de mal humor, lanzando unas significativas miradas a su alrededor. Dudaba que al menos sentado llamara tanto la atención.

Reynald no se movió.

—¿Por qué no damos un paseo? —dijo él en cambio, mirándola fijamente.

Marian le devolvió la mirada sin vacilar.

—Aún estoy desayunando.

—Diría que prácticamente ha acabado.

Los dos echaron una ojeada a la taza casi vacía y al trozo de tostada que había quedado olvidado en el plato.

—¡Oh, de acuerdo! —accedió de mala gana, apartando la taza a un lado y se levantó con lentitud, volviendo a alisarse la falda y recogió el bolso de la mesa, haciendo un rápido cabeceo a la camarera antes de salir del establecimiento sin esperar a que Reynald la siguiera.

CAPITULO 5

En la calle, los dos se movieron a varios centímetros de distancia. Reynald no se dio prisa por alcanzarla y Marian se negó a ser la que cediera y se dio la vuelta para hablar primero. ¿No era él quien estaba enfadado? ¡Hasta se había dado la molestia de buscarla y seguirla!

—¿Puede esperar un momento?

Marian se detuvo bruscamente y se giró sorprendida de escuchar la voz de Reynald tras sus momentáneas cavilaciones sobre la presencia de ese hombre.

—¿Qué...?

Reynald la estaba mirando mientras sacaba el teléfono del bolsillo y se lo llevaba a la oreja sin dejar de mirarla con una extraña expresión mientras consultaba el reloj de la muñeca. Marian contuvo la respiración por un momento y todo el enfado que había sentido hacía unos segundos se disipó completamente. Ese hombre sabía como nublar todos sus sentidos.

Y Marian se sorprendió dándose cuenta que no le importaba.

—Sí, de acuerdo —dijo él prestando toda la atención a la llamada aunque sus ojos seguían clavados en ella, incomodándola—. Déjalo pendiente para el próximo día. Sí.

Marian escuchó hablar a Reynald mientras trataba de distraerse, escabullirse de la atenta mirada del hombre y observó el escaparate de una tienda de complementos, curioseando un bolso de color azul oscuro que se encontraba en medio de dos fulares.

—Es muy bonito —dijo la voz sensual de Reynald a su espalda.

Marian no se movió pero notó como todo el vello de su cuerpo se erizaba. El reflejo de los cristales del escaparate mostraban a Reynald inclinado sobre ella, con la cabeza casi apoyada en su hombro y su cabello rozándole casi la cara.

—Lo es —dijo suavemente, notando como había estado conteniendo la respiración.

Era ridículo sentirse tan trastornada por la cercanía de un hombre, por su

sola presencia cuando estaba muy acostumbrada a tratar con hombres, padres jóvenes que en esa época dedicaban el mismo tiempo a sus hijos que las madres. También había tenido diversas relaciones, pero nunca se había sentido tan emocionada y perturbada por un hombre antes.

—¿Lo quiere?

—¿Cree que el sueldo de una maestra da para ese tipo de caprichillos?

Y más si era de marca.

—Tendrá dinero suficiente con la venta de la casa.

Marian miró el reflejo del hombre tras los cristales. Desde donde se encontraba podía percibir el aroma de su colonia. Era enervante su proximidad. Tal vez lo que le resultaba tan inquietante era la manera que su cuerpo reaccionaba. Era atracción. Era deseo sexual... fuera lo que fuera conseguía menguar su capacidad de raciocinio y eso la asustaba con la misma intensidad que la excitaba.

Con un disimulado movimiento, Marian se echó hacia su derecha, tratando de poner un poco de espacio entre los dos aunque no dejó ningún momento de mirarlo a través de los cristales.

—No he dicho aún que vaya a vendérsela.

—Creía que teníamos un acuerdo.

—Lo teníamos —aceptó ella sin apartar la mirada del reflejo. Reynald también levantó la mirada hasta los cristales del escaparate para coincidir con los de ella—. Aunque ya no estoy tan segura.

Una sonrisa se dibujó en sus labios a través del cristal pero Marian no consiguió distinguir la expresión que tenía en ese momento. Ni siquiera volvió a moverse cuando él salvó la pequeña distancia que ella había puesto entre los dos hacía unos minutos.

—Siempre consigo lo que deseo.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto —aseguró él con voz suave cerca de su oído. Marian no intentó apartarlo aún. Le gustaba esa sensación que él le provocaba—. No es esa mi intención.

—A mí me lo había parecido.

Reynald rió suavemente.

—¿Tiene algo que hacer hoy?

La pregunta la tomó desprevenida y Marian frunció el ceño desconfiada.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me concede el día de hoy?

El ceño de Marian se acentuó. Hacía tiempo que había dejado de mirar lo que había al otro lado del escaparate.

—¿Qué pretende con eso?

—¿Qué le hace pensar que pretendo algo más que disfrutar de su compañía?

Marian ignoró las sensaciones que le recorrieron en ese momento por todo el cuerpo y se giró para mirar directamente a Reynald.

—¡No me diga! —soltó nada dispuesta a ceder a sus instintos.

Reynald rió y su risa fue fresca y agradable. Marian se obligó a sonreír.

—Sólo es un día. Así podré convencerla para que me venda a mí la casa.

—No sé de donde proviene tanta confianza de que podría conseguirlo si he decidido no vendérsela.

Él se encogió elegantemente de hombros.

—Tengo tácticas —sonrió.

Marian bufó divertida.

—Eso ya suena más a arrogancia.

—¿Entonces por qué no lo compruebas?

Marian sacudió la cabeza y lo pensó un momento, después asintió despacio con la cabeza.

—Está bien —accedió.

Reynald observó alejarse a Marian con pasos lentos, mirando hacia los escaparates mientras esperaba que él la siguiera. Despacio, entrecerró los ojos, caminando despacio detrás de ella, observando su delgada y bien formada silueta que se dibujaba bajo la ropa. Era una mujer hermosa, atractiva e inteligente. No negaría que le gustaba.

Había decidido dos cosas; y siempre conseguía lo que se proponía. En ese día tendría los papeles de la compra de la casa y a esa mujer entre sus brazos.

CAPITULO 6

Marian miró a Reynald al otro lado del jardín que reía animado con varios niños pegados a sus pies y después volvió a prestar atención a la mujer que tenía frente a ella, mirándola con interés.

De todas las cosas que podían haber pasado al encontrarse deambulando con un hombre como aquel, nunca se la había pasado por la cabeza que terminaría lidiando con la refinada y bonita madre del hombre y gran parte de su sofisticada y rica familia.

¡Para esas cosas deben preparar a una y con varios días de antelación si es posible!

—¿Me acompaña a un sitio? —Había preguntado él con una mirada inocente en la que Marian no había leído entre líneas.

Ya que iban a pasar el día juntos, Marian no había tenido ningún inconveniente en acompañarlo a ese lugar del que Reynald había hablado, pero comenzó a preocuparse cuando el hombre se detuvo frente a una pastelería y se quedó embelesado mirando el escaparate.

—Sé que no es muy ortodoxo hablar de negocios en una fiesta de cumpleaños, pero si no tiene ningún inconveniente, agradecería que me acompañase.

—¿Fiesta de cumpleaños? —se alarmó Marian, siguiéndolo rápidamente al interior de la pastelería—. ¿Es hoy su cumpleaños?

—No, en absoluto.

Marian entró con avidez y miró en busca de algo, pero para su decepción, en la pastelería no se estaba celebrando ninguna fiesta de cumpleaños. Por un momento, Marian había creído que se encontraría con algún pariente o amigo de aquel hombre. No iba a negarlo. Sentía mucha curiosidad por él pero era igual que la atracción que sentía hacia él. No podía evitarlo. Pero la tienda estaba prácticamente vacía a excepción de una mesa redonda al fondo donde se encontraban unas señoras de edad avanzada tomando algo en unas tacitas blancas, con los platos vacíos y hablando todas a la vez. Reynald se dirigió

directamente al mostrador y saludó a la señora del otro lado que acudió rápidamente a atenderlos, pidió algunos pasteles al azar y se giró hacia ella

—¿Qué le gusta?

Marian pilló la pregunta por sorpresa.

—¿A mí?

—Si va a venir conmigo, al menos podrá escoger algo que le guste.

—¿Qué...?

—Un pastel, ¿No le gustan los dulces?

Marian volvió a titubear.

—Sí, bueno, supongo.

—¿Supone?

Reynald ladeó la cabeza con un movimiento que a Marian se le antojó demasiado sensual y se odió por sonrojarse una vez más, segura que la acumulación de sangre en la cabeza la estaba produciendo una progresiva disfunción de sus habilidades ingeniosas. Sí, era eso. No podía haber otra excusa para su incapacidad de comportarse todo lo locuaz que le gustaría y no seguir pareciendo un pato mareado.

Al menos no delante de él.

—No suelo comer muchos —admitió girando el cuello.

Marian echó un vistazo a la vitrina de la cámara y revisó los dulces del otro lado, frunciendo demasiadas veces el ceño al apreciar que la mayoría de los dulces estaban rellenos de nata.

—¿Está a dieta? —se interesó Reynald tras unos minutos.

—No —Marian no se molestó en levantar la cabeza al darse cuenta que había inclinado la espalda para mirar mejor.

—Si ese es el caso —intervino la dependienta—, tenemos unas pastas bajas en grasa y sin azúcares...

—No estoy a dieta —repitió Marian un poco bruscamente, enderezándose completamente—. Soy delgada de constitución —añadió sin saber muy bien por qué.

—Suerte que tiene —aseguró la dependienta con un suspiro y luego sonrió a Reynald—. Su marido no tendrá que sufrir las estrictas dietas compartidas que están tan de moda últimamente.

—No estamos casados —dijo ella automáticamente sin esperar a que Reynald respondiera y sin atreverse a girar el cuello para mirarlo.

La dependienta no perdió la sonrisa aunque sí la miró con más curiosidad por culpa de su rápida y brusca respuesta.

—Oh, bueno, su pareja.

—Tampoco...

—Sólo tenemos una relación profesional —intervino Reynald a su espalda, sin tocarla tan siquiera—. Por ahora —añadió, obligándola a girarse para lanzarle una mirada de reproche a la que él respondió con una sonrisa que iluminó su atractivo rostro y un guiño.

—Siento haber metido la pata —se disculpó la dependiente con una risa nerviosa.

—No se preocupe —dijo Marian más relajada.

—¿Entonces? ¿Ha decidido si quiere algo? —cambió de tema el hombre.

—¿No hay nada que le guste? —continuó la dependienta.

—Es sólo que no me gusta la nata.

—Ah. En ese caso tenemos algo con crema y trufa...

La mujer le señaló varios de los dulces y Marian terminó indicándole unos sustanciosos pastelillos de crema que se encontraban al fondo de la vitrina, dándose cuenta sólo cuando salieron del establecimiento con los pasteles y hablando familiarmente sobre los gustos sobre comida, que se había dejado arrastrar incomprensiblemente por aquel hombre.

Aunque, pese a saberlo, siguió permitiéndolo. Tal vez había sentido curiosidad por saber hasta donde podía llegar todo aquello... y eso era lo que la había llevado hasta esa situación, sin olvidar la pertinente visita a dos tiendas para buscar un regalo adecuado que, si bien Reynald le había pedido consejo y se había dejado asesorar, era evidente que lo que él había entendido

y comprado como un regalo adecuado, no era exactamente lo que ella tenía en mente. O dinero capaz de desperdiciar para gastar aquella suma en un simple collar. Por muchos diamantes que pudiera tener. Aunque reconoció de mala gana que era bonito.

—¿Y cómo se han conocido?

Marian sonrió sin atreverse a llevarse a los labios la copa de champagne con la que esa gente saludaba a los invitados de una fiesta de cumpleaños, no muy segura si el protocolo con la clase emparentada con la realeza permitía una acción así o eso era parte sólo de la plebe donde Marian, muy de mala gana, reconocía pertenecer.

Ni siquiera recordaba el nombre de la madre de Reynald, aunque siempre podía usar el tratamiento de señora Oswen si se veía en la obligación de tener que llamarla de alguna manera. En realidad dudaba que fuera a acordarse de ninguno de los nombres de los reunidos a quienes Reynald le había ido presentando. La sensación abrumadora de tanta mirada de sorpresa y vistazos con un cortés disimulo, habían conseguido marearla lo suficiente para querer salir corriendo. Al menos la dignidad le había hecho mantenerse firme y en su sitio, evitando la bochornosa situación de salir de la gran mansión, o del impresionante jardín donde un ama de llaves les había conducido al verlos llegar.

—No nos conocemos —dijo sinceramente, tratando de ahorrarse dar toda la explicación de por qué se encontraba en la fiesta con Reynald.

La mujer levantó la copa y dio un sorbito al líquido de la copa y Marian la observó hacerlo. ¿Así que después de todo no era algo que no se pudiera hacer? Pero no se llevó la copa rápidamente a los labios, procurando no parecer que estaba imitando a la mujer de elegantes movimientos.

—¿Mi hijo ha venido a la fiesta de su hermana con una mujer que no conoce? —la mujer parecía escéptica—. Pensaba que ese comportamiento era más propio de Dennis, no de Reynald.

—Tampoco es lo que parece —añadió Marian algo culpable e increíblemente abochornada por el significado que podía darle a esas palabras—. Estamos haciendo negocios y me ha invitado a la fiesta.

Era algo parecido, no exacto, pero resumía muy diplomáticamente la

relación que tenía con Reynald Oswen.

—¡Oh! —Por algún motivo la señora Oswen pareció decepcionada y se llevó otra vez la copa a los labios—. ¿Así que es eso?

Decepcionada o incrédula. Marian no fue capaz de distinguirlo pero tampoco deseó darle demasiadas vueltas o el alcohol que aún no había ingerido se le subiría misteriosamente a la cabeza.

—Sí, siento haber venido a importunar.

—No hay nada por lo que disculparse. Si Reynald la ha traído a la fiesta de Sindy es por algo; así que por favor, siéntase como en casa.

—Muchas gracias.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Para sentirse como en su casa, Marian necesitaba encontrarse en su ambiente, con cómodas pantuflas ocre en los pies en lugar de los molestos botines de medio tacón que comenzaban a destrozarle los dedos de los pies, un grotesco y nada presentable pijama ancho que ahora descansaría sobre la cama sin hacer de su pequeño piso de una sola habitación. Eran pequeños detalles pero eran los que hacían de su entorno algo único, y no necesitaba mirar mucho a su alrededor para darse cuenta que ella no pertenecía a aquel lugar.

En cuanto la madre de Reynald se apartó un momento a saludar a unos invitados que acababan de llegar, Marian aprovechó para llevarse la copa a los labios y bebió el contenido de un trago, dejándola inmediatamente después sobre una de las largas mesas con manteles blancos que la rodeaban y creaban un semicírculo alrededor de la puerta trasera de la mansión y recogió otra de las copas aún llenas que seguían sobre ellas junto a canapés y pastelillos. Si no recordaba mal, habían dejado los pasteles que ellos habían traído sobre alguna de las mesas...

—¿Se divierte?

Marian se giró y miró a Reynald. Se había acercado a ella e, inclinando el cuerpo hacia delante, cogió una de las copas, rozando su cuerpo con el de ella de manera intencionada.

—Aún no estoy segura —dijo, tragando lo último que quedaba de su segunda copa. La dejó sobre la mesa y cogió una nueva, añadiendo en esta

ocasión uno de los pastelillos de crema que había comprado con Reynald. Lo mordisqueó y saboreó el dulce antes de volver a mirar al hombre que la observaba sin ninguna emoción.

Marian admitía que era difícil saber qué estaba pensando por lo general aquel hombre y que la curiosidad sobre él más que disminuir, aumentaba a medida que pasaban las horas, pero mantuvo su curiosidad fuertemente sellada y controlada.

Al menos lo intentaba.

—¿Y cuánto tiempo tardará en saber si se divierte o no?

La pregunta de Reynald no tenía ninguna emoción o, al menos, ella no notó ninguna, pero la sonrisa que añadió al hacerla, hizo que Marian también sonriera, sintiendo los fuertes efectos del alcohol en el cuerpo y se encogió de hombros.

—Puede que cuando me vaya aún no me haya dado cuenta de si me divierto o no. ¿Un brindis?

Marian levantó la copa y Reynald tardó en golpear la suya a la de ella.

—¿Por qué quiere brindar?

Marian volvió a encogerse de hombros.

—Por el año más de tu hermana. Por nuestro encuentro...

—¿Cree que hay que celebrar nuestro encuentro?

—¿Por qué no? —soltó ella, dando un golpecito más con la copa y se bebió el champagne de un trago—. Por la vida, por un hoy y un mañana, ¿qué más da?

—¿No cree que debería dejar de beber? —preguntó Reynald agarrando la copa que ella ya estaba cogiendo de la mesa—. Es seguro que no conseguirá recordar si se divierte o no si está borracha.

—Tonterías —aseguró ella, apartando la mano de Reynald y sonrió levantando la copa en alto triunfal de haberla conseguido y se la llevó a los labios—. Hay algo que se me ha olvidado comentarle.

Reynald entrecerró los ojos, visiblemente a la defensiva.

—¿Y qué es?

—Odio las reuniones familiares —reconoció con una nota amarga en la voz.

Sí, las odiaba desde que había perdido a toda su familia y lo más parecido que recordaba ahora de una era su trabajo.

Marian tragó todo el contenido de la copa.

—De acuerdo —escuchó la voz de Reynald cerca de ella, acariciándole la mano mientras le quitaba la copa—. Ya hemos tenido suficiente de esto.

CAPITULO 7

Marian abrió los ojos lentamente y parpadeó varias veces antes de acostumbrarse a la poca claridad que había dentro de la habitación. Se encontraba en casa; en la casa que había sido de sus padres, más exactamente en la habitación que había sido suya mientras sus padres habían vivido y que había pasado la noche anterior.

Apartó las sabanas con cuidado, tratando que la cabeza no comenzara a darle más vueltas de las que ya le daba y se llevó una mano a la nuca, maldiciendo por haber bebido tanto cuando por lo general no pasaba de las dos cervezas cuando salía con los compañeros de trabajo o los amigos.

—¿Está despierta?

Marian giró el cuello bruscamente y miró la silueta oscura que había sentada al lado de la ventana. Por un momento, se quedó rígida del miedo pero poco a poco se dio cuenta que no era otra figura que la de Reynald Oswen.

—Señor Oswen... —murmuró con voz ronca.

Sentía la garganta y la boca seca y en ese momento Marian hubiera deseado darse una ducha más que otra cosa. Aún llevaba la ropa puesta pero los botines descansaban bien colocados a un lado de la cama.

—Le advertí que estaba bebiendo mucho —dijo él con voz seca.

Marian sonrió mientras se sentaba en la cama y recogía los botines para ajustárselos a los pies. No entraba dentro de sus opciones caminar descalza por aquel suelo, aunque hubiera preferido evitar volver a ponerse aquel calzado. Aún podía notar los dedos resentidos.

—No acostumbro a hacer mucho caso a lo que me dicen, señor Oswen.

Reynald giró la cabeza para mirarla pero no cambió la postura que mantenía, sentado en una silla que ahora que Marian se fijaba, parecía que era una de las que rodeaban la mesa de la cocina, aunque no estaba muy segura a esa distancia, pero si lo era, Reynald debía haber ido a buscarla para subirla y sentarse frente a la ventana de su habitación, la zona más alejada de la cama donde la había dejado a ella. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo mientras

él la había estado velando? Era agradable la idea, aunque un poco inquietante.

—¿Y le funcionan bien las cosas con esa política?

—Hasta ahora sí. Debería probar a tratar con niños de cuatro y cinco años, señor Oswen. Si hiciera caso a todo lo que me dicen o quieren hacer, hace tiempo que hubiera perdido mi puesto de trabajo —O posiblemente algo peor, pero hacía tiempo que ella no tenía ese espíritu infantil del que muchas personas adultas hablaban. Entre algunas cosas de las que odiaba, como las fiestas de cumpleaños familiares, también incluía las navidades y fechas señaladas para compartir en familia. Incluso había comenzado a odiar la propia fecha de nacimiento. ¿Dónde quedaba su espíritu infantil?

—¿Es duro su trabajo?

Marian se encogió de hombros, esperando a que se le pasara algo del mareo y las náuseas antes de levantarse y acercarse a la ventana. Las luces de la casa de al lado estaban encendidas y vio de refilón como alguien entraba en ese momento en la habitación que daba a esa misma ventana.

—No sé si duro es la palabra más correcta para definir mi trabajo.

Reynald la miró fijamente mientras se movía, sin volver a decir nada, esperando a que ella se detuviese frente a él y levantó la cabeza para seguir mirándola. La manera que sus ojos brillaban mientras la devoraba hacía que Marian quisiera perder completamente el control, pero hizo un esfuerzo para apartar la mirada y giró el cuello, echando un nuevo vistazo a la casa de al lado.

Al principio no se dio cuenta. Sólo se fijó que la misma mujer que había visto la noche anterior tocaba algo sobre la cama y percibió que la niña estaba también en el cuarto. No le dio mayor importancia. Desvió la cabeza y prestó atención al cielo que se veía por encima de sus cabezas. Era agradable ver un cielo tan despejado. Cuando volvió a bajar la mirada sintió que estaba viendo algo que no debía ver. La mujer estaba llorando con la cara enterrada en las manos mientras la niña dormía sobre la cama que estaba sentada.

—Necesito esta casa.

La voz de Reynald la sacó del ensimismamiento que la escena la había producido, devolviéndola a la realidad bruscamente y se tragó lo que había pasado por su mente decir en ese momento. Al fin y al cabo ella no era nadie

para meterse en asuntos ajenos y posiblemente Reynald le dijera algo así si le señalaba lo que estaba ocurriendo en la casa de al lado. Sólo eran sospechas, por supuesto, pero no solía equivocarse.

—Dije que se la vendería —aceptó ella vacilando.

Sus ojos volvieron a clavarse en la ventana de al lado y apretó las manos. ¡Oh, vaya! ¿No había decidido desconectar al fin? ¿No había decidido vender la casa y dejar atrás esos dolorosos recuerdos? ¿Cambiaba algo que la vecina que hubiera tenido al lado si sus padres estuvieran vivos tuviera problemas? Ella no era un héroe ni quería serlo.

—¿Pero por qué la quiere?

—¿La casa?

Marian no giró el cuello para mirarlo esta vez.

—¿De qué estamos hablando?

—De la casa, por supuesto.

—Estoy segura que puede acceder a cualquier casa. Tiene el dinero y los medios para conseguirlo, ¿por qué un barrio como este? No tiene nada. Las casas llevan tiempo construidas, no son muy lujosas... perdona que se lo diga pero esto no es de su estilo; una casa como la de su madre es lo que parece más apropiada para usted.

No hubo una respuesta y Marian creyó que Reynald no le respondería, pero no tardó en escucharlo revolverse a su lado y se sorprendió al notar sus manos alrededor de su espalda.

—¿La ves?

Marian se sobresaltó al escuchar otra vez la voz de Reynald, muy cerca de ella y siguió con la mirada fija en la ventana de la casa de al lado. La mujer se había levantado y parecía estar buscando algo con desesperación.

—¿A la mujer?

—Sí.

La niña se acababa de despertar.

—¿Y qué si los veo?

—Es por eso que estoy aquí.

Aquello la sorprendió.

—¿Los conoces?

Hubo un nuevo silencio en el que Marian se estremeció al notar las manos de Reynald deslizándose hasta su cintura. No trató de detenerlo. En el fondo quería que continuase, como si su cuerpo hubiera estado esperando eso desde el momento que lo había conocido.

—Hace unos meses una amiga me pidió que buscara a su hermana. Hacía unos años que se había casado y habían perdido todo el contacto pero un día hace menos de un año recibió una extraña llamada de su hermana, pidiendo ayuda. Prometí que mientras ella se iba a Tailandia durante dos años por negocios, yo me encargaría de encontrar y ayudar a su hermana si lo necesitaba. Ha pasado más de medio año y aún no he hecho más que contratar a un detective para que la encontrase y de eso hace más de dos meses —Hizo una pausa en la que su voz iba perdiendo intensidad aunque lo ganaba en dureza, pero Marian sólo estaba pendiente en las manos que se habían detenido en su cadera.

Reynald se había acomodado a su espalda y podía sentir a esa distancia su aroma y su proximidad, su cuerpo prácticamente pegado al de ella.

—¿Y...? —se obligó a preguntar.

—En los informes había una explicación detallada de la situación de Amy, pero ni siquiera los había leído hasta hace unos días, cuando mi amiga llamó para preguntar por su hermana. Pensé que sería más fácil encontrar una casa libre por esta zona, pero sólo esta casa estaba a la venta y la necesito.

Marian asintió en silencio.

—¿Es ella?

—Lo es.

Los dos miraron al otro lado de la ventana. La mujer se había acercado a la cama para abrazar a la niña y las dos se tumbaron en la cama. Durante unos minutos no hubo ningún cambio, ni entre sus vecinos, ni entre ellos, permaneciendo uno al lado del otro. Marian seguía escuchando la respiración de Reynald sobre su nuca y su cuello, el movimiento de su pecho, subiendo y bajando despacio, al ritmo de su respiración. Su proximidad era enervante y cada segundo que pasaba hacía que ella lo deseara un poco más. Quería que sus manos, fuertes y grandes, recorrieran cada uno de los huecos de su piel, que la acariciaran, que la hicieran arder de placer.

Y le daba igual que ese deseo fuera por un hombre que posiblemente no volviera a ver cuando firmasen los papeles de la casa.

Marian miró como la mujer de la casa de al lado se incorporaba un poco y estiraba el brazo para apagar la luz, dejando la habitación y la casa en penumbras, haciendo que la propia estancia en la que ellos se encontraban pareciera más oscura y silenciosa, intensificando en sus oídos las respiraciones y el fuerte latido de su corazón.

—¿Y qué piensa hacer? —logró decir humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Ahora?

La voz ronca de Reynald hizo que se estremeciera, aceptando los labios del hombre cuando descendieron hasta sus hombros y los besó, apartando su camisa con una de las manos que apartó de sus caderas.

—Sí.

Reynald se movía con cuidado y Marian quiso creer que lo hacía para dejarla decidir sobre aquello, concediéndole la oportunidad de apartarlo y zanjarse lo que estaba ocurriendo en ese momento, lo que iba a ocurrir, pero ella no se movió al principio, después levantó la mano para pasarla por la cabeza de Reynald y se movió, girando el cuerpo para ponerse frente a él.

Los dos se miraron un momento, o eso le pareció a ella en aquella oscuridad, pero sí notó como Reynald bajaba la cabeza y apretó sus labios a los suyos, besándola, explorando su boca mientras la conducía a la cama y la tumbaba sobre ella, poniéndose encima.

—Sabes lo que voy a hacer ahora.

Hábilmente, las manos de Reynald se deslizaron dentro de su falda, levantándola hasta su cintura y le separó las piernas con delicadeza, sin dejar de besarla, sin dejar de recorrer su barbilla, su cuello y sus hombros con los labios, apartándose sólo el momento que tardó ella en desprenderse de la camisa y él se aferró a sus pechos, pellizcándolos suavemente antes de hundir los labios en ellos.

Marian se aferró a la espalda de Reynald, apretando sus manos en ella mientras entrelazaba sus piernas desnudas a la cintura del hombre, esperando impaciente, sintiendo el miembro duro pegado a su sexo con la única barrera

entre ellos de sus finas braguitas.

Las manos de ella se deslizaron con cuidado entre sus piernas y apretó despacio el sexo de Reynald entre sus manos, arrancándole un jadeo.

—Lo quiero ahora —dijo ella, obligándolo a levantar la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

Los dos respiraban agitadamente y Marian creyó ver deseo en el brillo de los ojos de él y las ganas de sentirse dentro de ella.

Reynald sonrió.

—Como quieras, preciosa.

Marian ahogó un jadeo cuando él bajó sus braguitas y exploró con el dedo dentro de ellas, preparándola antes de penetrarla y hundirse en ella suavemente. Marian gritó y se aferró a él con más fuerza, apretándole con más intensidad en cada embestida, uniéndose a los jadeos y gruñidos hasta alcanzar el clímax y llenarse de él.

Reynald la besó repetidas veces en los labios antes de apartarse de ella, tumbándose a su lado y besándole el hombro mientras la recostaba en su pecho y le acariciaba el pelo. Los dos respiraban agitadamente y Marian pasó los brazos por la cintura de Reynald, escuchando los desbocados latidos del corazón de ese hombre mientras sonreía satisfecha.

—¿Qué planeas hacer?

Hubo un silencio perturbador. Marian descartaba la posibilidad de que Reynald se hubiera quedado dormido pero pensó en romper ese silencio para explicar que no se estaba refiriendo a lo que acababa de pasar entre ellos. Había sido una noche. No esperaba nada más de él. Aparte del hecho de que lo había deseado desde el primer momento que había puesto los ojos en él, no conocía mucho más de él. Sin contar que ya conocía a parte de su familia y que era extremadamente rico. Al menos su familia lo era y eso ya lo convertía a él en rico. ¿Y si estaba casado? No. Imposible. ¿Existía algún hombre que llevara a una mujer a una fiesta familiar si se estaba casado? Aunque no hubiera nada entre ellos siempre se podía malinterpretar.

—No me refiero a...

—Aún no lo sé —la interrumpió él como si hubiera estado esperando ese momento para hablar.

Marian asintió con la cabeza.

—Me refiero a lo de la hermana de tu amiga. La vecina.

Tal vez no había necesidad de aclararlo, pero prefirió explicarlo. La manera que Reynald aún la acariciaba era agradable, demasiado agradable y cualquier persona podía hacerse una idea equivocada. No. Nadie podía hacerse una idea equivocada. Acababan de tener sexo, sólo se dejaban llevar por el momento y el ambiente.

—Yo también estaba hablando de eso.

No había emoción en su voz y Marian tampoco la había esperado pero, ¿por qué sentía ese absurdo vacío en su pecho?

CAPITULO 8

Cuando despertó ya había amanecido completamente. Marian se levantó y se acercó automáticamente a la ventana. Las cortinas estaban corridas y no parecía haber movimiento en el interior. Somnolienta, miró a su alrededor. La silla seguía a un lado de la ventana pero no había ningún indicio de la presencia de Reynald por los alrededores.

—Es lo normal.

Marian suspiró. ¿Y si había perdido la oportunidad de conseguir una buena venta por lo ocurrido? Se acercó a la puerta y dio un grito cuando vio a Reynald saliendo de la habitación de al lado con la ropa manchada y secándose las manos con un trapo.

—¿Qué ocurre?

Los dos se miraron sorprendidos, aunque Marian suponía que no estaban sorprendidos por el mismo motivo. Ella, al menos, no había esperado volver a verlo. Ya sabía donde estaba la hermana de su amiga, ¿por qué seguía allí?

Marian apartó la mirada y carraspeó disimuladamente.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Señaló las manchas de la ropa. Estaba segura de que aquel sí debía ser un traje bastante caro y posiblemente algunas de aquellas manchas no salieran de la tela.

—No funcionaba el agua —dijo tranquilamente, señalando el baño con la cabeza—. Aunque olvídate del agua caliente.

Sonrió y por un momento la observó. A Marian le pareció que dudaba sobre algo, pero finalmente decidió pasar de largo y comenzó a bajar las escaleras.

—Guapo, rico y manitas —dijo ella en un susurro, abriendo la puerta del cuarto de baño con un empujón y volvió a sentir la vergüenza de que alguien viera la casa en ese estado—. Genial.

—Cuando termines, baja al salón. Te esperaré aquí.

Marian puso mala cara.

—Ya actúa como si fuera su casa.

Una vez estuvo lo que Marian consideró suficientemente aseada y bastante más congelada que antes de entrar al cuarto de baño, se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta corta con una coqueta puntilla en los extremos. Después se puso por encima una chaqueta larga de lana y bajó a la primera planta, buscando a Reynald. Primero echó un rápido vistazo al vestíbulo y luego entró al salón comprobando que no estaba allí y con un poco más de prisa pasó a la cocina, advirtiendo que al menos dentro de la casa no estaba.

Marian echó un vistazo a la precariedad de la cocina con otro malestar e hizo una mueca antes de salir de la estancia y pasó al jardín donde se encontraba el coche de Reynald aparcado junto al suyo. Antes de ir a la casa de sus padres al cumpleaños, Marian había insistido en pasarse por la casa para dejar su coche y evitar tener que buscarse un medio de transporte en algún momento para ir a buscar el vehículo al centro.

—¿Reynald? —llamó en voz tan baja que dudaba que alguien la hubiera oído y rodeó la casa, agradeciendo haber optado por unas cómodas zapatillas para no arrepentirse de estar andando por las salvajes plantas que habían crecido en el ya olvidado querido jardín de su padre. Aún lo recordaba podando y cortando las malas hierbas con tanto mimo que parecían ser parte de su familia.

Cuando finalmente lo vio, Reynald se encontraba en la parte de atrás de la casa y miraba con cierto disimulo a la casa de al lado. Marian se acercó a él sin hacer ruido pero era bastante difícil con toda la maleza que tenía que recorrer para llegar a él.

—¿La has visto?

—Hace un par de minutos que han salido de la casa. Madre e hija.

—Hay un hombre viviendo con ellas —se obligó a informar deteniéndose a su lado y mirando hacia la misma dirección que él miraba.

Reynald la miró.

—¿Lo has visto?

—La noche que llegué —dijo—, pero no he estado mucho tiempo en casa desde ese momento.

Reynald la miró un poco más hasta hacerla incomodar y luego sonrió.

—Lo dices como si fuera mi culpa.

Habían pasado del trato cortés a uno más informal. Era agradable. Incluso aunque fuera la consecuencia de una sesión de sexo.

—Es tu culpa.

—¿Lo siento?

No había ni una pizca de remordimientos en la expresión de Reynald.

—Olvidalo.

Los dos rieron y Reynald pasó un brazo por su pequeña espalda, acercándola a él.

—¿Qué es lo que harás?

Reynald se encogió de hombros. Su expresión se había vuelto dura y su mirada volvió a clavarse en la fachada de la casa.

—No lo sé. Por ahora observaré. Igual no hay nada que tenga que hacer.

—Parece que no se llevan muy bien.

No debía meterse, no era algo que tuviera algo que ver con ella y mucho menos comprendía la situación... sí, eso era lo que había pensado en su momento pero desde el principio le había costado girar la cabeza y fingir que no había pasado nada, que no pasaba nada.

—Todas las parejas tienen problemas.

Marian lo miró pero no se apartó de él.

—Ayer no parecías opinar de la misma manera.

—No sé lo que haré —repitió—. No conozco las circunstancias y tampoco soy un familiar. Es Johanna quien tendrá que intervenir, no yo. Me limitaré a observar lo que sucede y se lo diré. También sería buena idea que las dos hermanas hicieran las paces.

—¿Están enfadadas?

—Johanna nunca aprobó el matrimonio. Eso hizo que hubiera muchos roces entre ellas y al final una cosa llevó a la otra y cuando se dieron cuenta ya no se hablaban.

—Suele ocurrir —aceptó Marian con tristeza—. Pero a mí me hubiera gustado tener una hermana, incluso para poder pelearme con ella. Siempre queda la opción de la reconciliación. Si no se tiene nada siempre será así.

—¿No tienes familia?

—Alguna tía o prima. Pero viven lejos y las veo una vez cada varios años

—Marian se apartó el pelo de la cara. Se había olvidado recogerse al salir de la ducha. Le gustaba el pelo largo y siempre lo había llevado así pero admitía que no era muy práctico.

—Lo siento —La mano de Reynald se apretó con más fuerza y Marian agradeció ese intento de reconfortarla—. No puedo imaginarme esa situación. Mi familia siempre ha sido muy grande, al punto de ser a veces molesta.

—Me pareció muy agradable.

Reynald sonrió burlón.

—Claro, ¿por eso te emborrachaste?

—¡Eh! Eso es un golpe bajo —protestó con una sonrisa.

—No lo es.

—Además, lo digo en serio. Me gustó tu familia.

Que no le gustasen las reuniones familiares, aunque éstas no fueran su familia, no tenía nada que ver. Eran dos cosas diferentes.

—¿Quieres quedarte la mía?

—¿Se puede firmar un contrato? Incluso haría el intercambio por la casa.

Reynald se echó a reír aunque no había burla en ella.

—No todo es bueno.

—Ni todo malo, ¿verdad?

Reynald asintió con la cabeza, débilmente, después la agarró por los hombros y la hizo girarse para mirarlo.

—Es cierto —dijo muy serio—. No todo es malo.

Y como si quisiera hacerla olvidar o, al menos, aliviar su tristeza, la besó, apretando sus manos en su espalda para atraerla a él.

—Por cierto —murmuró Marian cuando él la liberó, manteniendo las manos entre su cuello. Los dos se miraron y Marian creyó leer en ellos que deseaba algo más que un solo beso—. Creo que no voy a vender la casa por ahora.

—¿Qué?

La alarma impresa en el tono de Reynald y la manera que la soltó hizo que

Marian recapacitara sobre la manera de explicárselo. Levantó una mano y trató de apaciguarlo igual que lo hacía cuando se acercaba a un niño con un ataque de rabia. La expresión de Reynald no era muy diferente. Estaba enfadado y Marian creyó ver que también se sentía engañado.

—Espera —dijo con voz tranquilizadora, dándose cuenta de que Reynald se apartaba de ella—. Deja que me explique.

—Creo que está todo dicho.

—No. Espera. Déjame hablar. Puedes quedarte con la casa.

Reynald la miró como si de pronto se hubiera vuelto loca; se cruzó de brazos y bufó.

—¿En qué quedamos?

Marian suspiró con fuerza. Al menos tenía su atención.

—Tú no quieres la casa.

—Sí la quiero.

Marian sacudió la cabeza y dio un paso hacia él.

—No. Tú quieres un lugar temporal para ayudar a una amiga.

—Pero dije que pagaría por tu casa el doble de lo que lo hará cualquier interesado por ella. Duplicaré la cifra sea cual sea.

Sí. Marian frunció el ceño molesta. No se había equivocado. Era asquerosamente rico.

—No se trata de eso. Si voy a vender esta casa al menos quiero que sea a alguien que la quiera para vivir, que la cuide, que mime el jardín y cuide los detalles como lo hacían mis padres. Quiero que una familia sea feliz en esta casa como lo fui yo con mi familia.

Reynald la miró fijamente.

—Sabes que eso no son más que tonterías, ¿verdad?

Marian le devolvió la mirada desafiante e indignada. Sí, eran tonterías. Podían serlo. Pero esa era su casa y seguía pudiendo venderla a quien ella quisiera. Ella era quien ponía las reglas, no él.

—No todo es dinero, Reynald Oswen.

—Pensé que habíamos hablado de un acuerdo.

Marian apretó los labios. Comenzaba a arrepentirse de lo que iba a ofrecerle a aquel hombre.

—Esta tarde tengo que volver. Tengo que trabajar —dijo bruscamente—. Te dejaré las llaves de la casa y podrás quedarte en ella para lo que sea que quieras hacer —señaló con un movimiento indiferente de cabeza la casa que tenían enfrente—. No necesitas comprarla. Hablaré con la inmobiliaria y pararé todo este asunto. Mientras tú necesites la casa no la venderé. ¿No merecía la pena escucharme?

Reynald gruñó y desvió la mirada con una mueca; después levantó la cabeza hacia la casa de al lado, mirando directamente a la ventana.

—¿Estás segura que no prefieres que te la compre?

—Me basta con un gracias —soltó ella rudamente, molesta por la arrogancia que mostraba ese hombre.

—Gracias —soltó él de mal humor, sorprendiéndola de que al final hubiera sido tan fácil arrancarle esas palabras.

Marian sonrió.

CAPITULO 9

—No sabía que fuera tan importante para ti la casa de tus padres.

Marian se encogió de hombros indiferente, guardando en el asiento trasero del coche las carpetas y libros de dibujos que había usado y necesitaba trabajar para la próxima semana. Ya había hecho la maleta y la había guardado a la mañana en el maletero antes de acudir a la escuela.

—Tengo que atender allí algunos asuntos.

Marian miró a Max, una de sus amigas de universidad que también se había convertido en su compañera de trabajo. Se sentía un poco culpable por mantener tan oculto a Reynald pero por ahora no quería dar ninguna explicación sobre su existencia, lo que hacía en su casa y el indiscutible hecho de que semana tras semana a su lado comenzaba a enamorarse de él.

Poco a poco había ido conociéndolo, cada día un poco más mientras iba viendo como la coraza que ese hombre tenía alrededor de sí mismo iba cediendo ante ella, al igual que las ocasionales sesiones de sexo comenzaban a hacerse más frecuentes.

—¿Tan difícil está resultando vender la casa?

—Hmm.

Marian prefería no tener que tocar demasiado ese tema. Evitaba mentir y evitaba tener que hablar de él pero tratar de no hacer ninguna de las dos cosas era cada vez más difícil y las desconfiadas preguntas y miradas de sus amigos le hacían ver que el momento de decir algo, lo que fuera, estaba acercándose peligrosamente.

—¿Quieres que te acompañe? Tal vez pueda ayudarte.

—No —Marian sacó la cabeza del interior del coche y cerró la puerta de atrás con demasiada fuerza y se enfrentó a su amiga con una sonrisa, le dio un rápido abrazo y se metió rápidamente en el coche, arrancando mientras bajaba la ventanilla completamente. Max la miraba con las cejas levantadas—. Puedo arreglármelas. De verdad. Nos vemos el lunes —Echó marcha atrás—. ¡Ah! Y gracias.

Durante todo el trayecto dejó que la música del reproductor invadiera todo el interior del coche y se permitió cantar alguna de las canciones que mejor se sabía hasta que vio a lo lejos el jardín de su casa.

El coche de Reynald estaba aparcado frente a la casa.

—Genial —murmuró, disminuyendo la velocidad y aparcando al lado del de él. Se bajó deprisa y corrió hasta la casa, abriendo con el juego original de llaves—. ¿Reynald?

—En la cocina.

Marian dejó el bolso sobre el perchero de madera que su padre había mandado construir cuando ella tenía cinco años y se acercó a la cocina, asomándose por la puerta mientras aspiraba el agradable aroma a comida.

Ese era otro gran misterio. Reynald cocinaba. Y era sorprendente viniendo de alguien tan asquerosamente rico como él y que se lo tenía demasiado creído, o que era tan arrogante como para que las ocasiones en las que reconocía un error o la culpa de algo o simplemente cedía ante algo, lo hacía con la cabeza girada y evitando mirar a nadie con una mueca de disgusto.

—Huele bien —admitió, poniéndose detrás de él para darle un beso en la mejilla.

—Espera a probarlo —rió Reynald, apartando la sartén—. ¿Qué tal la semana?

—Bien. Cansada. Los niños agotan mucho.

—Si te escucharas hablar... Pareces una anciana —rió.

Marian se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas, estirando los brazos sobre ella.

—Algunas veces me siento como una anciana —reconoció con un suspiro.

—Vamos, vamos.

Reynald dejó un plato delante de ella y Marian se enderezó, sentándose correctamente mientras dejaba que él la consintiera, sirviéndole la cena mientras hablaban sobre trabajo.

—¿Has averiguado algo sobre Amy?

Durante esas semanas en la casa, Reynald había averiguado algunas cosas sobre la mujer, aunque la mayoría de la información procedía de un detective privado que había contratado y que Marian solo había visto una vez.

Sabían que Amy sí era la hermana de Johanna, la amiga de Reynald. Estaba casada y tenía una niña de seis años llamada Sonia. Su marido, un hombre con un historial delictivo que arrastraba desde los quince años, aunque por lo general con delitos de menor importancia como algún robo con arma blanca sin heridos o alguna agresión, no era el dulce novio que le había hecho creer antes de que se escaparan y se casaran. Ahora trabajaba de comercial en una empresa de electrodomésticos y viajaba constantemente. Había tenido diversas amantes y en esos momentos se encontraba de viaje en Florida con una de ellas. Por lo que el detective había averiguado, los problemas comenzaron cuando Amy descubrió a una de esas amantes y lo amenazó con dejarlo y llevarse a la niña. Desde entonces discutían mucho pero como el marido pasaba poco tiempo en casa, no sabía hasta que grado habían llegado esas peleas, pero había rumores...

Marian no pasaba tanto tiempo en esa casa para haber comprobado nada. Había coincidido con Amy dos veces desde que estaba allí y la mujer intentaba evadir cualquier contacto con otros vecinos. La niña era bastante tímida y Amy la prohibía hablar con extraños. Pero de lo que Marian estaba segura era que aquella mujer no era feliz.

—No. Aún no ha vuelto el marido y las cosas están muy tranquilas.

—Si no volviese todo estaría arreglado.

Marian masticó con fuerza la ensalada. De alguna manera sentía simpatía por Amy y de alguna manera eso hacía que odiara a su marido, un hombre al que ni conocía y que no quería ni ver. Llevaba tiempo viendo llorar a su vecina y cuanto más la conocía peor llevaba verla llorar sin hacer nada para ayudarla o consolarla.

—No creo que desaparezca sin más —dijo Reynald—. Si hubiera querido hacerlo, le hubiera dado el divorcio sin ningún problema como ella quería desde el principio.

—¿Pero por qué quiere mantenerla con él si no la quiere?

Reynald se encogió de hombros.

—Por arrogancia, por triunfo, por posesión —Volvió a encogerse de hombros—. Quien sabe.

—Menudo imbécil.

—Tienes razón.

—¿Y has conseguido hablar con ella?

—Uff —Reynald hizo una mueca—. Me evade. No, mejor dicho, huye de mí cada vez que me ve. Ya no espera ni a que me acerque. Parece estar en guardia nada más salir de casa. Tendrías que verla. En la puerta se pone a mirar a los alrededores para ver quien está cerca y si no me ve, sale corriendo, si estoy cerca, vuelve a meterse en casa antes de que me de tiempo a reaccionar —Se pasó una mano por el cabello, echándoselo hacia atrás y Marian apoyó una mano en la mesa, manteniendo la cabeza sobre ella mientras lo contemplaba—. Es tan frustrante.

—Parece mentira que una mujer huya de un hombre de tu especie —bromeó ella.

Reynald apartó la mano de su cabeza y la miró fijamente, añadiendo a su expresión una sonrisa perversa.

—¿De mi especie?

—Ricos, arrogantes y creídos.

—¿Eso piensas cuando me ves? —rió.

—Que va, que va —bromeó—. Cuando te veo lo que pienso es que eres condenadamente guapo.

—¿En serio piensas sólo eso cuando me ves?

—No —Marian se hizo la ofendida—. Cuando te veo pienso en la manera que quiero hacer el amor contigo hoy.

Reynald enarcó una ceja.

—¿Ya quieres pasar al postre?

—Hmm —Marian se relamió—. No suena mal.

Reynald soltó una carcajada y le tendió la mano hacia ella. Marian la miró un segundo antes de soltar el tenedor y aceptarla, levantándose para dejarse guiar por la mano de Reynald que la llevó directamente hacia él, sentándola en sus piernas.

—No sabía que fueras tan golosa —dijo él mientras introducía una mano por debajo de su jersey, acariciándole la espalda.

—¿Ah, no? —protestó ella, acercando sus labios a los de él—. Pensé que

ya sabías que me encanta la crema.

—¿Me comparas con un pastelito de crema?

—¿Lo hago? —Marian pasó la lengua por la barbilla de Reynald, lamiéndole la piel hasta alcanzar los labios, besándole apasionadamente mientras sentía las manos de Reynald enredando con su sujetador y presionando sus pechos con los dedos.

—Lo haces —aseguró él intentando bajar sus pantalones—. ¡Cielos! Dichosos pantalones.

Marian se echó a reír.

—¿Necesitas ayuda?

Marian se apartó lo justo para desabrocharse los pantalones y se los bajó lentamente, sin dejar de mirarlo, sintiendo la ávida mirada de Reynald fija en ella, devorándola y se sintió hermosa, sin ningún pudor de mostrarse desnuda ante él y volvió a sentarse encima, besándolo una vez más.

Reynald le agarró con fuerza las nalgas, apretando su erección entre sus piernas, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla hasta que se desabrochó los pantalones también, mostrando toda la envergadura de su pasión y Marian lo acarició, incorporándose para sentarse sobre su sexo, permitiendo que la penetrara y gritó al sentir sus manos en sus hombros, dirigiéndola mientras ella se movía, besándola hasta que los dos alcanzaron el orgasmo y ella se abrazó a él, sintiéndolo dentro de ella antes de levantarse y buscar su ropa por el suelo.

—Pensé que estarías cansada del viaje —dijo él, levantándose también para volver a abrazarla y besarla.

—Tu cuerpo no parecía que estuviera teniendo la misma consideración.

—No es mi culpa que seas una mujer tan deseable.

—¿En serio?

Marian se puso de puntillas para alcanzar sus labios y lo besó.

—¿Sabes? Me alegra que contrataras aquella empresa para que hiciera toda esa limpieza a la casa.

—¿Ahora te alegras? Aquel día te pusiste como una fiera.

Marian puso los ojos en blanco. Sí, se había puesto furiosa de que después

de que ella había estado hasta de rodillas tratando de limpiar o, al menos, de adecentar un poco la casa para que fuera lo más habitable posible, ese hombre se presentara en ella con un ejército de empleados profesionales que casi le habían dado una apariencia reformada.

Se había enfadado. Y mucho, pero no había sido capaz de permanecer mucho tiempo molesta.

—¡No necesitaba tu ayuda, maldita sea! —había gritado furiosa, encarándose a él mientras lo apartaba de un manotazo cuando él trató de acercarse a ella—. ¿No lo estaba limpiando yo?

Estaba furiosa, herida. ¡Ella también tenía su orgullo! Y él parecía solucionarlo todo con su dinero. Si necesitaba algo, lo compraba, si necesitaba a alguien, lo contrataba. Él podía hacerlo. Tenía el dinero, pero aquella era su casa y hasta ahora había vivido orgullosamente sin la ayuda de un hombre.

—Y lo estabas haciendo muy bien —Reynald se había cruzado pacientemente de brazos y ella se había puesto más furiosa. Conocía muy bien esa actitud. La usaba ella cada día cuando lidiaba en la escuela con los niños—. ¿Pero pensaste en mí?

Marian parpadeó aturdida.

—¿Qué? ¿Qué tenía que pensar en ti?

—¡Oh! Vamos, ponte en mi lugar. ¿Cómo crees que me encontraba yo viéndote allí arrodillada frente a mí ofreciéndote tan descaradamente?

Marian lo miró boquiabierta.

—¡Oh, vamos!

Y se echó a reír, zanjando la discusión de aquel día.

—¿Y bien? —protestó ella haciéndose un ovillo entre sus brazos—. ¿Nos vamos a la cama o no?

CAPITULO 10

—Están llamando.

Marian buscó a Reynald con la mano, o más bien buscó su cabeza para despertarlo. Tenía sus brazos alrededor de ella y Marian suponía que su cabeza era la que tenía aferrada a su espalda.

—Deja que llamen.

—Es tu teléfono —insistió.

—Da igual.

Reynald se pegó aún más a ella y Marian rió somnolienta.

—¿Y si es importante?

—Nunca es tan importante como esto.

Marian soltó una risita encantada pero volvió a empujarlo cuando la musiquilla siguió resonando por toda la habitación.

—Reynald... es molesto.

—Está bien.

Los brazos de Reynald se apartaron de su cuerpo y Marian sintió un movimiento a su espalda mientras Reynald se levantaba y se movía desnudo por la habitación hasta alcanzar el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, contestando con voz aún medio dormida y se sentó en la cama, despeinándose un poco más el pelo con la mano.

—¿Hoy? No, el lunes. El fin de semana no estoy para nada que tenga que ver con trabajo, ya lo sabes.

Marian lo contempló desde la calidez del interior del edredón de la cama, acurrucándose por todo el cuerpo sin dejar de mirar las largas piernas de Reynald, sus brazos musculosos, su pecho con una ligera pelusilla... Cuando levantó la mirada se encontró con los ojos del hombre y su sonrisa burlona.

Marian se encogió de hombros sin ningún pudor.

—No, no lo haré —continuó Reynald con la conversación—. No lo sé. ¿Por que no se lo pides a Dennis?

Marian se incorporó un poco en la cama, desperezándose, buscó el

despertador y comprobó con disgusto que eran las once y cuarto. Habían dormido más de lo planeado.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y los dos se miraron antes de que Reynald le indicara con una sonrisa divertida que él estaba al teléfono. Marian hizo una mueca y salió de mala gana del calor de la cama, apoyando los pies en el suelo con otra mueca y buscó la bata para ponérsela antes de bajar a abrir la puerta.

El timbre sonó dos veces más antes de que Marian llegara a la puerta.

—Voy —murmuró, atando torpemente el cinto de la bata a su cintura. Fuera de la cama hacía frío y Marian no veía el momento de volver a subir.

El timbre volvió a sonar y Marian abrió la puerta, preparándose a decir cuatro cosas a la persona que estuviera al otro lado, pero en cuanto vio a la mujer de pie frente a su casa, con el dedo enfundado en unos bonitos guantes negros aún levantado para volver a llamar, se olvidó completamente de lo que había querido decir.

—Hola, querida.

Marian sólo fue capaz de asentir con la cabeza y giró el cuello hacia el hombre que había al lado de la mujer.

Tenía cierto parecido a Reynald pero más delgado y su cabello era de un brillante castaño tan desordenado como el que Reynald tenía en ese momento al levantarse. Sonrió al darse cuenta que su atención estaba dirigida en él y Marian apartó la cabeza, volviendo a mirar a la madre de Reynald con un nudo en la garganta.

—Señora Oswen —logró decir, rezando para que Reynald no bajara o le hablase en ese momento—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Venía a hablar con vosotros.

—¿Con... nosotros?

Marian se puso a la defensiva y la mujer entornó los ojos.

—Contigo y mi hijo, por supuesto.

—Ah —Marian evitó mirar hacia atrás instintivamente—. Él está...

Buscó una excusa rápida y convincente.

—¿Vistiéndose? ¿Duchándose tal vez?

La mujer sonrió radiante y Marian adivinó de quien había heredado

Reynald el sarcasmo.

—Estaba hablando por teléfono —decidió responder sin embargo, ignorando las insinuaciones de la madre de Reynald y optando por la diplomacia.

—Ya que nadie me presenta —intervino el hombre dando un paso al frente con la misma sonrisa, mostrando unos perfectos dientes blancos—. Soy Dennis Oswen, primo de Reynald.

Y sin que ella se la diera, Dennis tomó su mano y se la llevó a los labios.

—¿Qué tal si sueltas esa mano?

Marian dio un respingo, sobresaltada al oír la voz de Reynald a su espalda, pero se asombró más cuando la agarró por la cintura y quitó su mano de su primo.

—Reynald, cuanto tiempo.

—Sí, hace menos de dos días que vi tu cara —Los dos hombres se miraron fijamente, sin sonreír y Marian hubiera definido la atmósfera que se creó como peligrosa—. Y, en serio, Dennis, mantente alejado de Marian.

—Oye —soltó Marian completamente abochornada, dándole un golpecito en el brazo a Reynald—. Ya vale, ¿no?

No era necesario añadir que ese no era el momento mejor para comenzar con esas escenas. Marian se giró hacia la madre de Reynald y tras unos segundos de lúgubre meditación, los invitó a pasar.

—¿Un viaje a la casa de campo de tío Edmund?

Reynald sacudió la cabeza, contrariado.

Marian no había vuelto a abrir la boca desde que todos se habían sentado en el cuarto de estar. Reynald le había agarrado la mano cuando se sentó a su lado en el sofá y ella había tenido el tacto de levantarse en el acto con la excusa de hacer algo para tomar.

—¿No te gustaría ir, querida?

A Marian le tembló la mano al servir el café en la última taza blanca que había rescatado hacía un par de semanas de unos de los juegos más bonitos que su madre había coleccionado, y estuvo a punto de verter el líquido negro en la mesa en vez de en el interior de la taza y levantó la cabeza para mirar a la mujer.

—¿Yo?

—También vendrás, ¿no?

—Ah... —Marian buscó ayuda en la mirada de Reynald pero éste se encogió de hombros, como si la situación no le incomodara.

—¿Quieres ir?

Marian entrecerró los ojos y dejó la cafetera sobre el mantel, molesta. No es que le importara que la incluyeran en los planes, pero parecía que ahí la única preocupada por lo que pudieran estar pensando sobre ellos la familia de Reynald, era ella.

—Parece interesante —dijo, dispuesta a no ser de ayuda a las protestas de Reynald por pasar el próximo fin de semana en la casa de un pariente.

—Bien —dijo en cambio Reynald, desviando la mirada de ella—. Iremos.

—¿Qué?

Marian cerró la boca bruscamente al darse cuenta que todos la miraban y se sonrojó ligeramente.

—¿No has dicho que te parecía interesante?

—Ah, sí, pero...

Marian hizo una mueca mientras todos terminaban por organizar el viaje y se dejó caer en el sofá, permitiendo que Reynald pasara un brazo sobre sus hombros sin impedirselo. A nadie pareció extrañarle.

Cuando por fin se marcharon y los dos primos se lanzaron algunas miradas más de advertencia cuando Dennis se despidió de ella de manera exagerada y Reynald cerró la puerta, Marian le lanzó una furibunda mirada, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Venir el qué?

Marian señaló la puerta con la cabeza.

—Tu familia.

—Si no quieres ir al viaje, no vamos, no tienes por qué presionarte.

Marian bufó.

—Ese es otro tema. ¿Cómo sabían que estabas aquí?

—Yo se lo dije.

Marian lo miró sorprendida.

—¿Qué les has dicho exactamente?

—¿Qué crees que les he dicho? La verdad. Que salgo con una maravillosa chica que me hace la vida mucho más fácil.

Marian dejó caer los brazos a los costados, derrotada e hizo un puchero.

—No sabía que estuviéramos saliendo.

Reynald fingió indignación.

—¿Entonces qué estábamos haciendo?

—¿Tener sexo? —sugirió sin que su respuesta sirviera para que Reynald se sintiera ofendido. No, es más, sonrió divertido y hasta asintió con la cabeza.

—Sí, eso también es verdad —y se encogió de hombros—, pero no es como si fuésemos a dejar de hacer el amor...

—Ese no es el punto...

—Si quieres podemos subir y seguir hablando en la cama sobre el tipo de relación que crees que tenemos.

A su sugerencia, Reynald la acompañó con una mirada lujuriosa y una sonrisa capaz de derretir el corazón de cualquier mujer.

Marian desvió la cabeza derrotada.

—Ah... —Marian sonrió—. Creo que mejor nos vamos a comer.

CAPITULO 11

El día pasó tan rápido como cada sábado. Demasiado corto para poder saborear de la compañía de Reynald y demasiado hambrienta de él como para tratar de dejar pasar el día y la noche antes de que llegara el domingo y una nueva despedida.

—¿Quieres hacer algo mañana?

Marian se encogió de hombros, desnudándose para ir a dormir.

—No en realidad, aunque hay una película que me gustaría ver...

Marian no se giró cuando los brazos de Reynald la rodearon por encima de la cintura y la apretó con fuerza.

—Una película —dijo, besándola en el cuello—. Suena bien.

—¿No quieres saber qué película es?

Reynald siguió el recorrido de su brazo, sin dejar de besarlo. Marian se estremeció.

—Si tú quieres verla a mí me parece genial.

—Mañana no te quejes.

—Mañana no lo haré —prometió, devolviéndole el brazo mientras acariciaba sus labios con la yema de los dedos antes de besarla—, pero esta noche lo que quiero es a ti.

Marian rió pasando una mano por el vientre desnudo de Reynald y lo apretó con fuerza contra ella justo en el momento que se escuchó claramente el ruido de algo al romperse y unas voces demasiado altas. Los dos se quedaron completamente quietos, escuchando hasta que las voces dejaron de oírse y por un momento, Marian creyó que todo había terminado.

—¿Crees que su marido habrá venido? —preguntó, apartándose de Reynald que no apartaba la mirada de la ventana con expresión muy grave.

—Seguramente.

Reynald se acercó a la ventana y Marian cogió una chaqueta antes de unirse a él, asomándose a los cristales.

Las luces estaban apagadas pero unas voces algo distantes llegaban a sus

oídos aunque no fue capaz de entender lo que decían.

Se escuchó un nuevo ruido al romperse y durante unas escasas décimas de segundo, Marian vio la silueta de un hombre acercándose a la ventana.

—¿Deberíamos hacer algo?

Reynald no respondió. Esta vez la pareja encendió la luz de la cocina, dejando a la vista las dos siluetas entre las cortinas y vio con claridad como él levantaba la mano y la dejaba caer sobre la cara de la mujer.

—Llamaré a la policía.

Marian se apartó de la ventana y de Reynald, comprobando que él tenía los puños apretados y la mirada llena de ira fija en la casa y fue a buscar su teléfono, marcando el número de emergencias en el momento que se oía un ruido más fuerte y unos gritos.

Sólo tuvo tiempo de levantar un momento la cabeza del teléfono. Reynald pasó por su lado a toda velocidad y Marian corrió detrás de él, alcanzándolo en el jardín donde Amy salía asustada y trataba de llevarse a su hija con ella.

—¿A dónde crees que vas, maldita mujerzuela?

—¡Por favor, déjanos! —suplico la mujer.

El marido trató de detenerla, agarrándola violentamente del brazo y la niña comenzó a llorar.

—¡Cállate!

En ese preciso instante, Reynald llegó hasta a ellos y sin decir nada, golpeó al marido, apartándolo de la mujer y de la niña que se tambalearon hacia atrás peligrosamente y Marian corrió a sujetarlas, abrazándolas mientras las apartaba de la casa, sin dejar de mirar la pelea de los dos hombres.

—¡Reynald, déjalo! —gritó, cuando vio que la pelea ya había finalizado. Reynald, sin escucharla y sobre el marido, volvió a golpearlo—. ¡Reynald!

Dio un paso hacia él, pero Reynald se levantó con esfuerzo. Tenía el labio partido y sangraba de una ceja, pero por lo demás tenía mucho mejor aspecto que el marido de Amy que respiraba con dificultad y salía demasiada sangre de alguna herida cerca del ojo.

—Llama a la policía —dijo Reynald sin mirarla, echando una ojeada a Amy y a la niña—. Maldita sea —murmuró.

Marian obedeció sin decir nada, sólo lo observó mientras hablaba con Amy y calmaba a la niña mientras ella se encargaba de dar las explicaciones a la policía y respondía las preguntas que le hacían mientras mandaban unas unidades a la dirección que les indicó.

Cuando finalmente llegaron los coches patrullas y la ambulancia y se hicieron cargo de todo junto a las heridas, Reynald se encargó de dar los detalles.

—Tranquila —dijo, frotando los brazos de Amy mientras Reynald y su marido eran interrogados un poco más lejos.

—¿Te importaría cuidar de María mientras no estoy? No quiero que venga a la comisaría y no tengo a nadie con quien dejarla.

La mirada de ansiedad de Amy hizo que Marian se sobrecogiera y cogió a la niña en brazos, inmediatamente después de sonreír tranquilizadora.

—Puedes ir tranquila —dijo cuando uno de los policías fue a buscarla para llevarlos a los tres a comisaría a prestar declaración.

Reynald le había pedido que se mantuviera al margen. Lo había hecho con voz ronca pero suave y en todo momento había evitado encontrarse con su mirada.

Ella no había discutido, pero en ese momento, mientras acariciaba a María y trataba de calmar sus llantos y veía como Reynald se alejaba dentro de un coche patrulla, tuvo miedo.

—Ya está —dijo, conduciendo a la niña dentro de la casa—. Ahora va a estar todo bien.

Se quedó con ella hasta que consiguió que se quedara dormida y cuando bajó a la silenciosa cocina, de pronto le pareció demasiado vacía, comprendiendo que había sido Reynald quien había llenado ese espacio que faltaba, que había sido él quien había espantado los fantasmas de su pasado como había conseguido alejar al marido de Amy.

Con un suspiro, comenzó a preparar una buena infusión de tila y vertió el sobrecito en la tetera, dejando que el aroma invadiera toda la cocina. Después de la segunda taza y de cambiar una vez más el canal de televisión, escuchó el ruido de neumáticos frente a su casa y para entonces ya estaba amaneciendo.

Rápidamente fue hacia la ventana y vio a Amy bajar de un taxi. Dudó un

instante y finalmente caminó hacia la casa, tardando un poco más en llamar al timbre. Marian abrió la puerta y la invitó a pasar, dándole un rápido abrazo.

—¿Quieres tomar una tila?

Amy negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Gracias.

La miró con un poco de aprensión y Marian fue a la cocina a por una nueva taza, llenándosela y la dejó en sus manos. Amy la aceptó con timidez.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí? —dijo, comprendiendo tal vez que no era el mejor momento para hacer preguntas y que tal vez ella tenía miedo de regresar a su casa—. María está dormida. Tardó mucho en calmarse, sería una pena que se despertara ahora.

—Yo...

—Siéntate —la animó, indicándole el sofá a su lado.

Amy obedeció sin decir nada y bebió de la infusión mientras las dos miraban en silencio las imágenes del programa en un volumen exageradamente bajo.

—Pensé que cambiaría —dijo Amy de pronto, sorprendiéndola.

Marian la miró y Amy comenzó a llorar, moviendo la taza con violencia. Marian se la quitó y la dejó de mala manera sobre la mesa, abrazando a la mujer y consolándola un momento.

—Nunca cambian —susurró ella y Amy asintió sin volver a decir nada.

Amy no puso ninguna resistencia para subir a la habitación contigua a la de ella y se tumbó junto a la niña, susurrándole algo mientras la tapaba con la manta.

Marian les concedió intimidad, cerrando la puerta y escabulléndose a su habitación. No se acostó. Fue directamente a la ventana y se quedó observando la calle, preguntándose por qué Reynald no había llegado también.

—Mañana se lo preguntaré —se prometió, incapaz de llamar a la puerta de al lado y preguntarle a Amy sobre lo que había ocurrido en comisaría.

CAPITULO 12

Reynald la llamó una sola vez y le ahorró hacerle preguntas innecesarias a Amy, pero evadió de forma seca sus preguntas, cortando la comunicación con pretextos de que estaba ocupado y tenía cosas que hacer.

La sensación de ansiedad no desapareció y mucho menos disminuyó, pero Marian trató de mostrarse todo lo animada posible ante Amy y la niña y pasaron el día juntas, sin salir de casa. Amy habló un poco más y se mostró más animada ahora que Reynald le había dicho que su marido pasaría unos días en prisión y tendría una orden de alejamiento para ella y la niña, pero que todo tendría que solucionarse mediante juicio.

La semana fue excesivamente larga, más de lo que nunca lo había sido hasta ese momento y su humor también fue bastante desagradable. Durante los cinco días deseó tener el valor de llamar a Reynald solo por el placer de oír su voz, pero no fue capaz. Tenía demasiado miedo a que ahora que todo se había arreglado más o menos con Amy, ahora que él ya no era necesario, que ya no necesitaba su casa, decidiera olvidarla, decidiera no regresar a la casa, junto a ella.

Condujo más rápido que de costumbre. Según terminaron las clases no esperó a que Max la interceptara a la salida, cuando su amiga saliera también de su aula; se apresuró al aparcamiento y arrancó el pequeño coche antes de que nadie pudiera hacerle preguntas. En ese momento, más que en cualquier otro hasta ahora, Marian no estaba dispuesta a responder nada. Ni siquiera creía poder hacerlo; el nudo que tenía en el pecho y la garganta parecía crecer por minutos, por segundos posiblemente y Marian creía que terminaría asfixiándola.

Dejó el coche en la entrada como de costumbre, notando unas intentas ansias al comprobar que el coche de Reynald no estaba aún aparcado y se apresuró a entrar, abriendo la puerta con manos temblorosas.

—¿Reynald? —llamó, sabiendo que la tranquilidad y silencio que había en el interior no indicaba que hubiera nadie dentro.

Incluso el polvo sobre las superficies de los muebles le decía que Reynald no había estado en aquella casa en toda la semana.

—Se acabó —murmuró con unos deseos incontrollables de echarse a llorar.

—¿Qué se ha terminado?

Marian se giró bruscamente y miró a Reynald con la misma expresión que había puesto la primera vez lo había visto en ese el mismo vestíbulo.

—Reynald... —susurró, acercándose lentamente a él.

—¿Ocurre algo?

Cuando llegó hasta él lo abrazó con fuerza y sólo sintió que el peso de las angustias desaparecía cuando Reynald la estrechó entre sus brazos y le beso en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? —insistió, apartándola lo justo para mirarla a la cara con una expresión grave de preocupación.

Marian sacudió la cabeza.

—Nada ahora que te he visto —dijo con una mueca.

—¿Estabas preocupada? —rió Reynald sin una pizca de remordimiento.

Marian le dio un golpe y él fingió doblarse de dolor.

—¿Cómo están las heridas?

Reynald se llevó la mano al labio y se encogió de hombros.

—Sólo son rasguños.

—Pobrecito —dijo ella, besándolo.

—Pero si el trato es éste puedo fingir que es mucho más serio.

Marian volvió a golpearlo.

—¡Ni siquiera una llamada!

—He estado muy ocupado de verdad. Quería ayudar a Johanna y Amy de alguna manera. Y quería que fuera cuanto antes. No es un secreto que la ley puede ser muy lenta algunas veces.

Marian miró hacia la casa de al lado a través de los cristales de la ventana del salón.

—¿Cómo está Amy?

—Mejor. La he dejado a salvo con Johanna.

Marian lo miró sorprendida.

—Pero Johanna estaba en...

—¿No necesitaba un tiempo para cambiar de aires?

—Bueno, sí —admitió. Al fin y al cabo había sido una gran idea. Amy se recuperaría mucho mejor lejos de allí y junto a una hermana que la quería y apoyaría y Maria aún era muy joven para comprender muchas cosas—. ¿No tendrá problemas con la ley?

—He estado ocupado para resolver algunas cosillas —dijo Reynald de manera enigmática.

—Oh, es verdad. Los de tu especie sois capaces de cualquier cosa —rió.

—Los de mi especie... —repitió Reynald con una sonrisa—. Ya habíamos hablado de eso.

—Ya lo hemos hecho, sí.

—¿Y bien? ¿Preparada?

Marian parpadeó sin comprender.

—¿Preparada para qué?

—No me digas que se te ha olvidado el viajecito a la casa de mi tío.

Marian se llevó lentamente la mano a la boca, mirando a Reynald asustada.

—Se me había olvidado completamente.

—Una pena, porque ya nos están esperando todos.

—No...

¡Aún no se había mentalizado para eso!

—Sí —insistió Reynald empujándola fuera de la casa—. Es hora que presente formalmente a mi novia.

Marian lo miró con aprensión, pero no con la suficiente para que Reynald cediera.

—No creo poder estar a la altura de tu familia.

—Vamos —Reynald le abrió la puerta del coche y esperó con una sonrisa a que entrara—. No necesitas estar a la altura de nadie —dijo suavemente antes de cerrar la puerta—. Por sí sola ya eres magnífica.

FIN